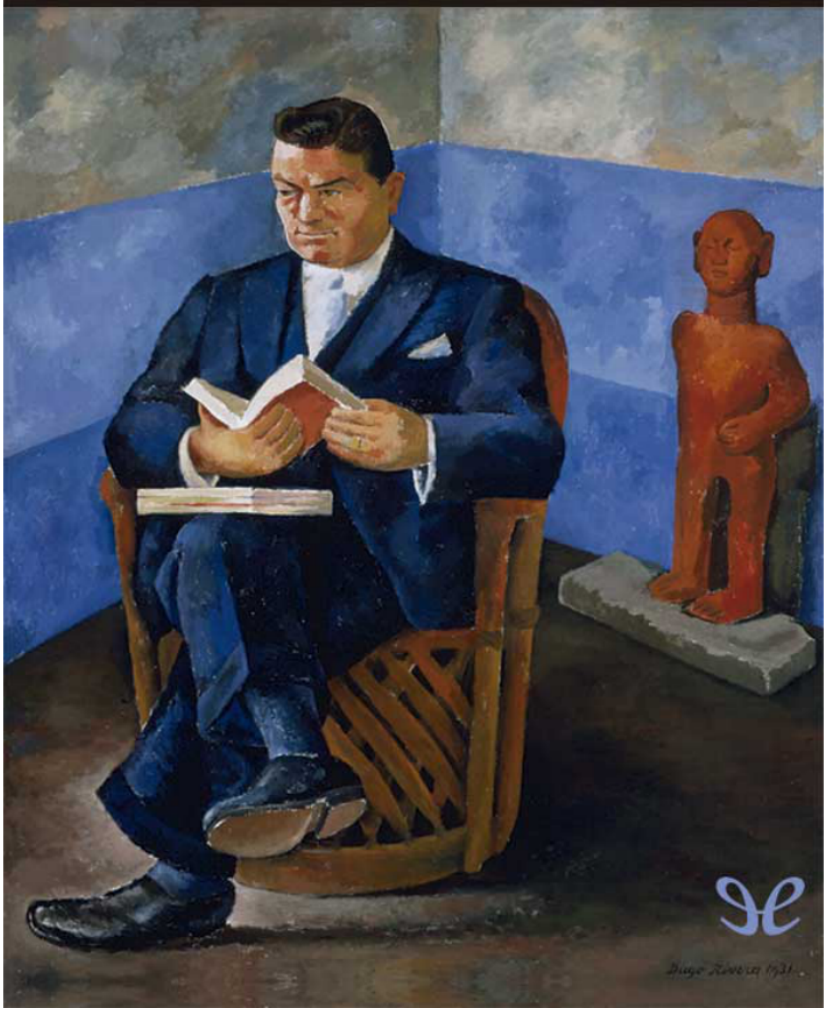
El lector a domicilio

FABIO MORÁBITO



Eduardo, el protagonista de esta novela, ha cometido un delito menor por el cual ha sido condenado a un año de trabajo comunitario, que consiste en leer novelas a domicilio a personas enfermas o jubiladas. A pesar de su seductora voz varonil es incapaz de involucrarse en los libros que lee y apenas capta el sentido de las palabras que desfilan antes sus ojos. Sus oyentes se lo reprochan y las amables visitas domiciliarias se convierten en unas situaciones conflictivas que obligarán a Eduardo a cuestionarse como individuo. Atrapado entre el tedio provinciano de una ciudad eternamente primaveral y el peligro de la criminalidad imperante, se dejará arrastrar a una serie de acontecimientos siniestros que de manera totalmente imprevista lo situarán en el meollo de esa población de ancianos a los que de repente se ha visto forzado a dedicar gran parte de su vida. Con el estilo descarnado de sus cuentos, Fabio Morábito nos ofrece una novela original y vertiginosa en donde un padre enfermo, una poeta misteriosa, una familia de sordos y un lector a domicilio entrecruzan sus destinos en una ciudad que detenta el dudoso record de ser la ciudad con más albercas en el mundo.

Fabio Morábito

El lector a domicilio

ePub r1.0
Titivillus 15.05.2024

Fabio Morábito, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Ethel y Diego

PRIMERA PARTE

Nunca supe si los dos hermanos Jiménez se habían casado alguna vez. La cosa es que ahora, de viejos, vivían juntos como solteros. Su casa era de una sola planta, y a juzgar por el largo pasillo que unía la sala con el resto de la casa, debía de tener muchos cuartos, o al menos yo me la imaginaba así.

El que tenía aspecto de tonto, Luis, era inválido y parecía el más viejo de los dos. Era difícil saber si era realmente tonto. Mientras yo leía en voz alta, permanecía tieso en su silla de ruedas, sin hablar ni mirarme. En cuanto al hermano cuerdo, Carlos, todo él me disgustaba, por sus ademanes obsequiosos y la sonrisita sarcástica que tenía cosida a la boca. Quien me abría la puerta era la sirvienta, una señora indígena que desaparecía por el largo pasillo y a la que no volvía a ver, porque en esa casa nunca me ofrecieron un café o un vaso de agua. En seguida aparecían los dos hermanos, Carlos empujando a Luis en su silla de ruedas, y se colocaban a unos tres metros de distancia de mí, una colocación absurda que me obligaba a levantar la voz mientras leía. Cuando les pregunté en mi primera visita si se podían acercar un poco, Carlos me dijo que Luis no soportaba la cercanía de las personas y que esa distancia era necesaria para que no se pusiera nervioso. El tonto me ignoraba, como dije, mirando todo el tiempo la ventana o a su hermano, que no dejaba de mirarme a mí, y yo procuraba mirarlos a los dos lo menos posible.

Al final de mi de lectura sacaba la hoja que ellos tenían que firmar para que quedara constancia de mi visita. En ella se consignaba que yo estaba cumpliendo un cierto número de horas de servicio comunitario. Era el único momento en el que Luis salía de su estado de trance porque, como una suerte de concesión, Carlos le permitía que firmara esa hoja, y Luis trazaba con mano temblorosa y expresión de orgullo un garabato rudimentario, mientras Carlos me miraba, escrutándome como si quisiera saber qué delito había yo cometido.

Habían elegido como lectura Crimen y castigo, de Dostoievski, y fue en medio de nuestra tercera sesión cuando Luis abrió sorpresivamente la boca para decirme:

—Usted no se fija en lo que lee, me he dado cuenta.

Yo levanté la cabeza de golpe, porque era la primera vez que oía su voz.

—¿Cómo dijo?, —le pregunté. Después de tres sesiones de lectura en las que no lo había oído pronunciar una sola palabra, juraba que además de tonto era mudo.

—Usted no se fija en lo que lee —repitió el anciano, no mirándome a mí, sino a la ventana.

—Luis, deja eso, ¿quieres?, —lo reprendió su hermano, pero Luis continuó hablándome, sin quitar la vista de la ventana, como si le hablara a ella y no a mí—: Usted viene a nuestra casa, se sienta en el sillón, abre su portafolio, saca el libro y lee con su magnífica voz sin entender nada, como si no mereciéramos su atención.

—¡Por favor, Luis, ya hemos hablado de esto! No te pongas pesado —le dijo Carlos.

—No me pongo pesado, tú sabes que tengo razón —dijo Luis que, por lo visto, ni era mudo ni tonto. Sin embargo, no mostraba el menor signo de enojo y esta falta de correspondencia entre su cara y lo que decía, aunado al hecho de que hablaba mirando la ventana, como si no me considerara digno de atención, hacía más ofensivo su reproche.

—Deja que el joven siga leyendo, ¿quieres?

—Si quieres seguir escuchándolo, allá tú —replicó Luis—, pero está claro que no le interesamos en lo más mínimo. ¿Te has fijado que mira su reloj a cada rato?

De manera que Luis, quien parecía ignorarme, en realidad se fijaba en todos mis gestos. Yo, efectivamente, miraba mi reloj a cada rato, porque leer en esa casa me resultaba angustioso, empezando por aquella absurda distancia que los hermanos ponían entre ellos y yo, que me obligaba a forzar la voz. El tonto que no era tonto volvió a la carga:

—¿Por qué no admite usted que tengo razón?

Me lo preguntó sin voltear a verme, como si en lugar de hablarme, repitiera unas palabras que alguien le estuviera soplando. Tuve un presentimiento y miré la boca de Carlos. Mientras Luis

hablaba, la boca de Carlos se movía de un modo casi imperceptible. Mis latidos se aceleraron. Comprendí que el que había hablado todo ese tiempo no era Luis, que era efectivamente mudo y tonto, sino Carlos, su hermano, que era ventrílocuo y cuyos labios temblaban ligeramente cuando Luis abría la boca. Era algo que debían de tener bien ensayado para divertirse a costa de sus visitas.

Cerré el libro, abrí mi portafolio y guardé el libro en él.

—¿Qué hace? ¿Ya no va a leer?, —me preguntó Carlos.

Los miré a los dos, a Carlos en su sillón raído por el uso y a Luis en su silla de ruedas, uno junto al otro. Ahora entendía la distancia de tres metros entre ellos y yo. Era para que aquel truco funcionara. Mientras sacaba del portafolio la hoja de visita, le dije a Carlos:

—Tiene usted razón, cuando vengo aquí no entiendo nada de lo que leo. Podría habérmelo dicho directamente. ¿O siempre usa a su hermano como un muñeco para decirle a sus visitas lo que piensa?

Me puse de pie y él se echó un poco hacia atrás, tal vez temiendo que lo golpeara. Debió de recordar que yo estaba purgando un delito con esas lecturas a domicilio, y me tuvo miedo. Pero yo solo me había levantado para que su hermano tonto firmara la hoja y pudiera irme.

—Faltan veinte minutos de lectura —me dijo.

—Firme —le dije a Luis, poniéndole la hoja bajo las narices. Los dos hermanos se miraron, luego Luis trazó su garabato insulso y yo le arranqué la hoja de las manos.

—Me quejaré con sus jefes —espetó Carlos, mientras yo guardaba la hoja en el portafolio.

—Quéjese, yo les diré que trata a su hermano como un muñeco de circo, y a los del municipio no les va a gustar.

Me di media vuelta y me dirigí hacia la puerta. Cuando la abrí, Carlos me dijo:

—Sabemos lo que hizo usted.

Giré la cabeza y los miré a los dos.

—Lo sabemos todo —añadió Luis con su voz de muñeco, no mirándome a mí, sino a la ventana.

Fue gracias al padre Clark, el confesor de Ofelia, mi hermana, que conseguí el trabajo de lector a domicilio. Él encabezaba una asociación cristiana de ayuda a personas de la tercera edad que se mantenía con donaciones privadas y tenía nexos con el gobierno

local. Como conocía personalmente al alcalde, movió sus influencias para que en lugar de limpiar los baños de un hospital o de un reclusorio, como había establecido el tribunal, se me asignara la tarea de leer libros a personas jubiladas o enfermas, visitándolas en sus casas. Los argumentos que jugaron a mi favor fueron mi preparación universitaria y mi «hermosa voz varonil» que, como dijo el padre Clark, era ideal para esa clase de trabajo.

Era un hombre alto y grueso y daba la impresión de haberse equivocado de vocación. Costaba imaginárselo apretujado dentro de un confesionario, oyendo los pecados de las devotas que comulgaban los domingos. Su voz contundente, con fuerte acento americano, no parecía la más indicada para decir palabras de suave reprimenda o de consuelo. Ofelia lo tenía en altísima estima y yo sospechaba que estaba enamorada de él. En la entrevista que tuvimos en su oficina me hizo algunas recomendaciones, la principal de las cuales era no aceptar nada de comer o de beber en las casas que visitaría como lector a domicilio, excepto un vaso de agua o un café.

Me asignaron siete casas, la mayoría de ancianos y gente retirada. Con los viejos yo pisaba terreno conocido, porque vivía con mi padre, que tenía cáncer en la próstata y en los huesos. Mamá murió siete años antes y papá nunca se repuso del todo. El cáncer hizo el resto. Celeste, su cuidadora, vivía con nosotros y prácticamente era la única persona que se comunicaba con él. Yo procuraba acompañarlo en el desayuno y le daba noticias de nuestros parientes y amigos, muchas de ellas inventadas. Entre la sordera y la demencia senil que empezaba a afectarlo, era difícil saber qué tanto me entendía. Usaba una andadera para caminar y se pasaba el día durmiendo en su cama o frente a la televisión. Mi hermana Ofelia llevaba las cuentas de la casa, se ocupaba de comprar los medicamentos y de llevar a Celeste al súper. Yo me encargaba de la mueblería. Encargarme es un decir, porque el que hacía todo era Jaime, nuestro único empleado, y yo revisaba con él las cuentas y los pedidos.

De vez en cuando sacábamos a papá a dar una vuelta. Después del accidente me quitaron la licencia de manejar por tiempo indefinido, así que Ofelia conducía en esas excursiones. Eran de las pocas veces que ella y yo hablábamos, con mi padre sentado en el

asiento del copiloto. Íbamos rumbo a Tres Marías por la carretera vieja, donde había varios merenderos de quesadillas. Comíamos en el coche, porque por alguna razón era cuando papá parecía oír mejor y podíamos tener una conversación más fluida. Eran los mejores momentos de nuestra convivencia familiar. En medio del paisaje de pinos, con la niebla que bajaba de los cerros y el humo negro de las cocinas, oloroso a encino quemado, Ofelia y yo abandonábamos nuestras rencillas y papá disfrutaba de las quesadillas de rajas y huitlacoche. Un día, sin embargo, quiso cagar y hubo necesidad de sacarlo del coche y llevarlo a un sitio apartado en medio de los árboles. Sostenido por Ofelia y por mí, empezó a pujar inútilmente y acabó por injuriarnos, acusándonos de no saber ayudarlo. Tenía razón, ni Ofelia ni yo servíamos para eso. Se estrelló contra el muro de nuestra juventud, como si perteneciéramos a otra especie. Nunca como esa vez nos hizo falta Celeste, que conocía las palabras y el tono adecuados para que aquello funcionara. Me sentí un inútil y detesté injustamente a Ofelia, exigiéndole una destreza de la que yo carecía, como si por el hecho de ser mujer, debiese tener algo de la capacidad de nuestra cuidadora. Acabamos por pelearnos ahí mismo, en lugar de ayudar a mi padre a salir de aquel trance, y fue entonces cuando él, al verse entregado a unas manos tan torpes, decidió tomar el asunto por su cuenta, se reconcentró en sí mismo y soltó lo que tenía que soltar, como si con ello nos estuviera reprochando nuestra inmadurez y nuestro egoísmo. Fue, a su manera, una lección de dignidad, extraída de lo más indigno de su cuerpo, y también fue su despedida como padre, porque a partir de aquella excursión pareció ya no contar con nosotros. Como un iceberg que se desprende del continente de hielo para emigrar rumbo a su disolución, nos empezó a tratar de ahí en adelante con una suave y casi sonriente indiferencia, y solo tuvo ojos para Celeste.

Antes de contratar a una cuidadora, Ofelia y yo habíamos pensado ingresarlo a una residencia de la tercera edad, como ahora se llaman eufemísticamente los asilos para ancianos. La Ciudad de la Eterna Primavera abunda en ellas y durante un par de semanas papá y yo visitamos una media docena. La idea era que papá estuviera ahí durante el día y regresara a la casa a dormir, para que conociera gente y no se pasara el día entero mirando la tele. Los

folletos promocionales de esas residencias suelen tener en la portada a una pareja de ancianos sonrientes, casi siempre de facciones europeas o norteamericanas, y las fotografías del interior transmiten una sensación de confort y pulcritud. La vejez es presentada como una permanente vacación, llena de actividades sociales y recreativas, y se ven jardines de pasto impecable, la infaltable alberca, salitas con chimenea y enfermeras risueñas. Pero al entrar en uno de esos establecimientos, la realidad era otra. No faltaban el pasto impecable, ni la alberca ni la salita con chimenea, pero lo que parecía un hotel jovial, se revelaba en seguida como un hospital disfrazado. Lo delataba el olor a amoniaco de los pisos, la colocación perfectamente geométrica de los sofás y de los sillones, así como la atmósfera de aislamiento que se respiraba recorriendo sus pasillos. Los viejos no se reunían amistosamente como pretendían hacer creer las fotos, sino que deambulaban por su cuenta y la mayoría de ellos no salía de sus cuartos. Las actividades recreativas consistían en traer a un payaso o una cantante una o dos veces por semana, y estaba el infaltable taller de actividades manuales: pintura, plastilina y papel maché. El guion se repetía casi idéntico en todas las residencias que visitamos. No es para ti, le decía a papá cuando nos íbamos, y él me preguntaba si era por el precio. No, el precio está bien, pero es un mortuorio, era mi respuesta, y él se quedaba callado e insatisfecho, como si sintiera que el azul de la alberca y el verde del pasto eran todo lo que necesitaba para estar a gusto. Luego de la quinta o sexta visita decidí que papá se moriría en su casa, lejos del olor a amoniaco y de las salitas con chimeneas. Era lo mejor que podía hacer por él y esa misma tarde me puse a buscar a una cuidadora de tiempo completo.

Cuando Carlos Jiménez le habló al padre Clark para acusarme de haber terminado la sesión veinte minutos antes de la hora y de haberlos obligado a firmar la hoja de visita en contra de su voluntad, el padre me citó en su oficina, en donde me escrutó con sus ojos de un celeste tan puro como inexpresivo. Le dije que efectivamente me había ido de la casa de los hermanos Jiménez veinte minutos antes de concluir la sesión de lectura, solicitándoles que firmaran mi hoja de salida, pero era mentira que los había obligado a hacerlo.

—¿Y se puede saber por qué terminó la lectura veinte minutos antes?

Le conté que el hermano cuerdo había criticado mi manera de leer, no de manera frontal, sino usando a su hermano mudo, que además de mudo era retrasado mental. El padre Clark no entendió nada y tuve que explicarle en detalle lo sucedido:

—El señor Carlos es ventrílocuo y me habló a mí como si fuera su hermano el que me hablaba. El hermano que es retrasado mental mueve la boca como un pez, mientras el señor Carlos habla a través de él. El retrasado mental no entiende nada, porque si se le habla, ni siquiera lo mira a uno.

El padre se levantó empujando hacia atrás su silla, que fue a pegar contra la pared, donde ya había una marca en el yeso, señal de que esa era su manera habitual de levantarse, y caminó hasta la ventana con las manos enlazadas en la espalda.

—Eduardo —dijo con su acento gringo—, debió reportar en su momento todo esto que me dice. Ahora se encuentra en desventaja, porque hay una queja en su contra, en la cual se le acusa de comportamiento agresivo. Voy a tener que tomar cartas en el asunto.

Miró afuera. Estaba claramente emocionado y pensé que detrás de su apariencia desabrida se ocultaba un ser beligerante. Debía de ser eso lo que lo hacía atractivo a los ojos de Ofelia. Sin embargo, con lo ordenada que era ella, tenía mis dudas de que soportaría que su casa se llenara de marcas en el muro, como las que dejaba el padre cuando se levantaba de su silla giratoria.

—Voy a hablar con los hermanos Jiménez, a ver si los convenzo que retiren su queja —me dijo—. Tuvo suerte de que hablaran conmigo y no con la gente del municipio. En este momento una queja formal lo perjudicaría mucho, Eduardo.

Extendió su mano para dar por terminada nuestra entrevista y me dijo que me mantendría informado. Le di las gracias y salí de su oficina. En la entrada del edificio me topé con Ofelia. Le pregunté qué hacía allí y me dijo que venía a hablar con el padre Clark. Si me esperas te llevo a la casa, me dijo, y le pedí la llave de su coche para esperarla en el estacionamiento. Ya en el coche, al ver que tardaba, lo encendí. No ponía en marcha el motor de un coche desde que me habían quitado la licencia de manejar cuatro meses

atrás. El lugar estaba despejado, lo puse en primera y arranqué. Di una vuelta completa al estacionamiento en segunda, luego otra, y seguí así, dando vueltas en segunda. Pensé que mi propia vida estaba en segunda, no veía casi a nadie y me pasaba las mañanas en el Sanborns de Piedra platicando con Gladis y las otras meseras. Mis pocos amigos se habían alejado de mí o yo me había alejado de ellos, todavía no estaba claro. En cierto modo yo me regodeaba con esa lejanía y procuraba extenderla, porque esperaba obtener alguna transformación en mi ser que los dejara asombrados cuando nos volviéramos a encontrar. Sin embargo, como no había recibido ninguna señal de acercamiento de parte de ellos, empezaba a creer que su apartamiento era real, no fingido como el mío, y que me iba a quedar de verdad solo, dando vueltas en círculo, como me encontró Ofelia cuando apareció en el estacionamiento. Frené y me pasé al asiento del copiloto para que ella tomara el volante. Como no me preguntó nada sobre mi entrevista con el padre Clark, deduje que él le había contado todo, y la cosa me molestó.

—¿Por qué en lugar de preguntarme a mí de lo que hablamos, se lo preguntaste al padre?, —le dije.

—No le pregunté nada —espetó.

—Te apuesto a que te contó de los hermanos Jiménez.

—Solo me dijo que se dieron de baja de tus lecturas.

—¿Y te dijo por qué?

—No, eso iba a preguntarte yo.

No supe si creerle y me quedé callado.

—¿No me vas a decir?, —me preguntó.

En lugar de contestarle, le pregunté:

—¿Cómo te puede gustar?

—¿Quién?

—El padre Clark.

Se le subió la sangre a la cara:

—¿Quién te dijo que me gusta?

Sus ojos lanzaban fuego y vi por un instante a la Ofelia de mi infancia, cuando éramos muy unidos.

—Se nota por cómo hablas de él.

—¡Qué estupideces dices!

No volvimos a abrir la boca hasta llegar a la casa. Se quedó a cenar porque tenía que revisar unas cuentas con Celeste y, mientras

merendábamos, conté en la mesa lo ocurrido en casa de los hermanos Jiménez. Lo hice con la esperanza de entretener a mi padre con una anécdota curiosa, pero, aunque me miró todo el tiempo, su rostro permaneció ausente y dudo que captara una sola palabra de lo que dije. La más impresionada fue Celeste, que ignoraba que existían los ventrílocuos. Ofelia y yo le explicamos que esas personas son capaces de hablar con el estómago e hicimos una pequeña escenificación, yo actuando de ventrílocuo y Ofelia de muñeco que abre la boca, pero la cosa nos salió tan mal que Celeste quedó más confundida que antes. Papá no se rio en ningún momento y, una vez terminada nuestra representación, le hizo una seña a Celeste de que quería acostarse.

Desde que el cáncer le había atacado los dos fémures, sufría de fuertes dolores que se agudizaban con ciertos movimientos, como el de tenderse en la cama, y también en esa ocasión Ofelia y yo lo oímos lamentarse. La teleestaba prendida y nos concentramos en la pantalla, en espera de que papá dejara de gemir.

—Esta ya no es vida —le dije.

—No podemos hacer nada.

—Tiene que haber un modo de acabar con esto.

—A veces me da miedo cuando te oigo hablar —dijo.

—Tú vienes dos o tres veces a la semana, te quedas un rato y te vas, yo estoy con él todo el tiempo, lo escucho cuando gime por culpa de los huesos o cuando no puede cagar y empieza a insultar a Celeste. Todos los días lo mismo. A fuerza de gemidos deja de ser tu padre y se convierte en otra cosa.

—Así que serías capaz de hacerlo —me dijo.

—Él me lo agradecería, pero no tengo el valor.

Nos quedamos en silencio, sin quitar los ojos de la tele. Entonces le recordé lo del gato.

—¿Cuál gato?

—El que quemaron —le dije.

Éramos niños y yo había encontrado el gato en un baldío cerca de la casa, bajo unas piedras, agonizando y sin pelo, la piel oscura y translúcida por la quemazón, con los dientes blanquísimos que contrastaban con su cuerpo semicarbonizado. Tenía unos movimientos imperceptibles, increíblemente vivo todavía después de la tortura recibida, seguramente a manos de unos chamacos. Le

habían echado gasolina, porque el lugar olía a eso, y pensé que ellos mismos lo habían ocultado bajo esas piedras, porque la visión del animal retorciéndose en sus últimos espasmos debió de infundirles miedo. No mires, me había ordenado Ofelia, y yo me aparté unos pasos, obedeciéndole como se obedece a una diosa. Agarró la piedra más grande, la levantó con ambas manos y yo escuché el crujido del cráneo al quebrarse; luego volvió a poner la piedra en su lugar, sellando aquella tumba rudimentaria, y durante varios días pasé frente al baldío y me detenía unos segundos solo para cerciorarme de que el montoncito de piedras siguiera allí.

—¿Cómo puedes comparar aquello con esto? A veces pienso que estás loco —me dijo sin mirarme.

Me quedé callado, sabiendo que aquel recuerdo la seguía atormentando como a mí, y que por eso ninguno de los dos podíamos tener gatos.

Después de separarse de Rodolfo, su marido, había tenido un ataque de fervor católico que la hizo inscribirse en un círculo bíblico y a partir de entonces cargaba la Biblia a todos lados, que abría al menor traspié para leer uno o dos pasajes. Cómo te atrapó ese libro, me lo prestas cuando lo termines, le decía yo para burlarme. Empezó a leerle pasajes a Celeste, que escuchaba atentamente sus explicaciones. Si algo no soporto es que alguien aleccione a otro con un libro abierto en la mano, mientras el otro escucha con la mirada baja, y ver a Ofelia entregada a aquella labor de apostolado me sublevaba hasta la náusea. ¿Dónde había quedado la Ofelia intrépida que había sido todo para mí, más importante que mi padre y mi madre? No mires, me había dicho aquella mañana en el lote baldío, apartándome de la visión del animal que seguía respirando, y una parte de mí la adoraba todavía por ese gesto. Desde su matrimonio nos habíamos vuelto dos extraños, y su divorcio, en lugar de volver a acercarnos, nos había alejado más. Los círculos bíblicos infestaban nuestra ciudad igual o más que las albercas, cuyo número era el más alto de cualquier otra ciudad en el mundo, como se nos venía diciendo desde que yo era niño, con el orgullo con que se exhibe un título honorífico. Biblia y piscinas eran los dos baluartes de nuestra comunidad desoladamente inculta.

Como en el día más inesperado papá iba a ser incapaz de firmar cualquier documento, Ofelia y yo decidimos poner su cuenta

bancaria a mi nombre. Me presenté temprano en la sucursal de Banorte, donde Rosario, la directora, me recibió con un abrazo y me preguntó por mi padre. Lo conocía bien y le dije la verdad:

—Está deprimido, ausente y casi no oye.

Sacudió la cabeza y me dijo que cualquier tarde de esa misma semana se daría una vuelta para saludarlo.

—Siempre me pregunta por ti —le dije, mintiendo. Papá ya no preguntaba por nadie, pero yo sabía que le habría levantado el ánimo una visita de Rosario, porque siempre estuvo un poco enamorado de esa mujer cuarentona, chaparra y en perpetuo movimiento, que administraba concienzudamente sus escasos ahorros. Le gustaban las mujeres bajitas y de risa fácil.

Rosario me llevó al privado de la señorita Consuelo Mijares, que iba a hacerse cargo de mi trámite, y allí me pasé más de una hora firmando papeles. Cuando terminé, pasé al privado de Rosario para despedirme y sacarle una foto, porque sabía que a papá le hubiera encantado tener una foto suya, pero no estaba en su lugar, y Mario, el ejecutivo que ocupaba el privado de al lado, me dijo que había salido de la sucursal.

Salí del banco y fui a la mueblería, donde Jaime me mostró la mercancía que había llegado de Querétaro, tres escritorios de caoba y dos roperos para empotrar. Tocaba hacer la verificación de la camioneta y le di un billete de quinientos pesos. Antes de que me quitaran la licencia de manejo era yo quien se ocupaba de verificar el vehículo.

—¿Vino el Güero?, —le pregunté.

—No.

Me había hecho el propósito de no preguntarle por el Güero, pero no me aguanté. El Güero pasaba a cobrarnos su cuota de protección (así la llamaba) al principio de cada mes, más puntual que el natalicio de Juárez, y yo procuraba mostrarle a mi único empleado que aquello no conseguía quitarme el sueño. Jaime llevaba seis años en la mueblería, se me había vuelto imprescindible y la sola idea de que fuera a renunciar me ponía enfermo.

Habíamos ocultado el sobre que contenía el dinero para el Güero en uno de los travesaños de las literas suizas, para que estuviera separado del dinero de la caja. No había otro motivo para esta separación que el de ser un dinero sucio, no porque lo hubiera

ganado de mala manera, sino porque iba a ir a parar a manos sucias, y prefería no mezclarlo con el dinero limpio, el que nos permitía a Jaime y a mi familia ganarnos la vida.

Tenía esa tarde dos lecturas a domicilio: La isla misteriosa de Julio Verne con la familia Vigil y El desierto de los tártaros, de Dino Buzzati, con el coronel Atarriaga, que se dormía puntualmente después de tres páginas.

Los Vigil eran una familia de sastres. Se acomodaban religiosamente en un sofá, siempre en el mismo orden: el padre, la madre, la abuela y los tres hijos pequeños, y guardaban un silencio absoluto. En mi primera visita me abrió la madre, el resto de la familia estaba ya sentado y sobre la gran mesa del comedor se amontonaban decenas de retazos de tela y había tres máquinas de coser. Me saludaron con una inclinación de la cabeza y, cuando terminé de leer, la madre me dio las gracias y me acompañó a la puerta. La tarde siguiente, mientras leía, se fue la luz. Afuera empezaba a oscurecer, pero entraba todavía bastante claridad por la ventana y continué leyendo. Sin embargo, noté que ya no me ponían atención. Les pregunté qué pasaba. La madre se llevó un dedo a la boca y me dijo que necesitaban verme los labios para entender lo que leía. Fue así que me di cuenta de que era una familia de sordos. Le conté lo ocurrido a Ofelia, quien se lo contó al padre Clark, quien habló al municipio para indagar si la familia de sastres era idónea para el programa de lecturas a domicilio. Averiguó que la única sordomuda era la abuela, que era sorda de nacimiento, mientras que el padre y la madre no eran mudos porque habían contraído la sordera de niños, cuando ya hablaban, y lo mismo había ocurrido con sus tres hijos. En resumen, todos leían los labios, la abuela incluida, de modo que entendían perfectamente lo que yo leía, a condición de que articulara claramente cada palabra. Y eso empecé a hacer, pronunciando con énfasis cada frase, con lo cual salía agotado de esas sesiones.

Cuando llegué a casa de los Vigil me abrió la madre, como de costumbre. La abuela y los niños me hicieron un gesto de saludo y noté que faltaba el padre. La señora me dijo que estaba enfermo y yo no supe si creerle, porque la semana anterior había tenido un roce con él y pensé que era una excusa para no verme. Ocurrió de esta manera. A causa del esfuerzo que suponía leer en esa casa,

después de media hora solicitaba cinco minutos de respiro y pedía un vaso de agua. El hijo mayor fue por él y, poco después, oímos un objeto estrellarse en el suelo. Dije oímos, porque los dos niños y yo volteamos hacia la cocina. Los padres y la abuela no se inmutaron, pero comprendieron por nuestra reacción que había pasado algo, y la madre se levantó y fue a la cocina, seguida por la abuela. Yo me quedé con el señor Vigil y los dos pequeños.

—Entonces ellos sí oyen —le dije señalando a sus hijos.

No dijo nada. Los niños habían bajado los ojos y no se atrevían a mirar a su padre, como si hubieran cometido una falta grave al mostrarme que podían oír. La cosa me enfadó, porque me torturaba la garganta por esa familia y pensé que tenía derecho a una respuesta, así que insistí:

—Sus hijos oyen, ¿verdad?

—Pueden oír, pero son sordos.

—Si pueden oír, no son sordos —repliqué lo más amablemente que pude.

—Usted no puede entender.

Opté por no discutir, reanudamos la lectura y, más tarde, camino a casa, pensé que los tres niños, como hijos de sordos que eran, se habían adecuado a la sordera de sus padres y de su abuela. Sabían leer los labios y dominaban el lenguaje de señas de los sordos; vivían, pues, como sordos, quizá incluso para comunicarse entre ellos, a pesar de que podían oír y, con toda probabilidad, también hablaban. Pero ¿hablaban alguna vez? ¿O se habían acostumbrado a que solo lo hiciera su madre, y ellos apenas abrían la boca, como su padre, y preferían comunicarse con señas, como los sordomudos? Eran unos sordomudos falsos y me pregunté si estaban conscientes de eso.

La madre me había abierto la puerta sonriendo, cosa rara en ella, y noté que la ausencia del señor Vigil propiciaba un comportamiento más relajado en la familia. Mientras leía se rieron en un par de ocasiones, algo que nunca había ocurrido antes, y no pude resistir la tentación de preguntarles si les gustaba la novela de Verne o querían que leyéramos otro libro. La madre dijo que un libro había que terminarlo.

—Sí, pero si nos aburre, hay que leer otro —dije yo.

La abuela, que era la única muda y nunca me había dirigido la

palabra, valga la expresión, me dio a entender a señas lo mismo que la madre, esto es, que no era bueno dejar un libro a la mitad, y yo sospeché que ese dogma venía del padre y pensé que si en cualquier hogar los prejuicios de los padres son difíciles de erradicar, en un hogar de sordos lo son más, porque es un hogar mucho menos expuesto a las opiniones del exterior. Les pregunté, entonces, a qué escuela iban los niños.

—No van a la escuela —dijo la madre.

—Entonces, ¿quién les enseñó a leer y a escribir?

—No saben.

Cerré el libro, asombrado.

—¿Y qué esperan para enseñarles?

—Nadie de nosotros sabe leer y escribir. Somos sordos.

—Hay escuelas para sordos —dije con energía.

La abuela se levantó y abandonó la sala. Pensé que iba a hablar con su hijo, el padre de los niños, y que este saldría en un minuto para pedirme que me largara. Ya me veía citado por el padre Clark, con otra queja en mi contra. Pero el padre de los niños no apareció, y la madre, ante mi silencio prolongado, me preguntó si iba a seguir leyendo. Quería decirle que no podían privar a sus hijos de ir a la escuela y mucho menos obligarlos a ser sordomudos, cuando no lo eran, pero en lugar de eso volví a abrir el libro y seguí leyendo. Estaba tan molesto que bajé la cabeza sin querer, dificultándoles la vista de mis labios. Me di cuenta de que se miraban entre ellos y les pregunté qué ocurría.

—Los labios, por favor —dijo la madre.

Me disculpé y les pedí que me indicaran en qué punto habían dejado de leerme los labios.

—En donde se le cae el sombrero a Axel —contestaron.

Empecé a buscar una página atrás el episodio que me señalaban.

—Es más atrás —dijo la madre.

Retrocedí otra página y busqué la palabra sombrero. No tenía la menor idea dónde podía estar. No solo no recordaba que Axel había perdido el sombrero, sino que no recordaba quién era Axel.

—¿Seguro que esa es la frase?, —pregunté solo para ganar tiempo, mientras mi dedo recorría los renglones infructuosamente y un rubor delator me coloreaba la cara.

La madre no me contestó. Acababan de descubrir mi secreto: no

prestaba atención a lo que leía. En ese momento la abuela regresó a ocupar su lugar en el sofá. Por fin apareció bajo mi dedo la bendita palabra.

—¡Aquí está!, —exclamé, y los tres niños lanzaron un grito de júbilo, que me arrancó, a mi pesar, una sonrisa. La madre y la abuela se rieron también. Acababa de mostrarles que era más sordo que ellos, ya que no me oía a mí mismo, y me sentí avergonzado. Por suerte, de pronto ocurrió algo que sacudió a la familia, movilizándola de golpe como a una sola persona. La madre se levantó para acudir a la habitación del esposo enfermo, seguida presurosamente por la abuela, y uno de los niños, el del medio, se metió a la cocina; el más pequeño dudó, siguió a su hermano y yo me quedé a solas con el mayor, el único que no se había levantado. Me sonrió y le sonreí. Entonces se me ocurrió ponerme de pie y acercarme a mirar el cuadro que estaba colgado sobre el sofá. Mientras fingía mirarlo, saqué una moneda del bolsillo del pantalón y la dejé caer a mis espaldas. El choque de la moneda en el piso le hizo bajar la vista y se agachó a recogerla.

—¿Ves?, —le dije—. Oíste cómo caía la moneda. Mira —y la dejé caer otra vez—. ¿Escuchaste?

Hizo un gesto de asentimiento.

—No eres sordo y tampoco son sordos tus hermanos. Quédate con la moneda, hazles el mismo juego y verás que tengo razón.

El niño se escapó a la cocina con la moneda, un minuto después la madre asomó a la sala para decirme que no podíamos seguir con la lectura, porque su esposo se había caído de la cama, lastimándose un hombro, e iban a llamar al doctor. ¿Cómo habían oído al padre caerse, si eran sordos?

—No oí nada —le dije.

Ella señaló el piso y los muros, y me dijo que habían percibido la vibración producida por el impacto de la caída. Lo explicó con tal naturalidad, que me convenció. Debía de ser una facultad propia de los sordos, que hemos perdido los que podemos oír y hablar. Guardé el libro de Verne en el portafolio y ella me acompañó a la puerta. Ya con un pie afuera, le dije:

—Yo podría enseñarles a sus hijos a leer y a escribir, si quiere. No les cobraría nada, sería parte de mi trabajo comunitario.

No sabía si lo incluirían en mi trabajo comunitario, pero sentí

que les debía algo después del penoso papel que había hecho unos minutos atrás. Ella me miró asustada, como si hubiera temido desde siempre el momento en que alguien se ofreciera a alfabetizar a sus hijos, e intuí que se habían amurallado en su mundo de sordomudez y analfabetismo, reacios a abrirse al exterior, a no ser por el vínculo que tenían con sus clientes, y que yo era su único puente real con el mundo.

—Piense en mi ofrecimiento, tiene hijos inteligentes —le dije, y me miró con hostilidad, como si la palabra «inteligente» le produjera malestar. Tal vez no deseaba que sus hijos fueran inteligentes, solo quería que fueran unos buenos sastres. Era difícil no darle algo de razón, después de haberles demostrado cuán precaria era mi inteligencia, que no me salvaba de extraviarme en lo que leía, y cuán profunda mi sordera, que no me permitía advertir ninguna vibración a través de los muros.

Esa noche le conté a Celeste mi descubrimiento en casa de los Vigil y me sorprendió que aprobara la decisión de los padres de no mandar a sus hijos a la escuela. Me dijo que, al ser sordos, sus compañeros se habrían burlado de ellos. Le dije que en realidad no eran sordos, que actuaban como sordos porque vivían en una casa de sordos y, además, había escuelas de sordos, donde se les habría enseñado a leer y a escribir. En el fervor de mi alegato no me acordé que la propia Celeste era analfabeta, y se quedó en silencio. La había herido, haciéndole sentir que la estaba reprendiendo por ese defecto, y traté de componer las cosas:

—No lo digo por ti. Tú has hecho tu vida, te has sabido defender, pero a esos niños, ¿qué les espera sin un poco de instrucción?

Temí que me contestara: ¿Y esta es vida, Eduardo, cuidando a un viejo que casi no habla, los siete días de la semana, y sin ver nunca a mi único hijo, que vive lejos, y eso por no hablar de usted, Eduardo, que es más callado que su padre, a pesar de ser joven, y vive en esta casa como si fuera un hotel, y nunca sonríe ni bromea?

Nada de eso dijo, siguió callada y pensé que, de poder elegir, no lo habría pensado dos veces en cambiar la casa de mi padre por la de los sordos, aun al precio de volverse sorda ella misma. Tendría más posibilidad de conversar allí que en nuestra casa. Sonó el teléfono y fui a contestar. Era el padre Clark. He tomado cartas en

el asunto, me dijo después de los saludos mutuos. Le gustaba esa frase, por lo visto. Algunos extranjeros tienden a enamorarse de ciertas fórmulas de nuestro idioma y las usan para todo. Conocí a una señora alemana que decía a cada rato «Está por verse», y la repetía a la menor oportunidad. «Está por verse si al rato llueve», decía al ver el cielo cubierto de nubes, o «Está por verse lo mal que se viste mi nuera». Al padre Clark le gustaba tomar cartas en el asunto y usar la expresión «Me parece razonable». Me dijo que había tenido una conversación telefónica con Carlos Jiménez, el cual estaba dispuesto a retirar su queja en mi contra, a condición de que yo completara los veinte minutos de lectura que les había quitado.

—No confío en estas personas —le dije—. Iré si usted me acompaña. Quiero un testigo que pueda declarar que cumplí los veinte minutos de lectura que me faltan.

—Me parece razonable —dijo el padre—, pero no puedo acompañarlo, Eduardo, tengo mucho trabajo. Pídale a Celeste que vaya con usted.

El que supiera de la existencia de Celeste me confirmó que entre él y mi hermana existía una gran intimidad. Colgamos, y le pregunté a Celeste si quería acompañarme el siguiente jueves a casa de los señores que hablaban con el estómago. Me preguntó si tenía que ponerse elegante y le dije que no.

—Entonces iré —dijo.

Un accidente de autotenía clavada a Margó Benítez en una silla de ruedas desde hacía tres o cuatro años. Fue ella quien me dijo, antes de los hermanos Jiménez, que yo no me involucraba en lo que leía.

—A usted no parece importarle lo que lee —me soltó sin más cuando yo acababa de llegar a su casa y estaba todavía de pie, con mi portafolio donde guardaba el libro que leíamos, Otra vuelta de tuerca, de Henry James. Me pareció una falta de finura de su parte decírmelo así, sin antes pedirme que me sentara. Aurelia, la sirvienta, una mujer fea de busto prominente, entró con la cafetera y el aroma del café se adueñó de la sala. Al doblarse para llenarnos las tazas me dejó ver el gran tamaño de sus tetas y, como vio que seguía parado, me preguntó por qué no me sentaba, a lo que Margó Benítez, percatándose de su descortesía, exclamó:

—¡Perdóneme, Eduardo! Lo tengo de pie con todo y portafolio. Siéntese, por favor.

Aurelia regresó a la cocina y yo me senté, tomé un sorbo de café y dije:

—Si leo en voz alta, no entiendo lo que leo.

—No, usted está enamorado de su voz —replicó Margó Benítez—. Tiene una voz seductora y deja que ella se encargue de todo el trabajo. —Se quedó un momento callada, luego agregó—: Tratemos con otro libro. A lo mejor, si es un libro que conozco, no me molestará su manera de leer. ¿Conoce usted a Daphne du Maurier? Es una escritora inglesa.

Le dije que no la conocía, ella llamó a Aurelia y le pidió que fuera a su cuarto y le trajera el libro que estaba sobre su buró. La hija de Aurelia, una niña de ocho años, fea como ella, siguió a su madre, lanzándome una mirada asustada. Regresó Aurelia con el libro y Margó le hizo seña de dármelo. Madre e hija regresaron a la cocina, yo abrí el libro en la primera página y me aclaré la voz para leer.

—Usted está molesto —me dijo Margó.

—¿Por qué?

—Ni siquiera se ha fijado en el título del libro.

Era verdad, no me había fijado. Cerré el libro para leer el título: Mi prima Raquel.

—Tengo un problema con los títulos —le dije—. Tiendo a saltármelos. Me doy cuenta de que están ahí, pero no los leo.

—Vaya, usted es todo un caso, Eduardo. Cuando lee en voz alta no comprende lo que está leyendo y, cuando ve un título, se lo brinca.

Se compuso el borde de la falda. Aunque es difícil saber la altura de alguien a quien solo se ha visto en una silla de ruedas, indudablemente era alta. Le pregunté por qué se había inscrito en el programa de lecturas a domicilio, siendo una persona culta acostumbrada a leer por su cuenta.

—Eduardo, se ve que usted es joven. Porque me aburro y nadie me visita, así de simple. Y tiene usted una bella voz varonil, aunque no entiende nada de lo que lee.

—Trato de leer lo mejor posible.

—Ya me lo dijo —se rio—. No me haga caso, soy una mujer

amargada desde que me pasó esto —señaló la silla de ruedas—, y le veo defectos a todo.

Iba a preguntarle qué le había pasado, pero preferí callarme. No era de mi incumbencia. Además, no es fácil preguntarle a una mujer madura y todavía atractiva qué es lo que la tiene encadenada de por vida a una silla de ruedas.

Me pidió que leyera. Abrí el libro en la primera página, pero volví a cerrarlo para leer otra vez el título: Mi prima Raquel. Era un buen título, que sugería una historia de amor desgraciada, como suelen ser los amores entre primos. Sostuve la atención durante la primera página, pero en la segunda las palabras empezaron a desfilar sin sentido ante mis ojos. Me detuve a mirar a mi anfitriona, que me preguntó qué pasaba.

—Me perdí.

—Lo sé, me doy cuenta en seguida cuando su voz y su cabeza se separan —y me dijo que era aficionada a la ópera, tomaba lecciones con un maestro y eso la había vuelto sensible a las modulaciones de las voces. Yo me pregunté cómo podía cantar ópera con esa voz algo herrumbrosa que tenía y, de tener un poco más de atrevimiento, le habría pedido que cantara algo.

—A muchos cantantes les pasa lo mismo que a usted, Eduardo, cantan sin saber qué están cantando —dijo—. Pura voz y pulmón.

Le pregunté dónde se había presentado y me contestó que nunca había cantado en público. Le había faltado el valor y lo lamentaba.

—Pude haber sido una *mezzosoprano* de valía; no una eminencia, pero sí de valía. Y luego pasó esto —dijo señalando de nuevo su silla de ruedas—. Y es difícil cantar sentada.

Encontré al otro día este poema de la poeta mexicana Isabel Fraire, copiado a mano por mi padre en su viejo cuaderno de contabilidad, cuando todavía llevaba el registro de los ingresos y egresos de la mueblería:

Tu piel, como sábanas de arena y sábanas de agua
en remolino
tu piel, que tiene brillos de mandolina turbia
tu piel, a donde llega mi piel como a su casa
y enciende una lámpara callada
tu piel, que alimenta mis ojos

y me pone mi nombre como un vestido nuevo
tu piel que es un espejo en donde mi piel me reconoce
y mi mano perdida viene desde mi infancia y llega hasta
el momento presente y me saluda
tu piel, en donde al fin
yo estoy conmigo

Isabel Fraire era su poeta preferida y siempre repetía que era con creces la mejor poeta de México. A veces nos leía algún poema a Ofelia y a mí, de ella o de alguien más y, cuando terminaba, los dos guardábamos silencio, porque creíamos que era así cómo había que relacionarse con un poema, como si fuera un rezo, sin opinar sobre él. Creíamos que todos los poemas, por el solo hecho de serlo, eran igual de buenos, y que emitir un juicio sobre ellos era una tontería. Pero un día mi padre nos leyó «Nocturno a Rosario», de Manuel Acuña, diciéndonos que era el peor poema mexicano de todos los tiempos. A mí no solo no me pareció malo, sino que me conmovió, y lo disimulé lo mejor que pude, porque mi padre se detenía cada dos o tres versos para burlarse de él. Ese día supe que había poemas buenos y malos; que era posible, después de leerlos, decir «me gusta» y «no me gusta», y que había poemas malos que podían gustar mucho, como el «Nocturno a Rosario», y poemas buenos que lo dejaban a uno indiferente. No me aficioné a la poesía, pero le perdí miedo y, de ahí en adelante, si me tropezaba con un poema en una revista o en un periódico, lo leía para saber si era de los buenos o de los malos, de los que me gustaban o de los que me dejaban indiferente.

Como el poema venía con la letra de papá, creí que era suyo y, aunque lo comprendí de la primera línea a la última, decidí que era malo. Descubrir que mi padre, ese hombre más bien melancólico, puntual proveedor de su familia, escribía poemas, no me produjo el menor entusiasmo. Había algo penoso en imaginarlo presa de un raptus lírico, erótico por añadidura, pues de un poema erótico se trataba, y sentí alivio cuando di vuelta a la hoja y abajo del último verso leí el nombre de Isabel Fraire. Releí el poema y cambió de inmediato ante mis ojos. No solo me pareció bueno, sino estupendo. De hecho, era el primer poema estupendo que leía y el hecho de que papá lo hubiera copiado de su puño y letra me confirmaba que

era bueno de verdad. Decidí copiarlo a mi vez y leérselo a Margó Benítez en mi siguiente visita, pues era la única de mis anfitriones que podría apreciar un poema erótico contemporáneo. Me senté en la mesa del comedor mientras Celeste estaba en la cocina y papá dormía en su cuarto, y cuando terminé de copiarlo lo leí en voz alta. No me gustó cómo se oía y recordé que papá nos leía los poemas con el tono neutro de una carta comercial, porque según él había que dejar que el poema se hiciera patente por sí mismo, sin adobarlo con temblores ni estremecimientos. Lo releí de esa manera y advertí de golpe un silencio en la cocina. Giré la cabeza y vi a Celeste parada en el umbral, con una mano sobre el pecho y la respiración alterada, y le pregunté qué pasaba.

—Nada. Lo oí hablar en voz alta y pensé que me llamaba, Eduardo, por eso me asomé.

—Leía un poema de una poeta mexicana que copió mi padre —le dije—. Lo estoy ensayando para leerlo esta tarde.

—Qué bueno. Siga usted —y se volvió a meter a la cocina.

Pero ya no me dieron ganas de seguir y dudé si leerle el poema a Margó Benítez. De solo pensar que se hubiera ruborizado y llevado la mano al pecho como Celeste, me habría sentido fatal. Entré en la cocina por un vaso de agua, Celeste estaba extrañamente inmóvil frente al lavabo, dándome la espalda, y supe que lloraba, entonces salí de allí, fui a mi cuarto y comprendí que conocía aquel poema, seguramente porque mi padre se lo había leído. Eso me alteró más que si lo hubiera escrito él, porque me dio la medida de su soledad y de su desprendimiento de sus hijos. ¿Por qué Celeste había llorado al oír ese poema? ¿Era un llanto de amor? Lidié con la imagen de ella y de mi padre abrazándose y besándose, que rechacé como algo grotesco, y la misma incomodidad que había sentido al leer el poema, creyendo que era de mi padre, me asaltó ante la posibilidad de ese amorío que tal vez transcurría desde hace años en nuestra casa, a espaldas de mi hermana y de mí. Estaba de pie junto a la ventana y miré el lavadero donde Celeste restregaba a mano la ropa de papá cuando venía sucia de orina y otras veces de algo peor, con ese trumpu trumpu que se había vuelto un sonido permanente en la casa. Llevaba tres años de cuidarlo, de limpiarlo, de levantarlo de la cama y de acostarlo, de manosearlo en lo más hondo de su intimidad, adonde de seguro mi madre no había llegado nunca, y

me pregunté si de ese otro trumpu trumpu no podía nacer algo parecido a un enamoramiento, todo lo ríspido y callado, todo lo disfrazado de bromas y de arrebatos de mal humor que se quiera, pero enamoramiento al fin, con lecturas de poemas incluidas.

Me sentí un intruso en esa casa, la casa de mi padre, y me dije que tal vez papá hubiera sido más feliz si me iba, porque tendría la libertad de tener con Celeste un matrimonio en regla, con sus pleitos, sus abrazos, sus rencores y sus secretos.

Me vestí, guardé en mi portafolio la hoja donde había copiado el poema de Isabel Fraire y salí.

Fui a la mueblería, donde pensaba quedarme unos minutos para hacer acto de presencia, pero Jaime me mostró unas cuentas pendientes que le urgía revisar y tuve que renunciar a comer en el Sanborns de Piedra, como era mi intención. Cuando nos sentamos a la mesa, me dijo que el Güero había pasado en la mañana para recibir el sobre con el dinero. Asentí, evitando mirarlo, porque sabía que Jaime pensaba que todo aquello era una vergüenza, sobre todo tratándose del Güero, un exempleado de la mueblería, es más, el primer empleado que había contratado mi padre. Él estaba convencido de que aquella situación era el resultado de que mi padre ya no estaba al frente de la mueblería. Nunca me lo dijo, lo adiviné por ciertas frases suyas y yo, por respeto a mi padre, no le dije la verdad, que aquello había empezado cuando papá todavía dirigía el negocio, y si Jaime no lo sabía, era porque se lo ocultamos, temiendo que le ganara el miedo y se largara.

Le pregunté si el Güero se había presentado solo o acompañado. Me dijo que había entrado solo, pero estaba el otro tipo afuera.

—¿El alto?

—Sí.

El Güero me había prometido que siempre entraría en la tienda solo, dejando fuera a sus compinches. Mientras se cumpliera ese acuerdo, sabía que era respetado por ellos y eso me daba cierta tranquilidad. En eso sonó el teléfono. Era Ofelia, que me hablaba para recordarme por segunda vez a una señora de su círculo bíblico que estaba interesada en comprar un futón de nuestra mueblería y de la cual me había dado el nombre y el teléfono para que yo le hablara. Volví a anotar el número y le prometí que le hablaría sin falta. Ofelia no sabía nada del Güero. Era un secreto entre mi padre,

Jaime y yo. Entre Jaime y yo, más bien, porque dudo que mi padre se acordara de aquel arreglo. De llegar a enterarse, mi hermana habría vendido la mueblería sin pensarlo dos segundos. De por sí quería venderla, porque decía que ya no era negocio. Me puse de pie y, alejándome del escritorio para que Jaime no me oyera, le pregunté si creía que papá escribía poemas.

—No, ¿por qué?

—Encontré uno, escrito de su puño y letra en su vieja libreta de la mueblería. Venía con el nombre de la poeta esa, Isabel Fraire.

—Era su poeta preferida. Lo ha de haber copiado.

—Lo sé, pero a lo mejor él también escribía poemas.

Me di cuenta de que los dos hablábamos de mi padre usando el pasado: «escribía», «era su poeta preferida», como si estuviera muerto.

—Si papá hubiera escrito unos poemas, lo sabríamos —dijo Ofelia.

—No lo creo —le dije.

—¿Por qué?

—Por cómo es papá de cerrado. No conoce a nadie.

—Conoce a un montón de gente —dijo ella.

—Me refiero a que nunca ha tenido a un verdadero amigo.

—Tú tampoco.

—Estamos hablando de él, no de mí —exclamé—. Y tú, ¿a quién tienes? ¿Al padre Clark?

—No sé qué tienes contra el padre Clark. Si no fuera por él…

—¡Ahora estaría fregando escusados!, —completé la frase.

—Vete al diablo —me dijo, y colgó.

Miré el reloj. Se me había hecho tarde y entre una cosa y otra olvidé por segunda vez hablarle a la señora del futón.

Llegué con retraso a casa de Margó Benítez, que me recibió de mal humor, no sé si por mi retraso o por otro motivo. Le ordenó a Aurelia que trajera el café, me dio la novela de Daphne du Maurier que estaba sobre la mesita y me pidió que empezara a leer.

—Traje un poema que me gustaría leerle antes de seguir con la novela —le dije, y abrí el portafolio para sacar la hoja donde había copiado el poema de Isabel Fraire.

—¿Es largo?, —me preguntó.

—No sé, es un poema —y le mostré la hoja para que ella juzgara

si era largo o no. Se fijó que estaba escrito a mano y vio que era mi letra, que conocía porque en la hoja de visita que ella firmaba al final de cada sesión yo tenía que escribir el nombre de la persona visitada y un escueto comentario sobre la lectura.

—Disculpe, Eduardo, no sabía que es de usted —me dijo.

—¿Cómo?

—No me dijo que es un poema suyo. Adelante, léalo.

La miré, sin saber si decirle la verdad o aprovechar el malentendido, que la había suavizado de golpe, haciéndola ver casi hermosa.

—Me salió casi sin querer —dije, cediendo a la tentación de lucirme, y en eso llegó Aurelia, que se inclinó con la cafetera para llenarnos las tazas. Me pareció que acentuaba la inclinación para exhibir su escote y Margó debió de advertir lo mismo, porque le dijo de mal modo:

—Deja aquí la cafetera, yo termino de servir.

La sirvienta dejó la cafetera sobre la mesita y se largó, no sin antes sonreírme.

—Hace lo que quiere —me dijo Margó en voz baja, sirviendo el café, y me pidió que empezara.

Tenía el poema bien ensayado y lo leí sin tropezar una sola vez. Supe que la había impresionado porque sostuvo su taza de café junto a la boca, sin tomar un solo sorbo mientras duró mi lectura y, cuando terminé de leer, la volvió a poner sobre el plato y me dijo:

—Es un poema maravilloso. ¡Y qué distinto lee la poesía de la narrativa, Eduardo!

—Es normal, son dos géneros diferentes.

—Me refiero a la entrega, a la pasión. Cuando lee la novela, se ve que tiene la cabeza en otra parte y que la historia le importa un comino, pero ahora que leyó el poema su actitud cambió por completo. Lo leyó de verdad, por eso me emocionó tanto —y agregó en seguida—: Toma tu café, que se te va a enfriar. Puedo hablarte de tú, ¿verdad?

—Sí, claro. —Tomé un sorbo de café, y ella otro, y nos miramos otra vez por encima de nuestras tazas. Creo que me sonrojé, dejé la taza en el plato y tomé el libro de Daphne du Maurier, abriéndolo en la página donde nos habíamos quedado. Le pregunté si quería que empezara a leer y asintió con la cabeza. Leí una página

completa y no me percaté de lo que leía.

—Tienes otra vez la cabeza en las nubes —dijo con tono maternal.

Cerré el libro y le dije:

—Sí, porque el poema que le leí no es mío.

—¿De quién es?

—De Isabel Fraire, una poeta mexicana, la poeta favorita de mi padre.

—Tu padre tiene buen gusto —dijo.

—Siempre nos ha dicho que es la mejor poeta de México. Actué como un tonto.

—Sí. Ahora sigue leyendo.

—No entendí nada de lo que acabo de leer.

—Yo tampoco —se rio con ganas y, por primera vez, debajo de la hosquedad que la silla de ruedas confería a su persona, vislumbré a una mujer deseable. La risa le había desordenado su abundante pelo negro, recogido en un chongo, dándole un aire entre descuidado y lascivo que me turbó, y le pregunté si yo también podía hablarle de tú. Tomó un sorbo de café y dijo:

—No puedes hablarme de tú, si no sé lo que hiciste.

Le pregunté a qué se refería.

—A aquello por lo que te condenaron a un año de trabajo comunitario.

Le referí lo ocurrido en pocas palabras. Yo mismo me sorprendí de que no me costara ningún trabajo, a pesar de que era la primera vez que lo hacía. Fuera de las declaraciones judiciales, no había relatado a nadie el accidente, ni a Ofelia ni mucho menos a mi padre, de quien ni siquiera sabía si estaba al tanto de él. Margó escuchó con atención, y cuando terminé, llamó a Aurelia para que nos sirviera más café. La fea y fogosa sirvienta llegó en un santiamén, como si solo hubiera esperado esa orden para aparecer, y se inclinó aparatosamente para llenarnos las tazas, ofreciéndome de nuevo la vista de su busto rebullente que parecía pedir a gritos que lo domaran.

Desde que no usaba coche, mi apreciación de las distancias a pie había cambiado y lo que antes se me antojaba un trayecto prohibitivo ahora me parecía perfectamente factible. Entre las mil cosas horrendas de La Ciudad de la Eterna Primavera, el transporte

público se llevaba la palma. Descubrí que en muchos casos se podía prescindir de él si uno modificaba su criterio en relación con las distancias recorribles a pie, y eso fue de las cosas positivas que me trajo la prohibición de volver a conducir un auto.

Saliendo de la casa de Margó Benítez tenía bastante tiempo antes de mi cita con el coronel Atarriaga y recordé que no lejos de ahí había una sucursal de la Casa del Libro. Cuando llegué me sorprendió el cambio que había sufrido el lugar. La que había sido una verdadera librería, ahora era una mixtura de revistas, textos escolares y adornos para el hogar. Entré y pedí la novela de Daphne du Maurier. No la tenían, por supuesto, pero el empleado me aconsejó buscarla en una librería de viejo que acababa de abrir a dos cuadras de allí. Era una noticia casi asombrosa que hubieran abierto una librería de viejo en una ciudad tan desprovista de rincones gratos como aquella; le di las gracias, caminé las dos cuadras y llegué a El Caracol, que me pareció un nombre prometedor para una librería de viejo.

Tuve suerte, porque tenían la novela, aunque no por separado, sino incluida en un tomo de la obra completa de la autora. El dueño de la tienda, un hombre de unos sesenta años, canoso y sumamente móvil, me vendió el tomo en doscientos pesos. Ya estaba en la calle cuando regresé sobre mis pasos y le pregunté si tenía algún libro de Isabel Fraire. Me observó con atención, supongo porque no estaba acostumbrado a que le pidieran un libro de poesía, y partió hacia un estante lejano, sorteando varios alteros de libros que le cerraban el paso. Regresó con uno en la mano, color verde:

—Es su poesía reunida, si le sirve. Acaba de morir —me informó.

—¿Cuándo?

—En abril. —Y añadió—: El mes más cruel.

Tenía una noticia para mi padre: la muerte de su poeta favorita. Le pregunté al hombre cuánto tiempo llevaba la librería y me dijo que dos meses. Comprendí por qué se movía con tanto brío. Su aventura recién empezaba. Le di la mano al despedirme y salí a la calle.

Tuve que apurarme para llegar a tiempo a casa del coronel. Su casa de una sola planta estaba situada en el traspatio de otra más grande, donde vivían sus caseros, y se accedía a ella a través de un

largo pasillo cuya puerta solo usaba él. El acceso era algo complicado. Había que tocar una campanita, el coronel la escuchaba y, si sabía quién era, salía al patio y jalaba de un largo cordón que atravesaba la longitud del pasillo y terminaba en el picaporte de la puerta; de lo contrario, había que esperar a que recorriera todo el pasillo con su paso lento.

Era una casa oscura y silenciosa. Me saludaba con una leve inclinación de la cabeza y se sentaba en un sillón que había visto mejores días, dispuesto a escucharme. Le había sugerido como lectura, considerando su pasado militar, El desierto de los tártaros, de Dino Buzzati, y él había aceptado sin chistar, como si supiera de antemano que le ganaría el sueño después de tres o cuatro páginas. El libro avanzaba tan despacio como él y me cabían serias dudas de que recordara lo poco que había escuchado en las sesiones anteriores. Cuando cerraba los ojos yo continuaba leyendo un rato, luego cerraba el libro y lo imitaba, entregándome a un sueño ligero.

Hubiera sido facilísimo robarle cualquier cosa. Incluso sabía dónde guardaba el dinero, porque un día nos interrumpió la criada de los dueños de la casa, que venía a cobrarle la renta, y él, después de entrecerrar la puerta, fue hasta un secretaire esquinado, abrió uno de los cajones y sacó un fajo de billetes, que le entregó a la muchacha; a continuación me ofreció una disculpa por la interrupción y regresó a sentarse.

Al abrir el portafolio para sacar la novela de Buzzati, la hoja con el poema de Isabel Fraire se cayó al suelo, lo recogí, y ya iba a guardarlo, cuando se me ocurrió leérselo al coronel.

—¿Le gusta la poesía?, —le pregunté.

—¿La poesía?

—Sí. ¿Le gustaría que le leyera un poema antes de seguir con la novela?

—¡Un poema!, —exclamó, como si sopesara una palabra desconocida.

—Es corto —aclaré.

—¿Qué tan corto?

Le mostré la hoja. Sentí que le estaba vendiendo algo y me arrepentí de mi ocurrencia. Solo faltaba que fuera a quejarse con el padre Clark, acusándome de obligarlo a escuchar poemas que no le gustaban.

—Los poemas son peligrosos —dijo sonriendo.

Sonreí a mi vez, sin saber si bromeaba o hablaba en serio. No hallé nada mejor que abrir la hoja, que estaba doblada, y leer para mí mismo las dos primeras líneas para comprobar si eran peligrosas o no.

—Creo que este no lo es —le dije, sintiéndome un estúpido.

—Todos lo son.

Debí haberle preguntado por qué decía eso, no lo hice y pensé que tal vez el suyo era un rechazo de fondo que tenía que ver con la misma forma irregular de los versos, que debían de parecerle poco confiables comparados con los renglones disciplinados de la prosa. Doblé la hoja y la guardé en el portafolio, saqué el libro de Buzzati, busqué la página donde nos habíamos quedado y empecé a leer. Vi cómo se relajaba. Era evidente que no me prestaba atención y me oía como una música de fondo. Me pregunté si recordaba mi nombre, si lo había oído alguna vez.

Dejé de leer cuando lo oí roncar. Tal vez lo que le daba sueño al coronel era mi manera de no involucrarme en la lectura. Lo que a Margó Benítez le parecía frustrante y a los hermanos Jiménez les provocaba enojo, al coronel lo ponía a dormir. Pero yo tenía mis razones. Al estar con un libro en la mano delante de alguien que pendía de mis labios no podía evitar sentirme un predicador y me asaltaba la imagen de mi hermana leyéndole la Biblia a Celeste. Por eso me evadía del significado de las palabras y solo les prestaba mi voz, mi «hermosa voz varonil», como la había calificado el padre Clark.

Abrí el portafolio procurando no despertar al coronel y saqué el libro de Isabel Fraire que acababa de comprar. Me fijé en el título, en el que no había reparado en el momento de comprarlo: Puente colgante (Poesía reunida). Me pareció un título irrelevante. Vamos, todos los puentes cuelgan, es su principal característica. Abrí el libro y no esperaba ver lo que vi. Estaba dedicado por la autora, con pluma azul: «A Abigael Martínez, con mi gratitud y cariño. Isabel Fraire». Venía la fecha: 7 de enero de 2002, y el lugar no se especificaba, o mejor dicho sí: «En esta ciudad nuestra», decía. ¿Cuál ciudad nuestra? ¿La Ciudad de México? ¿La Ciudad de la Eterna Primavera? ¿Otra ciudad de la república mexicana? Era bastante común encontrar libros dedicados en las librerías de viejo.

Lo sabía por mi padre, que casi no compraba libros nuevos. Con tanto que hay que leer, decía, ¿para qué perder el tiempo con las novedades? Traía a casa cinco o seis libros a la vez, polvorientos y poco atractivos, y algunos venían dedicados por el autor o con el nombre de su dueño escrito a mano en la primera hoja.

Tenía en las manos un pequeño tesoro para enseñarle a mi padre. Mira, pá, le diría, me encontré un libro de Isabel Fraire en una librería de viejo, con dedicatoria y todo. ¿Era posible que papá conociera a Abigael Martínez? Era posible. Cuando se vive en una ciudad pequeña e inculta como aquella, las pocas personas aficionadas a los libros tienden a buscarse. De lo que estaba seguro es que papá no había conocido a Isabel Fraire y que tampoco se le había ocurrido la posibilidad de conocerla. De ser por él, Isabel Fraire pudo haber muerto treinta años atrás, o ya estar muerta cuando él había empezado a leerla.

Busqué el poema que papá había copiado en su libreta de contabilidad y lo encontré en seguida. Me entró la duda de si lo había copiado correctamente y, como traía en el portafolio la hoja donde yo lo había copiado para leérselo a Margó, la saqué para compararla con el original. Vi que papá había copiado el poema a la perfección, sin añadir ni quitar nada, y esa fidelidad a toda prueba me entristeció. Me lo imaginé reproduciendo cada una de las palabras del poema, procurando no equivocarse, con la misma aprensión con la que recibía en la mueblería los muebles que le traían de la capital o de la provincia, atento a que no chocaran contra un muro o contra otro mueble. Así había sido su vida, cuidar las cosas para que pasaran de unas manos a otras manos, sin apegarse a ellas y sin interferir. En una ocasión me había contado con cierto orgullo que entre sus amigos de juventud él era el único que tomaba poco, así que se encargaba en las noches de parranda de devolverlos a sus casas, por lo general todos borrachos. Le pregunté si no le molestaba ese papel, mezcla de cuidador y vigilante, y me contestó que no, pues siendo el único sobrio, todos le confesaban sus pecados y debilidades, incluidos los padres de sus amigos, que se abrían con él cuando depositaba a sus hijos sanos y salvos en sus casas. Su argumento no me convenció y él debió de notarlo, porque vi su rostro agrisarse, como si de golpe, a distancia de tantos años, comprendiera que sus amigos lo habían utilizado o,

peor aún, que él había asumido aquel papel de cuidador por cobarde, evitando que los otros se cayeran, pero al precio de no haber experimentado nunca él mismo una caída.

Bien visto, yo leía con su mismo espíritu de no apego, por eso mis ojos resbalaban sobre las palabras, y ahora me pregunto si todo eso no se debía al hecho de que éramos una familia de muebleros, acostumbrados a no apegarnos a aquellas cosas —mesas, sillas, roperos— que para la mayoría de la gente son como una prolongación de sus cuerpos. Mamá fue la que más sufrió esa condición, porque a menudo, sobre todo al principio, se enamoraba de alguno de nuestros muebles en venta. No podía evitarlo, a pesar de que sabía que estaban ahí para ser vendidos y no para que fueran nuestros. Se apasionó sobre todo por un trinchador esbelto y de madera rojiza, con vitrina de doble puerta. No teníamos trinchador y según ella una casa sin trinchador no era una casa respetable. Temblaba cada vez que entraba un cliente en la mueblería, temiendo que lo comprara, porque tenía la esperanza de que mi padre, viendo que no podíamos venderlo, decidiera quedarse con él. Pero mi padre se mantuvo firme, porque no teníamos dinero para adquirir un mueble así. Lo fue rebajando y, cada vez que lo rebajaba, mamá lloraba oculta en un rincón, en uno de los tantos rincones y pasadizos que se forman en las mueblerías a causa del amontonamiento de los muebles. Cuando mi padre se enteró de que había otro ejemplar del mismo trinchador a un precio más bajo, lo mandó traer, y bastó que lo acomodaran en la mueblería al lado del otro para que a mamá se le pasara su infatuación. Al comprobar que era un trinchador producido en serie, perdió todo el encanto ante sus ojos. Se vendieron ambos en la misma semana y mi madre no volvió a enamorarse de ningún otro mueble.

El coronel despertó media hora después, me firmó la hoja de visitas y me acompañó a la puerta. Como siempre, me dijo al darme la mano:

—Muy buena lectura.

Cuando llegué a casa, papá ya estaba dormido, así que no pude enseñarle el libro de Isabel Fraire. Me había acostumbrado a no hacer ruido para no despertarlo. Celeste y yo mirábamos uno o dos capítulos de una serie que nos gustaba, luego ella se iba a dormir y

yo me quedaba leyendo. Esa noche le dije que no tenía ganas de ver tele y fui a mi habitación a leer Mi prima Raquel. Quería conocer el libro que le estaba leyendo a Margó Benítez. Si no podía captar el sentido de lo que leía, al menos podía conocer el argumento del libro. Me llevó dos horas terminarlo, y cuando apagué la luz, la imagen de la prima madura que enamora con sus encantos al joven Philip no me dejó dormir. Una mujer maravillosa y al mismo tiempo portadora de desgracia. Sobre todo su piel, de una increíble suavidad, tiene hechizado al pobre Philip, diez años menor que ella, mostrándole a aquel pobre provinciano inglés, que nunca ha salido de su condado, el poder avasallador que puede ejercer una hembra con su cuerpo. Me pregunté si Margó había pretendido lanzarme un mensaje a través de aquel libro; si se identificaba con Raquel, la mujer experta, y veía en mí una copia del candoroso Philip, cuyo espíritu ella se iba a encargar de afinar y perfeccionar o, peor, de someter.

Pasé la mañana en la mueblería, decidiendo junto con Jaime las rebajas del mes. No habíamos vendido nada en diez días. Aplicamos descuentos en todos los muebles, entre un 10 y un 20 por ciento, dependiendo de la pieza. Era de las cosas que más me disgustaban de aquel negocio: rebajar la mercancía. Aunque no había nacido para comerciante, me acongojaban esos momentos de ajustes de precios, y los hubiera dejado gustoso en manos de Jaime, si no fuera porque sentía que era algo que solo puede hacer el dueño, si no quiere perder jerarquía frente a sus empleados.

Se nos fue la mañana en colocar en cada mueble su letrero con el porcentaje de descuento correspondiente y tuvimos un roce con respecto a las literas suizas. Jaime opinaba que 20 % era lo adecuado; yo no estuve de acuerdo; era un mueble muy fino que no merecía rebajarse tanto.

—Llevamos casi un año con ellas —argumentó él.

Tenía razón, pero yo no cedí, y le dije que pusiera un 10 %. No se me escapó su cara de desaprobación y por un instante tuve ganas de despedirlo. Jaime nunca me había caído simpático. Tampoco a papá. Era imposible compartir una broma con él. Pero era eficiente, honesto y conocía el negocio de los muebles como nadie.

—Si en una semana no se venden, las ponemos al 20 % —dije con ánimo conciliatorio.

No lo hubiera dicho. Movió la cabeza en un gesto de censura.

—Con los saldos no se juega —dijo con sorna—. Se pone el descuento definitivo de una vez por todas, pase lo que pase. Las rebajas sucesivas dan mala imagen.

No dije nada. Sabía que tenía razón, agarré mi chamarra y me largué al Sanborns de Piedra. Me lo merecía, después de rebajar precios y aguantar al malencarado de Jaime. Llegando, me senté en una de las mesas que servía Gladis, a quien saludé con un beso en la mejilla.

—¿Lo de siempre?

Le pregunté qué tal estaba la birria y me hizo solapadamente un gesto negativo con el dedo índice para indicarme que mejor me la saltara.

—Pues entonces lo de siempre.

—¡Una semana sin aparecerse, el nene!, —dijo en tono de reproche, y se marchó a la cocina a entregar mi orden.

Luz Aurora, que servía en otro sector, vino a saludarme con el mismo reproche:

—Hace una semana que no te vemos, nene. ¿Mucho trabajo en la mueblería?

—Ojalá fuera eso —le dije—. Es una época perra, la gente no tiene dinero.

Sacó de su bolsillo un billete de quinientos pesos y me lo dio:

—Gracias, mi nene, me tardé un poco, pero aquí está.

Tomé el billete y le pregunté por Tristana.

—Se reportó otra vez enferma. A esa chica un día de estos la van a correr.

La chica en cuestión, Tristana, otra de las meseras, tenía sesenta y cinco años. Luz Aurora regresó a sus mesas, despidiéndose de mí con un beso en la mejilla.

El apodo de nene provenía de papá, que había sido un asiduo del Sanborns de Piedra desde que mamá vivía. Nos llevaba allí los domingos a desayunar y varias de aquellas meseras me habían visto crecer.

No era yo el único asiduo. Estaba el conde, que se saludaba con papá de lejos cuando coincidían allí, y con el cual nunca cruzó palabra. Yo había heredado esa costumbre y lo saludaba del mismo modo. Era un hombre menudo y nervioso, casado con una mujer

elegante y también pequeña, que parecía infeliz y que a veces venía a desayunar con él, sin que los dos se dirigieran una sola palabra en todo el desayuno. La peculiaridad del conde era que, a pesar de su edad avanzada y su baja estatura, manejaba una Harley Davidson. Dejaba su casco y sus guantes sobre su mesa, a la vista de todos, y sospecho que iba al Sanborns para que todos supieran que tenía una moto potente. Un día me pidió prestado dos mil pesos a través de Gladis. Él estaba sentado en el otro extremo del café, Gladis me comunicó su pedido y yo me paré para ir al cajero, que se encontraba a la salida del restaurante. Saqué los dos mil pesos y se los di a Gladis, que se los fue a entregar. Me hizo un gesto de agradecimiento desde su mesa, al que respondí con otro gesto. Una semana después, siempre a través de Gladis, saldó su deuda, acompañando el dinero con una caja de chocolates. Nos lanzamos un saludo desde nuestras mesas y, cuando el conde abandonó el local, llamé a Gladis y le regalé los chocolates para sus nietos.

Como la mueblería Valverde llevaba más de veinte años en la ciudad, muchos suponían que éramos ricos. Tal vez lo fuimos en algún momento, sin darnos cuenta, pero eso se acabó con la llegada masiva de los muebles armables, que se vendían en los grandes almacenes y que representaron un duro golpe para las mueblerías tradicionales.

Tenía razón mi hermana. Ya no era negocio. El problema era Jaime. Liquidarlo nos iba a salir carísimo. Había que esperar una buena racha antes de vender la tienda, esa era mi política, pero yo era el primero en saber que no era una política, sino una forma de posponer una decisión traumática.

Llegó Gladis con las enchiladas suizas y me preguntó por mi padre.

—Ahí va —le dije—. Mandé hacer una rampa donde están los escalones que unen la sala con el resto de la casa, para que pueda ir en silla de ruedas de su cuarto al porche, y tomar un poco de sol.

Saqué el celular y le mostré una serie de fotos que había tomado de la rampa, pero olvidé que entre ellas venía una de mi padre en su silla de ruedas. Cuando Gladis la vio, se le fue el color de la cara. Hacía más de un año que no lo veía. Su expresión me dio la medida del hundimiento de papá y, aunque no me dijo que estaba irreconocible, esa era la palabra que tenía a flor de labios. Me sentí

mal por haberle mostrado la ruina física de mi padre. Era injusto para él y también para ella, porque la agarré desprevenida.

—¡Qué delgado está!, —me dijo, devolviéndome el celular, y por primera vez nuestro repertorio de bromas fue insuficiente para sortear aquella zanja.

—Ya no es vida la suya —fue todo lo que se me ocurrió decirle, y ella se apresuró a acudir a una mesa donde la llamaban.

Los Reséndiz eran mis anfitriones más acaudalados, tenían una casa de dos plantas con amplio jardín, dos sirvientas y un coche elegante, lo cual no dejaba de ser extraño, pues el programa de lecturas a domicilio había sido creado para personas mayores o enfermas de escasos recursos. Eran los únicos que me aplaudían al terminar la lectura. Alababan mi voz como nadie y la señora me preguntó una vez si yo cantaba. Le contesté que solo en la regadera. Tiene voz de tenor, me dijo, y el señor Reséndiz, que aprobaba todo lo que decía su esposa, asintió con la cabeza. No comentaban nada del libro que leíamos. Habíamos empezado con La metamorfosis, de Kafka, pero en la tercera sesión me pidieron que cambiáramos a algo menos deprimente. Escogí *Desayuno en Tiffany's,* de Capote. Al final de la lectura me aplaudieron y cuando les pregunté si el nuevo libro les gustaba, contestaron al unísono: «Es interesante». Entendí que no les había gustado y la siguiente semana les llevé un cuento corto de Agatha Christie. Después de los aplausos les pregunté qué les había parecido.

—Es una novela amena —contestó Amalia Reséndiz—. ¿Es muy larga?

—No es una novela, sino un cuento, y ya terminó —respondí.

—Me gustó mucho —dijo ella—. ¿Y a ti, cariño?

—A mí también —contestó el marido.

Al revés de Margó Benítez y de los hermanos Jiménez, que me criticaban por no involucrarme en lo que leía, los Reséndiz solo parecían fijarse en mi voz, lo cual me obligaba para no defraudarlos a esmerarme en la pronunciación. Salía más agotado de esas lecturas que de la casa de los Vigil. El miedo a decepcionarlos y la atención concentrada en el sonido de mi voz me ponían en una situación idéntica a la de un actor en un escenario. Abominaba el

vínculo que se había formado entre el viejo matrimonio y yo, pero su aplauso y la sincera admiración que leía en sus ojos cuando cerraba el libro, me proporcionaban algo de la embriaguez que debe de experimentar un actor o un cantante cuando lo ovacionan.

Una tarde me preguntaron si podían invitar a una pareja de amigos en mi siguiente lectura. Dijeron así: «en su siguiente lectura», como si se tratara de un *performance*. Acepté, y cuando llegué a su casa, vi que las parejas amigas eran tres, no una, y estaban vestidas con cierta formalidad. Casualmente yo también lo estaba, porque venía de un velorio y no había tenido tiempo de ir a mi casa a cambiarme. Cuando la señora Amalia me abrió la puerta y me vio de traje, me abrazó con entusiasmo, creyendo que me había acicalado a propósito para la ocasión. De nada le sirvió que le dijera que venía de un velorio.

—¡Nada, nada, te ves estupendo!, —dijo hablándome de tú, y me presentó a sus amigos con estas palabras—: Aquí tienen a nuestro artista.

En cierto modo esa fue la palabra que determinó el curso de los acontecimientos posteriores. De haberlo sabido, me habría ido de su casa en ese preciso momento, pretextando un malestar, y en mi siguiente visita les habría pedido que no invitaran a nadie.

Los invitados de Amalia Reséndiz me estrecharon la mano con cierta deferencia, y lo que iba a ser una reunión amistosa e íntima se convirtió en una pequeña función teatral. Amalia había conseguido otro cuento de Agatha Christie, que dudo mucho que se hubiera tomado el trabajo de leer. Cuando lo leí en voz alta me concentré en modular bien las palabras, sin apenas enterarme de la historia, y después de la lectura, que fue muy aplaudida, la dueña de la casa insistió en que me sumara a un pequeño refrigerio de vino y bocadillos.

La velada especial se repitió la semana siguiente. Los Reséndiz dieron por supuesto que me encantaría repetir la experiencia y Amalia Reséndiz me habló la noche anterior para informarme que se habían sumado otras tres parejas y, como de pasada, me felicitó por mi traje de casimir, con el cual «me veía espléndido». Al otro día, cuando salí de casa con ese traje puesto, Celeste me preguntó adónde iba tan elegante y le contesté que a un velorio. Cometí el error de repetir corbata, cosa que no se le escapó a mi anfitriona,

quien después de abrazarme me dijo con voz coqueta, mientras me acomodaba el nudo:

—Hummm, esta corbata tan hermosa ya la conozco —y, volteando hacia sus invitados, exclamó—: ¡Aquí tienen a nuestro artista!

Había una docena de invitados y le costó trabajo al viejo matrimonio encontrar asientos para todos. Siendo con creces el más joven de la reunión, tuve que ayudar a bajar de la planta superior un silloncito que estaba en la alcoba. Al final tuve que bajarlo solo, pues el viejo Reséndiz se rindió a mitad de la escalera.

—¡Aquí tienen a nuestro atleta!, —exclamó Amalia Reséndiz cuando me vio entrar en la sala cargando el sillón, y la detesté.

No había traído otro cuento de Agatha Christie. Pensé en un principio llevar unos textos humorísticos de Jorge Ibargüengoitia, otro de los autores favoritos de mi padre, pero a la hora de ensayarlos me di cuenta de que para leer un texto humorístico hay que sumergirse en él para dar a cada momento con el tono acorde con la situación. Así, por mi incapacidad de entender lo que leía, los deseché. Después de mucho pensarlo me decidí por unos poemas de Isabel Fraire. Nunca había leído poemas en esa casa y los de Isabel Fraire no eran precisamente del tipo de «Nocturno a Rosario», pero me dije que esa gente quería oír mi bella voz, no entender lo que oían, y fue una decisión acertada, porque la lectura tuvo un éxito rotundo. Leí con sentimiento, dándole la razón a Margó Benítez, que se había sorprendido de cómo cambiaba mi forma de leer cuando leía poemas. Me sentí extrañamente libre al sumergirme en la caprichosa tipografía de los versos de Isabel Fraire, que parecían cortados siguiendo la respiración irregular de un peatón de nuestras ciudades. Me los volvía cercanos el sentimiento de desorientación que se percibía aun antes de leerlos, por la forma desperdigada que tenían en la página. Sentía que así era mi vida desde el accidente, o la desgracia, como la nombraba Celeste: un todo hecho de fragmentos que esperaban una oportunidad para unirse de nuevo.

—Me hiciste llorar —me susurró al oído Amalia Reséndiz cuando terminó la lectura, y añadió—: Te voy a regalar un par de corbatas que te realcen el rostro.

El lunes vendimos por fin las literas suizas. Yo estaba en la mueblería cuando entró el joven matrimonio. Como había ocurrido

otras veces, siendo yo bastante más joven que Jaime, creyeron que él era el dueño y yo el empleado. Fueron directo conmigo y cerré la venta sin dificultad. Estaba contento por la venta y por haberle mostrado a Jaime que podíamos vender las literas con una rebaja de solo un diez por ciento.

El Güero fue a la mueblería en la tarde, cuando yo no estaba, y le dejó dicho a Jaime que necesitaba hablar conmigo. Jaime me llamó para avisarme y me dijo que el Güero me esperaba en el Sanborns De Piedra a las cinco, en la zona del bar.

Llegué puntual. El bar a esa hora está desierto, escogí la mesa más apartada y pedí una cerveza. Se me antojaba un *gin tonic*, pero una bebida fuerte propicia cierta intimidad y si algo no quería era intimar con el Güero. Además, yo iba a pagar la cuenta. Llegó diez minutos después, cuando casi había terminado mi cerveza. Me di cuenta que llevaba tiempo sin verlo, porque había envejecido; pero no se lo dije, porque esas son frases de amigos.

—¡Cuánto tiempo!, —dijo él casi sin mirarme.

Se acercó el mesero para pedirle la orden, y yo me adelanté:

—Otra igual para el señor.

Quería dejarle en claro que no estaba ahí para invitarlo a una copa, sino para hablar de negocios y luego largarme.

—Cuando menos me hubieras dejado escoger la cerveza, la Indio no me gusta —me dijo.

—¿Cuál quieres?

—Una León, si hay.

El mesero llegó con la Indio.

—Tráigale una León al señor, yo me quedo con la Indio —y terminé de un trago mi otra cerveza, para que el hombre se llevara la botella. Luego, encarando al Güero, que paseaba la mirada por el local, como era su estilo, le pregunté cuál era el motivo de la cita.

—Me espero a la León, dame chance.

—No tengo tiempo, tengo cita en una hora.

Era verdad. Tenía lectura en casa del coronel Atarriaga y traía el portafolio conmigo.

—Me contaron la desgracia que tuviste —dijo el Güero, usando la misma expresión de Celeste—. Lo siento.

—Fue un accidente —dijo.

—Un accidente desgraciado.

El mesero llegó con la León, preguntó si necesitábamos algo más y contesté que no. El Güero dio un trago largo a su cerveza, se limpió los labios con la servilleta y me comunicó que estaba en problemas. Le habían robado nuestro sobre con el dinero. Al principio creyó que se le había caído en un taxi, pero después llegó a la conclusión de que se lo habían robado en el restaurante de mariscos donde se juntó con unos cuates de la infancia, y podía jurar que había sido uno de ellos.

Aquí, de haber sido amigos, le habría dicho «¡Vaya cuates!», pero no lo éramos y me quedé callado. Entonces me dijo que tenía que entregar la factura al otro día, y me llamó la atención la palabra «factura», que echaba un manto de pulcritud sobre su proceder delincuente.

—¿Y?, —le pregunté, mirándolo por primera vez a los ojos. Hasta ese momento, apoyándonos cada uno en nuestras cervezas, habíamos evitado cruzar las miradas.

—Necesito que me prestes ese dinero, de lo contrario… —Y se pasó el dedo índice por el cuello, en un gesto de claro significado.

—¿Me estás amenazando?

—No me entendiste, a quien le van a dar cuello es a mí. Saben que Jaime me dio el sobre, porque David estaba fuera de la tienda.

—¿David es el alto?

—Sí. Olvida su nombre, no debí habértelo dicho y a ti de nada te sirve saberlo.

Se acabó de un trago lo que quedaba en la botella y comprendí que tenía miedo.

—¿Quieres otra?, —le pregunté.

Me dijo que sí. Llamé con un gesto al mesero, que se acercó presuroso, y le pedí otra León. El Güero me dio las gracias.

—Aunque quisiera, no tengo ese dinero —le dije.

—Haz todo lo posible para conseguirlo. Te lo iré devolviendo de a poco, te lo prometo.

No se me escapó lo chusco de la situación. El que extorsionaba le pedía un préstamo al extorsionado, y me pregunté si él había advertido lo mismo.

—¿Por qué justo a mí?, —le pregunté.

—Porque eres la única persona decente a quien puedo pedir ayuda.

—Tú mismo decidiste rodearte de puros indecentes.

El mesero le trajo su cerveza y se llevó nuestras botellas vacías. El Güero me miró con determinación.

—Eduardo —me dijo—, no me la quiero dar de santo, porque nunca lo fui. Tu padre lo sabía cuando fui a pedirle trabajo, y aun así me contrató. Me salvó la vida. Nada más quiero decirte que me apena estarles sacando dinero a ustedes. No hay día que no piense en eso y Guiomar no me lo perdona todavía. Si ella venera a alguien, es a tu padre. Pero si yo no estuviera, las cosas para ustedes se pondrían más difíciles.

—Conozco este sonsonete.

—No tengo otro, por desgracia —replicó—. Cuando supe que le habían echado el ojo a la mueblería, me adelanté. Fui yo quien les dijo «Vamos sobre los Valverde». ¿Crees que se habrían salvado? Ahora, en lugar de tratar conmigo, estarían haciéndolo con David, y tú no conoces a esas personas, no sabes de lo que son capaces.

—Así que debo darte las gracias —espeté.

De haber sido una película de Hollywood, yo, en este punto, me habría puesto de pie y, después de arrojar un billete sobre la mesa, me habría largado. Pero no estábamos en Hollywood, sino en La Ciudad de la Eterna Primavera, y el rufián que tenía enfrente no era Robert de Niro, sino el Güero, nuestro primer empleado de la mueblería, que estaba muerto de miedo.

Le hice seña al mesero de traerme la cuenta. En media hora tenía que estar en casa del coronel. Mientras esperaba hice unas cuentas rápidas. De los ahorros de papá solo una mínima parte estaba disponible y era apenas la mitad de la suma que necesitaba el Güero, el resto estaba a plazo fijo y no se vencía hasta tres días después. Yo tenía un cuarto de la suma. Faltaba el otro cuarto. Pedírselo a Ofelia era imposible, porque tendría que confesarle que el Güero, el marido de Guiomar, nos extorsionaba. Pensé en los Reséndiz, los más pudientes de mis anfitriones; pero si el padre Clark llegaba a enterarse de que les había pedido dinero prestado, me expulsaría del programa y yo acabaría limpiando los escusados del hospital del Seguro Social o de algún reclusorio.

—¿Qué me dices?, —me preguntó el Güero.

—No puedo decirte nada por ahora. Mañana háblale temprano a Jaime, él te dirá.

Se puso de pie, dudando si darme la mano. Decidió no dármela, y dijo de sopetón, como si hubiera ensayado la frase frente al espejo:

—Si Guiomar no ha ido a ver a tu padre es porque se muere de la vergüenza.

Pagué la cuenta que me trajo el mesero y esperé unos minutos para darle tiempo al Güero de alejarse. Salí del bar y me dirigí a la caja. Busqué con la mirada a Gladis. Cuando me vio, caminó hacia mí. Le hice seña de que tenía prisa, mandándole un beso de lejos, y alcancé la salida. Allí me detuve. ¿Y si le pedía a ella el dinero? Sabía que no dudaría en dármelo, pero me imaginé viniendo al Sanborns de Piedra con esa deuda encima, sin tener la libertad de pedir un platillo medianamente caro o una cerveza de más. No era solo eso. Ella me había visto prestarles dinero al conde y a Luz Aurora; sabía que en un caso de necesidad podía contar conmigo y eso me revestía de una pátina brillante. Yo era el nene, y si le pedía dinero, me convertiría en un adulto, como el conde. Era preferible enfrentarme a David. Porque me quedaba claro que si el Güero no entregaba a sus jefes la famosa factura, lo despacharían sin pensarlo y de ahí en adelante tendría que vérmelas directamente con el alto.

Oscurecía cuando llegué a casa del coronel. El clima empezaba a cambiar y él se había puesto un suéter y unas pantuflas con forro. Fiel a su costumbre, no me ofreció nada. Nos sentamos en nuestros respectivos lugares y saqué del portafolio El desierto de los tártaros, me aclaré la garganta y empecé a leer. Cada tanto levantaba la cabeza para ver si había cerrado los ojos. Tardó más tiempo de lo usual en hacerlo. Tal vez presentía algo. Cuando se adormiló, no me confié y seguí leyendo durante un rato más. Solo cuando escuché su suave ronquido cerré el libro, me levanté y caminé hasta el secretaire. El corazón me latía de prisa. Abrí el primer cajoncito de la izquierda, donde había unas plumas y una goma; abrí el de abajo, que estaba vacío; en el tercero, que era el más grande, había unas fotos en blanco y negro amarradas por una liga. Al darle la vuelta vi el fajo de billetes. Me temblaban los dedos y miré al coronel, que seguía roncando, y no dejé de mirarlo mientras sacaba los billetes. Estaba indeciso si contar el dinero ahí mismo o regresar al sillón, opté por regresar al sillón, levanté el portafolio del suelo y lo abrí sobre mis rodillas, quité la liga para separar los billetes de las fotos

y conté el dinero. Era un poco más de lo que necesitaba y saqué lo justo, que guardé en uno de los compartimientos del portafolio; amarré el resto de los billetes a las fotos, cerré el portafolio y regresé al secretaire para guardar el atado en el cajón. Cuando volví a sentarme mi corazón tardó un tiempo interminable en recobrar su latido normal.

Esa noche, cuando abrí el portafolio en mi cuarto para sacar el dinero, vi entre los billetes una foto del coronel, que debió de haberse soltado de las otras, y ese descuido de mi parte me puso de mal humor. En ella se veía al coronel vestido de civil, abrazando a una mujer bastante más joven que él, con un establecimiento al fondo que podía ser un hotel o un balneario. A juzgar por el aspecto del coronel, debió de haber sido tomada unos diez años atrás. Guardé la foto en una bolsa del portafolio, con la idea de devolverla cuando fuera a su casa a regresarle el dinero.

Al otro día, a primera hora, fui al banco y saqué de la cuenta de papá el dinero que no estaba invertido en el plazo fijo, después entré al privado de Rosario para saludarla y le pregunté si podía tomarle una foto con mi celular, porque a mi padre le habría encantado tener una foto de ella. Me dijo que en el banco, por seguridad, estaba prohibido tomar fotos, pero se la podía tomar afuera, y me pidió que la esperara unos minutos, el tiempo de hacer una llamada. Había una banca de madera fuera de la sucursal y fui a esperarla allí. Cuando pasaron veinte minutos me levanté, pensando que se había olvidado de la foto, pero no me atreví a entrar para recordárselo. Era la directora de la sucursal y tal vez se le había atravesado algo importante. Volví a sentarme. Pasaron otros veinte minutos. Cuando se cumplió la hora, me levanté y me fui. Seguro le había surgido un imprevisto, pero la cosa me dejó un mal sabor de boca. El trabajo era lo primero, pero ¿qué le hubiera costado salir un minuto?

Sonó el celular. Era Jaime. Me dijo que el Güero iba a pasar a la mueblería en media hora para «ver si había conseguido lo que acordamos». Como no quería verlo, tomé un taxi para llegar a la mueblería lo más rápido posible y dejarle el dinero con Jaime. Cuando llegué, en lugar de poner los billetes en un sobre, como hacía con el dinero de la cuota de protección, los enrollé burdamente con una liga, para dejarle en claro al Güero (y a Jaime,

y a mí mismo) que una cosa no tenía que ver con la otra.

—Es algo especial —le dije a Jaime, dándole el rollo de billetes.

—¿Y lo otro no es especial?, —repuso con sorna, y estuve a un tris de decirle que se fuera al diablo, pero por suerte me contuve, porque si lo despedía la tienda se vendría abajo.

Salí y paré el primer taxi.

—Sanborns de Piedra —le ordené al chofer, y repetí para mis adentros, como un rezo: «Sanborns de Piedra, Sanborns de Piedra». Era el único sitio en aquella ciudad en el que me sentía a gusto. Llegando, busqué a Gladis. Luego me acordé que era martes en la mañana, su turno de descanso. Me senté donde siempre y vino a atenderme una joven altota que llevaba pocos meses de trabajar allí. Gladis sabía cómo me gustaban los bisquets, sin aplanar en la plancha y con poca mantequilla. Le di esas mismas instrucciones a la altota y saqué de mi mochila el libro de Isabel Fraire.

Había dormido mal, pensando en el coronel Atarriaga, que en cualquier momento podría percatarse de que faltaba dinero en el secretaire. Tenía todo el tiempo en la boca el rezo de que no tuviera que acudir al mueblecito hasta el otro día, cuando podría devolverle la cantidad que me había llevado. Hice una apuesta con el azar: si la altota me traía los bisquets aplastados, el coronel iba a descubrir el robo; si los traía esponjaditos, estaba a salvo. La altota salió de la cocina llevando la charola en alto y vino caminando hacia mi mesa con una cadencia africana. Siempre me han gustado las mujeres altas. Son más sensibles y leales que las de baja estatura y, si son feas, no lo son del todo, porque la altura les ayuda a diluir sus carencias. También lo contrario es cierto y es raro ver a una mujer alta de gran hermosura, pero yo digo que es preferible una belleza moderada a una irresistible, si esta última viene acompañada de ruindad.

Mireya, así rezaba el gafete de la altota, abrió la tijera portacharolas, colocó la charola sobre ella, levantó la tapa térmica y puso el plato bajo mis narices. Miré los bisquets, la miré a ella y me quedé sin moverme.

—Le dije que los bisquets sin aplanar, señorita.

—Me dijo con poca mantequilla, joven.

—Y sin aplanar en la plancha. Fue lo primero que le dije.

—¿Se los cambio?

—Por favor.

Se llevó los bisquets, dejándome sumido en una nube de malos presentimientos. Pensé que todo era culpa de la necedad de Ofelia. De haber tenido un poco de sentido común habría entendido que nuestro trato con el Güero era el *modus vivendi* de gran parte del comercio de la ciudad. Yo le hubiera pedido el dinero a ella, en lugar de robárselo al coronel Atarriaga, y no estaría a un paso de acabar en la cárcel. Me corregí: no era un robo, pues le iba a devolver los cinco mil pesos al día siguiente, inmediatamente después de retirarlos del banco. De qué manera, todavía no lo sabía.

Mireya regresó con los nuevos bisquets. Ya no estaban aplastados, le di las gracias y la miré alejarse. Se me había ido el apetito y las ganas de leer los poemas de Isabel Fraire. Era una mañana soleada y fresca, de esas que justificaban el odioso apelativo de Ciudad de la Eterna Primavera. Me quedé mirando el vacío, mientras los bisquets y el café se enfriaban, y Mireya se dio cuenta.

—¿Pasa algo con los bisquets, joven?

—No, están bien. Se me fue el apetito.

—A veces pasa —dijo, y se alejó con su cadencia de camello. Entonces me vinieron a la mente estos versos que había leído hacía tiempo: «Hay avenidas tan anchas, / que atravesarlas es otra avenida». No recordaba si los había leído en un cuaderno de papá, copiados de su puño y letra, o en alguna otra parte. Tal vez ni siquiera eran unos versos, sino una frase leída o escuchada en un anuncio publicitario.

Si hubiéramos vivido en un mundo mejor, le habría preguntado a Mireya:

«—Escuche, Mireya, acabo de recordar estos versos: “Hay avenidas tan anchas / que atravesarlas es otra avenida”. ¿Recuerda de quién son?».

«—Claro, de Iván Buruskov, poeta ucraniano, perteneciente a su libro Las dalias mortales, de 1964, del cual existe una excelente traducción al español de José Emilio Pacheco. ¿Todo bien con los bisquets?».

«—Todo bien, gracias Mireya».

Pero aquello no era un mundo mejor, sino la Ciudad de la Eterna Primavera, una ciudad que no tenía alma, sino albercas, como solía

repetir mi padre. Tomé un sorbo de café, abrí el empaque de mermelada para untarla en los bisquets y, al levantar los ojos, vi al padre Clark entrando en compañía de una mujer. Miraron en busca de una mesa. Para que no me viera, me agaché a recoger algo inexistente del suelo, esperé veinte segundos mirándome los zapatos, me enderecé de nuevo y, justo entonces, el padre me vio. Me saludó con la mano, condujo a la mujer a una mesa y caminó hasta donde yo estaba.

—Qué bueno que te veo, Eduardo, justo quería hablar contigo —me dijo hablándome de tú, y extendió su mano. Me levanté para estrechársela, tomó asiento sin pedirme permiso, señalando mi silla para que me sentara, como si fuera su mesa y no la mía, y me dijo que los hermanos Jiménez me esperaban al día siguiente a las once de la mañana para completar la lectura, tal como habíamos acordado. Le dije que me extrañaba que me hubieran citado a esa hora, porque siempre nos veíamos en las tardes.

—Ellos tienen el sartén por la mango —me dijo.

—Por el mango —corregí.

—¿Vas a llevar a alguien de testigo?, —hizo caso omiso de mi observación.

Le dije que pensaba llevar a Celeste, la cuidadora de mi padre.

—Me parece razonable.

Se me quedó mirando como si acabara de hallar el parecido entre Ofelia y yo. Mireya vino a ofrecerle la carta, él le dijo que estaba sentado en otra mesa y le preguntó si había huevos con machaca, a lo que Mireya respondió que sí.

—Me alegra —dijo—. En el otro Sanborns casi nunca los tienen —y no especificó cuál Sanborns, solo dijo el «otro», aunque yo sabía que era el de Plan de Ayala, porque Ofelia había comido allí con él. Mireya me sirvió más café y yo dije:

—Este es el mejor Sanborns de todos. Hacen los mejores bisquets —y agregué, mirando de reojo a Mireya—: En los otros, los aplastan sobre la plancha y se les quita lo crujiente.

Ella se alejó con su jarra de café.

—No me gustan los bisquets —dijo el padre Clark.

Lo miré a los ojos. Eran los ojos más impenetrables que había visto y pensé que podían ocultar lo mismo a un santo que a un asesino. Me miraba como si siguiera calibrando mi parecido con mi

hermana, lo que me hizo pensar que quizá estaba enamorado de ella. Para sacarlo de aquel trance, le dije:

—Ofelia lo admira mucho.

—Somos buenos amigos.

—Lo sé, y es también su confesor.

—Sí.

Como no dije nada, él me preguntó:

—¿Crees que no se puede ser amigo y confesor a la vez?

Pensé, por cierto temblor en su voz, que sí estaba enamorado.

—No —contesté.

—Si aceptamos que un confesor es un ser tan débil como aquellos que se confiesan con él, la amistad es perfectamente posible, ¿no crees?

Sonaba a respuesta preparada.

—Dicho así, suena muy bonito —dije—, pero en la práctica, aquel que escucha los pecados de los otros adquiere sobre ellos una incuestionable autoridad.

—¿Crees que tengo autoridad sobre tu hermana?

—Sí.

Estuve a punto de preguntarle si estaba enamorado de Ofelia. Me habría dicho que no, y yo le habría parecido un estúpido. Pero debió de leer en mi mirada esa pregunta, porque perdió su aplomo y miró por encima de mi hombro, seguramente en busca de la mujer con la que había entrado.

—Es un tema a discutir, pero me están esperando —dijo poniéndose de pie y haciendo tambalear la silla, que estuvo a punto de caer. Por lo visto, tenía problemas para levantarse.

—Ah, me olvidaba —exclamó—. Me habló hoy temprano el coronel Atarriaga. No te levantes. —Me había levantado bruscamente al oír el nombre del coronel—. Me dijo que anoche olvidaste tu paraguas en su casa.

Lo había olvidado adrede, para tener el pretexto de regresar al otro día.

—Qué bueno, creí que lo había perdido —dije con voz insegura.

—Me manda decirte que puedes pasar a recogerlo cuando quieras.

Le di las gracias, nos dimos un apretón de mano y mientras lo miraba alejarse sentí mis pulsaciones en las sienes. El coronel,

aparentemente, no había reparado todavía en que le faltaban cinco mil pesos.

La noticia me devolvió el apetito y me senté a comer los bisquets. Cuando terminé, pedí la cuenta. En la caja, mientras esperaba mi turno para pagar, miré en dirección a la mesa donde estaba sentado el padre Clark. La mujer que lo acompañaba era una rubia madura de buen ver, de la edad de Ofelia. Él gesticulaba y la mujer lo miraba, visiblemente impresionada. Pensé que, como ella y Ofelia, debía de haber otras mujeres que lo invitaban a desayunar y que él encantaba con sus modales aparatosos. Tal vez en algunos casos el desayuno o el almuerzo eran el preámbulo de otra cosa. No me habría sentido con el ánimo de condenarlo por eso. Era probable que con su ímpetu de oso les proporcionara a esas mujeres más placer y cariño que sus convencionales maridos. Tuve de repente la sensación de que nos parecíamos y que él aborrecía en el fondo sus ojos celestes, que le habían abierto muchas puertas, sí, pero ninguna de las que hubiera deseado que se abrieran. Tal vez me había observado unos minutos atrás porque veía en mí a alguien extraviado, y eso le recordaba el sentido profundo de su vocación, que había perdido en medio del círculo un poco frívolo en el que se movía, rodeado de damas que lo admiraban.

Decidí regresar a casa caminando y después de unas cuadras me detuve, abrí mi mochila, saqué el libro de Isabel Fraire y volví a leer aquellas palabras de la dedicatoria: «En esta ciudad nuestra». ¿Era posible que Isabel Fraire hubiera sentido como suya la Ciudad de la Eterna Primavera? No estaba lejos de El Caracol y decidí ir allá. Llegué sudando, porque el último tramo de la calle estaba en subida. Había solo un cliente, hojeando un libro al fondo del local. El dueño, como de costumbre, se estaba movilizando de un lado a otro y, cuando me vio, se acercó para preguntarme qué buscaba. Me había reconocido. Saqué el libro de Fraire y lo abrí en la primera página:

—Me encontré esa dedicatoria en este libro que le compré el otro día.

Miró la dedicatoria, asintió y me dijo que no podía cambiarme de libro, porque ese era el último ejemplar que tenía.

—No quiero cambiarlo —le dije—, solo quería saber si de casualidad conoce a la persona de la dedicatoria.

—¿A Abigael Martínez?

—Sí.

—Soy yo.

Lo miré, sintiéndome un estúpido, y cerré el libro.

—Se lo pregunto porque Isabel Fraire es la poeta favorita de mi padre y pensé que a lo mejor él y la persona de la dedicatoria se conocían.

Me preguntó cómo se llamaba mi padre. Se lo dije, y le di una tarjeta de la mueblería. La miró y dijo que no tenía el gusto de conocer a mi padre, aunque conocía la mueblería, porque a veces pasaba en frente de ella. Le dije que no quería quedarme con el ejemplar que le había dedicado la autora y que se lo devolvería si me conseguía otro igual.

—No importa, quédese con él —repuso, y pensé que debía de estar en serios aprietos económicos si vendía un libro firmado por su autora, por añadidura amiga suya.

Guardé el libro en mi mochila y le dije:

—De todos modos, si consigue otro ejemplar, avíseme, le dejo la tarjeta de la mueblería.

Tomó la tarjeta y me preguntó de dónde conocía mi padre a Isabel Fraire.

—No la conoce —le dije, y añadí—: Mi padre no conoce a nadie. —Me miró, como esperando que agregara algo después de una frase tan lapidaria, y entonces dije—: Está enfermo y yo me hago cargo de la mueblería. Lo peor para él es que ya no puede leer.

—¿Por qué no le lee usted?

No se me había ocurrido. Leía a domicilio en siete casas y nunca le había leído una sola página a mi padre.

—No soy bueno para leer en voz alta —dije para justificarme—. No logro interesarme en lo que leo.

—A mí me pasaba lo mismo. Me pasó con Isabel, justamente.

—¿Le leía usted?

—Vino a pasar un fin de semana con nosotros, se cayó de una escalera y se fracturó una pierna. Estuvo hospitalizada durante dos semanas, sin poder moverse. Mi mujer la visitaba en las mañanas y yo en las tardes, y como no soy muy conversador, le leía una novela. Pero leía mal, me aburría y la aburría a ella, así que una tarde me dijo que nos olvidáramos de la novela y le leyera las

recetas de un libro de cocina que le había prestado una enfermera. Yo las disfrutaba y ella también. Y de las recetas pasamos a los poemas, que son muy parecidos.

—¿En qué son parecidos?, —le pregunté.

—Son recetas de vida, digamos, y aunque no nos guste el platillo que describen, nos admira lo bien que lo describen. Todo el gusto de la poesía está en eso.

Asentí, aunque no muy convencido, y le pregunté si Isabel Fraire venía seguido a la Ciudad de la Eterna Primavera.

—Se aparecía de repente —contestó—. Venía a ver a alguien, nunca le preguntamos quién era y ella nunca nos lo dijo. ¿Quiere mirar el estante de poesía?

Contesté que ahora no tenía tiempo, pero regresaría en otra ocasión. Nos dimos la mano y estuve a punto de preguntarle a qué ciudad se referían las palabras «esta ciudad nuestra», pero no me atreví. ¿Quién me mandaba meterme en las dedicatorias de otros?

Cuando llegué a casa, papá estaba dormido, para variar. Dormía en su cuarto, dormía frente a la tele y dormía en el porche cuando Celeste lo sacaba a tomar el sol después del desayuno. El cáncer lo roía, le quitaba sustancia día a día, pero respetaba su sueño. Tal vez todo se había vuelto un sueño para él, como una forma de defenderse de la enfermedad.

Fui a mi cuarto, abrí la libreta que utilizo para hacer las cuentas de la mueblería y escribí en la última hoja: «Mi padre no conoce a nadie». Era la segunda vez que esa frase afloraba en mis labios, y pensé que era un verso, por eso la anoté. Nunca había escrito un poema y no tenía la intención de empezar ahora, pero pensé que, siendo un verso, debía anotarlo. No tenía la menor idea de qué verso podría seguir, si uno igual de categórico o uno que matizara las cosas. Qué difícil es la poesía. El mundo debía de estar lleno de primeros versos como el mío, que inauguraban una carrera poética al mismo tiempo que la clausuraban.

Le pregunté a Celeste dónde estaban los dos o tres libros de cocina que ella abría a menudo para deleitarse con sus ilustraciones y de los que había sacado alguna receta con ayuda de Ofelia y mía. Fue al anaquel de la sala y me los trajo. Eran un recetario de pasta italiana y uno de platillos mexicanos navideños. Me senté en el porche y leí atentamente tres recetas de ravioles: al pesto, a la

marinara y a la puttanesca. No las encontré nada disfrutables. No me fue mejor con los platillos mexicanos de navidad, donde me perdí en el proceso para preparar romeritos a la jaliciense. Cerré los dos libros y los dejé sobre la mesita plegable, pensando que Abigael Martínez estaba equivocado. Los poemas no eran como recetas de cocina, porque las recetas solo tenían sentido tomadas como un todo, al revés de los poemas, que podían leerse de manera fragmentaria, sin la obligación de terminarlos; uno podía detenerse a media lectura, fascinado por cuatro o cinco versos, y releerlos una infinidad de veces, olvidándose del poema. Por lo menos es así como mucha gente lee la poesía. Una receta, en cambio, no puede truncarse a la mitad, porque el platillo no sale o sale mal.

Llamé a Celeste y le dije que le hablara a su sobrina para que viniera a sustituirla al día siguiente, porque necesitaba que me acompañara a hacer varias diligencias, entre ellas visitar al señor ventrílocuo. Me volvió a preguntar si tenía que ir bien vestida y le dije que no.

Esa noche papá tuvo insomnio y quiso pararse. Temí que la metástasis en los huesos hubiera empezado su dura obra de demolición y que aquel despertar en medio de la noche fuera el prólogo del sufrimiento, que Celeste y yo esperábamos con terror de un día a otro. Por suerte, solo parecía tratarse de una pesadilla. Celeste le preparó un té de azahar, luego fue a acostarse y yo me quedé con él. Hice otro té para mí, arrimé su silla de ruedas a la mesa del comedor y me senté a su lado. Durante un rato largo no hablamos. Cuando le dije que había comprado un libro de Isabel Fraire, asintió con la cabeza, le pregunté si quería verlo y contestó que sí. Fui a mi cuarto y regresé con el libro, lo abrió, miró la dedicatoria y me dijo:

—Está dedicado.

—Sí.

—Qué amable. Dale las gracias. ¿Cómo está?

Me quité los lentes y los limpié con una servilleta.

—Bien, te manda muchos saludos. Es una antología de sus poemas.

Asintió y empezó a pasar las hojas. Lo estuve observando para saber si reconocía los poemas que había leído tantas veces. De pronto se le iluminó el rostro y, sonriendo, leyó en voz alta: «Tu

piel, como sábanas de arena y sábanas de agua en remolino». Puso el libro sobre la mesa y, sin verlo, continuó:

—«Tu piel, que tiene brillos de mandolina turbia. / Tu piel, adonde llega mi piel como a su casa / y enciende una lámpara callada. / Tu piel, que… que…».

Buscó en su memoria las palabras que seguían. Tomé el libro para ayudarlo, busqué el verso y le dije: «Tu piel que alimenta…», y él recordó: «Tu piel que alimenta mis ojos», pero volvió a dudar, me miró anhelante y yo le dije el principio del siguiente verso: «y me pone mi nombre…».

—Ah, sí, «y me pone mi nombre como un vestido nuevo».

Volvió a mirarme. Sus ojos eran los de un náufrago que está a punto de hundirse y mira a otro que está junto a él, esperando que lo ayude. Le dije:

—«Tu piel que es un espejo… en donde mi piel…».

—«En donde mi piel» —repitió, y volvió a repetir—: «En donde mi piel…».

—«Me reconoce» —completé.

Algo en él se replegó profundamente, lo vi en su mirada. Renunció a seguir recordando y clavó sus ojos en la taza de té. Aquel poema, que durante años había atesorado en su memoria, se le había vuelto desconocido.

—Llévame a la cama —me dijo de mala manera.

Obedecí y lo ayudé a acostarse, regresé a la sala para apagar las luces y fui a mi cuarto. Abigael Martínez tenía razón, los poemas son un todo, como las recetas de cocina; no se vale decirlos a medias o recitar un par de versos, hay que tomárselos en serio como el poeta que los escribió y que luchó hasta la última línea antes de darlos por terminados. No atenuaba la frustración de mi padre el hecho de haber recordado unos cuantos versos; hubiera sido mejor no recordar ninguno. Él sabía que acababa de perder algo que siempre lo había acompañado como un todo vivo y completo, y debía de sentirse un viejo inútil.

Celeste y yo nos presentamos en el banco cinco minutos antes de la apertura. Rosario no había llegado. Mario, el ejecutivo del privado contiguo, se levantó obsequioso y me preguntó en qué podía servirme. Le expliqué de qué se trataba y le presenté a Celeste. Esta, a pesar de lo que le había dicho, se había vestido lo

más formalmente que pudo, poniéndose un rebozo de seda de la India que le había regalado Ofelia en Navidad y que le daba un aire entre tehuana y quiromante. Nos sentamos, y Mario me tuvo lista la orden de pago en menos de diez minutos. Pasé a la caja y, cuando regresé al privado, Celeste tenía la mano izquierda de Mario entre las suyas y le sobaba la muñeca.

—Cuando despierta y antes de acostarse —le estaba explicando.

—¿Y dónde consigo el aceite que dice?, —le preguntó Mario.

—No lo encuentra en las farmacias. Me lo traen de mi pueblo. El joven Eduardo puede traérselo cuando venga.

Mario me miró agradecido y yo le sonreí, a mi pesar. Celeste se levantó, los dos se despidieron de beso y salimos del banco. En la calle, Celeste me dijo que el joven tenía un problema de tendinitis debido al uso excesivo del ratón de la computadora. Yo estaba molesto por su manera de disponer de mi tiempo sin consultarme, pero no se lo reclamé, porque tenía ahora el pretexto para volver al banco y tomarle la foto a Rosario para mi padre.

Paré un taxi tan pronto como llegamos a la avenida. Era de las pocas virtudes de la Ciudad de la Eterna Primavera: había más taxis que moscas. Se llevaba uno la mano a la cara para estornudar y se paraba un taxi. Le di al chofer el nombre de la calle del coronel Atarriaga y durante el trayecto Celeste le ponderó al taxista las bondades del aceite que acababa de recetarle a Mario. No recuerdo cómo se las arregló para introducir el tema. Noté que la calle la ponía locuaz. Tal vez la lejanía momentánea de mi padre le inyectaba energía. El taxista tenía un problema parecido a Mario, no en la muñeca sino en el cuello, y cuando le preguntó a Celeste dónde podía conseguir el aceite, ella le dijo que se lo traían de su pueblo.

—Le llevaré esta semana un frasquito al señor Mario, que es empleado en la sucursal de Banorte donde usted nos recogió, y puedo dejarle un frasquito para usted —le dijo al taxista. Este le preguntó cuánto costaba y Celeste le dijo que se lo regalaba con gusto y solo necesitaba saber cómo se llamaba, para decírselo al joven Mario.

—Regino García, un servidor. Es usted muy amable.

Cuando llegamos, tuve que insistir para pagar el importe de la dejada, porque el hombre no quería cobrarnos. Celeste me preguntó

cuál era la casa del coronel y le señalé una construcción color ocre a mitad de la calle.

—Pues vamos —dijo el ser híperactivo en que se había convertido de golpe. Durante el trayecto en taxi había decidido referirle detalladamente todo lo ocurrido, porque era la única manera de que me ayudara a devolver los cinco mil pesos al secretaire del coronel.

—He cometido una estupidez —le dije, y le conté del préstamo al Güero, haciéndole jurar que no mencionara ese nombre delante de mi hermana, que lo conocía desde los tiempos en que era nuestro empleado en la mueblería. Se puso solemnemente una mano sobre el pecho y cuando terminé de ponerla al tanto de la situación, me preguntó qué tenía que hacer. Le confié mi plan. Le diría al coronel que venía por mi paraguas. Sabiendo lo esquivo que era, seguramente nos diría que lo esperáramos. Entonces ella le pediría permiso para usar su baño y al hombre no le quedaría más remedio que invitarnos a pasar. Una vez que estuviéramos en su casa, mientras ella entraba al baño, yo me las arreglaría para distraer el coronel y sacarlo al patio con la excusa de preguntarle sobre sus plantas. Ella saldría del baño y pondría el dinero en el cajón central del secretaire, que se encontraba en la entrada.

Le di los cinco mil pesos, que guardó en su bolsa, y fuimos a tocar la campanita del coronel. Como había previsto, no nos abrió con el sistema del cordón, dado que no sabía de nuestra visita, y vino a abrirnos en persona. Escuchamos sus pasos por el pasillo y, cuando abrió, antes incluso de saludarme, tomó mi paraguas, que había dejado a un lado de la puerta, y me lo entregó.

—Lo dejé de una vez aquí, sabiendo que iba a venir por él —me dijo, y yo me quedé con el paraguas en la mano, con cara de estúpido. Pero Celeste reaccionó con prontitud:

—Soy Celeste Hermenegildo, la enfermera del papá del señor Eduardo. Quería pedirle de favor si me permite el uso de su baño.

—Claro, la acompaño —exclamó el coronel y, dirigiéndose a mí, añadió con tono militar—: Usted quédese aquí a vigilar la entrada, no se vaya a meter alguien.

Me quedé tieso. La orden del coronel echaba abajo nuestro plan y le dirigí a Celeste una mirada de pánico, pero ella no se inmutó.

—Tenga, Eduardo, no me tardo —me dijo, entregándome su

bolsa donde acababa de guardar los cinco mil pesos.

Las cosas ocurrieron así. Mientras el coronel le abría camino, ella le dijo que le notaba el cuello algo rígido.

—Tiene buen ojo —dijo él.

—¿Me permite?, —le puso las manos en la parte superior de la espalda. Se habían detenido a mitad del pasillo—. Tiene nudos en esta parte, lástima que no traje el aceite conmigo.

—¿Qué aceite?

Siguieron andando hacia la casa, mientras Celeste le explicaba que su aceite era excelente para eliminar nudos y contracturas de la espalda.

—¿Cree que tengo una contractura?

—Ahora vemos.

Entraron en la casa y cerraron la puerta, dejándome en la calle con mi paraguas y la bolsa de Celeste, ya sin esperanzas de poder devolver el dinero. Pero no había contado con la sangre fría de Celeste, que salió de la casa y me llamó:

—Eduardo, tráigame mi bolsa por favor, necesito mis lentes. Dice el señor coronel que cierre la puerta, no se vaya a colar alguien de la calle.

Obedecí, cerré la puerta, recorrí el pasillo y entré en la casa del coronel. Celeste sacó sus lentes de la bolsa y me la devolvió. Había sentado al coronel en una de las sillas de la mesa del comedor, en una posición desde la cual no podía mirar hacia el secretaire.

—Vamos a ver —le dijo al coronel, y se acercó a palparle el cuello.

—¿No tenía que pasar al baño?, —le preguntó el dueño de la casa.

—No hay prisa, esto es rápido.

—El que va a pasar soy yo, si me permite —le dije al coronel, quien me concedió el permiso con un gesto de la cabeza.

En lugar de entrar al baño me acerqué al secretaire, saqué el dinero de la bolsa de Celeste y abrí el cajoncito del centro. Ahí estaba el atado de fotos y debajo de él estaba el dinero, amarrado por la liga. Tomé los cinco mil pesos y los agregué al pequeño fajo, luego cerré el cajoncito y entré en el baño, que estaba a un lado. Hice pipí, jalé del agua dos veces y salí. Celeste seguía masajeándole al coronel en la base del cuello, volteó hacia mí y me

dijo:

—Le dije al señor coronel que usted puede traerle el lunes un frasquito del aceite.

—Con todo gusto —dije.

Con ese iban ya tres frasquitos que tenía que entregar: el de Mario, el del taxista y el del coronel.

Celeste pasó al baño y, cuando salió, el coronel, agradecido por el masaje, quiso acompañarnos hasta la puerta.

Ya en la calle, paré un taxi. Estaba impresionado por la desenvoltura de Celeste. La mujer introvertida y un poco gris que conocía entre muros se había revelado en la calle un ser expansivo y temerario. De no ser por su sangre fría, jamás le habría devuelto el dinero al coronel Atarriaga. En el taxi le dije:

—Me salvaste, Celeste —y la observé sin que se diera cuenta, tratando de verla con los ojos de mi padre, en busca de algo atractivo. No encontré nada, pero eran mis ojos los que la juzgaban, no mi piel. Ella lo había tocado una infinidad de veces, sus manos debían de ser para él lo único por lo cual valía la pena despertar todos los días, y me pregunté si ella estaba consciente de su inmenso poder sobre él. Sí lo estaba, la calle acababa de mostrarme que era una profunda conocedora de las personas, sabía que papá dependía enteramente de ella, al grado de que hubiera podido matarlo, en el caso de que el sufrimiento se saliera de control. Con su experiencia, le habría sido fácil. Déjemelo a mí, joven Eduardo, yo me hago cargo. Era como si la estuviera oyendo, y sentí una súbita aversión ante su poderío sin límites.

Salí de mi ensimismamiento cuando ella me tocó el brazo. Habíamos llegado. Pagué al taxista y noté que estaba inquieta. Se acomodaba el rebozo y se retocaba el pelo, como si fuera a una cita de amor. Le señalé la casa de los hermanos Jiménez. Tocamos a la puerta y nos abrió la sirvienta que, como de costumbre, desapareció en seguida por el largo pasillo. Por primera vez los dos hermanos ya estaban en la sala, esperándonos, y les presenté a Celeste:

—Celeste Hermenegildo, la enfermera que cuida a mi padre.

No era enfermera, pero me sentí con la obligación de conservar el estatus con el que ella misma se había presentado ante el coronel Atarriaga. Pensé que el padre Clark debió de haberles avisado que no iría solo, porque la presencia de Celeste no les causó la menor

sorpresa. Bueno, la acotación solo es válida para Carlos Jiménez, porque el tonto, como de costumbre, apenas nos miró desde su silla de ruedas. Su cara inexpresiva, iluminada por la resolana matutina, parecía la de un cadáver, y Celeste se me repegó cuando nos sentamos en el sofá. Antes de abrir mi portafolio miré mi reloj para dejar en claro que venía a cumplir estrictamente con los veinte minutos que adeudaba de la lectura anterior. Carlos Jiménez también miró el suyo. Entonces, al abrir el portafolio, me di cuenta de que me había equivocado de libro y que en lugar de A sangre fría, de Capote, había traído el de Isabel Fraire.

—¿Pasa algo?, —me preguntó Carlos Jiménez.

—Un error —dije—, me equivoqué de libro.

—¡Caray, qué mal!, —exclamó el hermano tonto.

Celeste me agarró el brazo. La voz estridente del tonto, mejor dicho su falsa voz, la había asustado. Puse una mano sobre la suya para tranquilizarla y, dirigiéndome al ventrílocuo, dije con la mayor calma posible:

—Veo que ya empezó el espectáculo.

—¿Qué espectáculo?

Era evidente que quería provocarme, asustando a Celeste, y me dije que había hecho mal en llevarla.

—¿Qué espectáculo?, —espetó con su voz de maniquí el hermano mudo, y Celeste tuvo otro sobresalto.

—Estoy asustada —me dijo al oído, y me apretó la mano con fuerza.

Entonces, mirando al tonto, me fijé que tenía la cara untada con algún afeite blancuzco y se había delineado las cejas con lápiz para acentuar su aspecto mortecino. Se habían preparado a conciencia, por lo visto, sabiendo que vendría una mujer.

Carlos Jiménez me preguntó qué libro había traído en lugar de la novela de Capote y le contesté que era un libro de poemas. Quiso saber de quién, se lo dije y me preguntó si Isabel Fraire era buena poeta. Le contesté que sí, y me ordenó que empezara.

—¡Empiece, pues!, —chilló el mudo.

Celeste bajó los ojos para no mirarlo. Algo en ese cadáver viviente la ofendía profundamente. Abrí el libro de Isabel Fraire y, aclarándome la voz, empecé:

—«Tu piel, como sábanas de arena y sábanas de agua en

remolino, / tu piel, que tiene brillos de mandolina turbia. / Tu piel, adonde llega mi piel como a su casa / y enciende una lámpara callada».

—¡Un momento!, —me interrumpió Carlos Jiménez—. ¿No lo va a recitar?

—Es lo que estoy haciendo —dije.

—De memoria, quiero decir.

—No me lo sé de memoria. ¿Cuál es la diferencia?

Carlos Jiménez volteó hacia su hermano:

—¿Oíste eso, Luis? El joven de voz bonita pretende engañarnos de nuevo.

—¡Pretende engañarnos de nuevo!, —chilló su hermano, causando otro estremecimiento en Celeste.

—Cuando lee la novela no tiene la menor idea de lo que lee, y cuando nos trae un poema, no se lo sabe —dijo Carlos Jiménez.

Tuve ganas de levantarme y golpearlo.

—No voy a aprenderme este poema de memoria para darle gusto —espeté.

Carlos Jiménez tenía dibujada su sonrisa sardónica:

—¿Oíste eso, Luis? El joven no quiere darnos gusto. ¿Es que nos ha dado gusto alguna vez, Luis, a pesar de su bonita voz?

—¡Jamás de los jamases!, —contestó su hermano.

Entonces pasó algo extraordinario. Celeste, que había mantenido la cabeza baja, empezó a murmurar sin levantar la vista:

—«Tu piel, como sábanas de arena y sábanas de agua en remolino, / tu piel, que tiene brillos de mandolina turbia. / Tu piel, adonde llega mi piel como a su casa / y enciende una lámpara callada».

La miré boquiabierto.

—Siga —le dijo Carlos Jiménez, al ver que se había detenido, y Celeste continuó:

—«Tu piel, que alimenta mis ojos / y me pone mi nombre como un vestido nuevo». «Tu piel que es un espejo en donde mi piel me reconoce / y mi mano perdida viene desde mi infancia y llega hasta / el momento presente y me saluda / tu piel, en donde al fin / yo estoy conmigo».

Hizo un ligero movimiento con la cabeza para indicar que el poema había terminado y Carlos Jiménez volteó hacia su hermano:

—¿Oíste eso, Luis?, —y aplaudió con entusiasmo, imitado por su hermano.

—¡Claro que oí!, —dijo el mudo—. ¡La señora sí sabe!

Celeste hizo una pequeña reverencia de agradecimiento.

—A ver si la señora se sabe otro —dijo Carlos Jiménez.

—¡Sí, sí, que nos diga otro!, —vociferó el tarado.

Celeste me miró como para pedirme permiso, y yo asentí con la cabeza. Se aclaró la voz y empezó a recitar el poema de Isabel Fraire que empieza diciendo «Mi vida se gasta inútilmente». Su tono de voz era más firme y pronunciaba como mi padre, con un desapego que realzaba cada palabra. Yo no salía de mi estupor. Se había aprendido de memoria, con solo oírlos, los poemas que él le recitaba. Comprendí que había estado enamorada de él a lo largo de esos años. Quizá lo seguía estando y recordé que había llorado en la cocina cuando me oyó leer en voz alta el poema de la piel, el preferido de papá. Cuando terminó, los hermanos aplaudieron a rabiar y el tonto lanzó un grito de gozo, esta vez con sus propias cuerdas vocales. Era la primera vez que lo escuchaba emitir un sonido propio. Celeste, entre sonriente y asustada, volvió a apretarme la mano. Entonces Carlos Jiménez le dijo a su hermano:

—¡Qué astuto es nuestro amigo y qué bien armó su número! Trajo a la señora esta y nos dijo, con tal de no leernos, que se había equivocado de libro.

—¡Muy astuto!, —exclamó el mudo.

—Hay que reconocer que no es nada tonto, ¿verdad, Luis?

—¡Qué va! ¡Ni un pelo de tonto tiene!

—¡Y nos viene a hablar a nosotros de espectáculo! ¡Qué bien armó el suyo con esta señoraza!

—¡Una señoraaaaaza!, —espetó el inválido.

—¿Te gusta la señora, Luis?

—¡Me encaaaaanta!

Celeste se puso colorada. Esta vez se estaban pasando. Carlos Jiménez gritó:

—¡Señoraaaaaza!, —y el tarado repitió—: ¡Señoraaaaaza!

—¡Vámonos, Eduardo!, —me dijo ella, apretándome la mano.

Carlos Jiménez hizo el ademán de levantarse del sillón, se apoyó sobre sus brazos y empezó a temblar. Su cara estaba atravesada por un estremecimiento de asco, como si le hubieran exprimido un

limón completo en la boca, y entonces, para mi asombro, Luis, el mudo, el tarado, el muñeco de circo, puso ambas manos sobre las ruedas de su silla, la hizo girar con un movimiento fulminante y me dijo:

—¡Rápido! ¡Sosténgale la cabeza, tiene un ataque!, —y se impulsó con los brazos hasta la cocina.

Aquella súbita metamorfosis me dejó aturdido, y él, al ver que no me movía, gritó:

—¡Carajo, mi hermano tiene un ataque, haga lo que le digo!

Carlos Jiménez se había desplomado en el piso y se sacudía de pies a cabeza. Celeste, más rápida que yo, se arrodilló junto a él.

—¡Métale la mano en la boca para que no se muerda la lengua!, —gritó Luis desde la cocina—. ¡Adela, córrele!

Apareció la sirvienta desde el fondo del pasillo y entró en la cocina sin ni siquiera mirarnos. Celeste abrió la boca de Carlos con ambas manos y en ese momento brotó de ella un espumarajo blanco. Carlos Jiménez seguía arqueándose en escuadra y pensé que iba a romperse. Me había arrodillado junto a Celeste y le pregunté qué tenía que hacer.

—No haga nada —me dijo.

Luis asomó desde la cocina y nos alcanzó en su silla con tres rápidos empellones de las ruedas. Me di cuenta de lo vigoroso que era, a pesar de su edad. Traía sobre su regazo un trapo y sobre el trapo había una jeringa. Tomó la jeringa y me ordenó que levantara un brazo de su hermano. Levanté el brazo de Carlos Jiménez y Luis le aplicó el pinchazo un poco más abajo del hombro. El líquido fue penetrando y, cuando Luis sacó la aguja, su hermano dejó de arquearse y se distendió sobre el tapete.

—Puede sacarle la mano de la boca —le dijo Luis a Celeste, que obedeció. Carlos Jiménez, cuando ella retiró su mano, la miró con la boca abierta y sacó un gemido que parecía un llamado de auxilio.

—Me está tratando de decir algo —dijo Celeste.

—Dudo que le vaya a decir algo —dijo Luis—. Es mudo.

SEGUNDA PARTE

Nunca le pregunté a Margó Benítez sobre su accidente y no sé si llegó a perdonarme esa omisión. Debí haberlo hecho, pero a pesar de que nos hablábamos de tú, me sentía todavía un lector a domicilio, que no tiene por qué inmiscuirse en la vida de sus anfitriones. Cuando llegué a su casa había un señor calvo y bajito con un fajo de hojas bajo el brazo, que se estaba despidiendo. La dueña de la casa me lo presentó como su maestro de canto y me fijé que las hojas eran partituras. Margó me presentó simplemente como «El joven Eduardo» y Rómulo Esparza me miró con curiosidad no exenta de inquina, como un hombre suele mirar a un rival de amor.

—Margó me ha hablado mucho de usted —me dijo con voz obsequiosa y, contradiciendo flagrantemente esa frase, me preguntó a qué me dedicaba. Le contesté que era lector a domicilio.

—Qué interesante. Tenemos a un artista, entonces.

—No, ningún artista, solo a un lector —dije, y Margó Benítez sonrió, coronándome como triunfador del fulminante duelo amoroso que acabábamos de protagonizar el calvo y yo. Rómulo Esparza se despidió de ella con un beso en la mejilla, nos dimos un correcto apretón de mano y Aurelia lo acompañó a la puerta.

—Es un extraordinario pianista, y también toca la guitarra —me dijo la dueña de la casa, indicándome el sillón para que me sentara, y le ordenó a Aurelia que trajera el café. En eso, reparé en la novela de Daphne du Maurier que estaba sobre la mesita y le dije que acababa de leerla.

—¿Por qué?, —me preguntó sorprendida.

—La compré en una librería de viejo y la leí de un tirón esa misma noche. —Y agregué, al ver su cara de disgusto—: Quería conocer la historia, cuando leo aquí no capto nada.

—Entonces no tiene caso seguir leyéndola, ya que los dos la leímos.

Llamó a Aurelia y le ordenó que se llevara el libro, cosa que Aurelia hizo de inmediato. Su reacción me dejó sin palabras, porque

creí que le daría gusto que hubiera leído aquel libro, y se lo dije.

—¿Gusto? Tenía la esperanza de que el libro acabara por atraparte —me dijo—, y ahora ya no es posible, porque lo leíste.

—Me atrapó —repliqué.

—Sí, pero en tu casa, no aquí.

—Aquí no puedo, cuando leo en voz alta…

—¡Ya sé! —Me interrumpió haciendo un gesto de fastidio—. Es mi culpa —añadió con un tono sombrío.

—¿Qué es tu culpa?

—Me hice la ilusión de que saldrías de la burbuja en la que vives, Eduardo, y de que empezarías a leer de otro modo, como me leíste el poema el otro día, pero me equivoqué. Preferiste leer este libro por tu cuenta, a solas, y ahora no tengo nada que ofrecerte.

—Lo leí porque es uno de tus libros preferidos y ahora se ha vuelto también uno de mis libros preferidos —protesté.

Sacudió la cabeza, clavando la mirada en la alfombra, y dijo:

—Estábamos leyendo juntos este libro y tú acabas de darme la espalda. Fue una manera de quitarte un peso de encima. Ahora que lo has leído quedaste exonerado de aprender a disfrutarlo conmigo. No me importaba que lo estuvieras leyendo sin entender nada, al fin y al cabo eres un lector a domicilio y no se te puede exigir que te involucres en todos los libros que lees.

—No me involucro en ninguno —aclaré para que no creyera que solo me ocurría con ella.

—Esperaba el momento —continuó— en que lograras salir de tu voz domiciliaria y empezaras a sentir lo que estabas leyendo, por tratarse de mi libro preferido. No he dejado de mirarte en espera de ese momento y casi no he prestado atención a la novela.

—¿No le has prestado atención?

—Ni una palabra, igual que tú. Me he dedicado a mirarte y a escucharte.

Me sonrojé intensamente y traté de disimularlo llevándome la taza de café a la boca, sin percatarme de que estaba vacía, lo que la hizo estallar en una carcajada. Aurelia entró en ese momento con la cafetera y, quizá por el ambiente relajado que había propiciado mi torpeza, se inclinó más aparatosamente que de costumbre para llenarnos las tazas, produciendo un desbordamiento de tetas superior a todas las expectativas. La propia Margó, ante aquel

fenomenal despliegue glandular de su sirvienta, tuvo como un retraimiento, como si le cediera el espacio disponible, y me pregunté si era algo ensayado; si Margó, al no poder entregarme su cuerpo, estaba dispuesta a entregarme el de Aurelia como un sucedáneo. Aurelia regresó a la cocina y yo me llevé la taza a la boca, soplando para enfriar el café, un gesto simbólico para apaciguar la erección que me había causado el espectacular rebose de su busto.

—Qué guapo te ves de saco —me dijo Margó.

Me preguntó por qué estaba tan elegante y le dije que iba a ir a casa de los Reséndiz, a quienes les gustaba que me vistiera con algo de formalidad, porque últimamente les daba por invitar a unos amigos a mis lecturas.

—Vaya, estás teniendo éxito. ¿Y qué les lees?

—Poesía.

—¿Y la entienden?

—No sé. Me da lo mismo.

—A ti te da lo mismo todo.

Lo dijo sonriendo, pero sus palabras me hirieron. Había comprado su novela preferida para leerla y compensar así mi falta de entrega emotiva en nuestras sesiones de lectura, y ella, en lugar de agradecérmelo, me acusaba de vivir en una burbuja.

—De haber sabido que te molestarías, me habría ahorrado buscar tu libro y leerlo —le dije.

—Perdóname —se apresuró a decir—. Soy una persona difícil.

Se hizo un largo silencio durante el cual no dejó de mirarme. Yo me refugié en mi taza y, al tomar un sorbo me quemé la lengua, ella se dio cuenta, se rio y me preguntó si quería un vaso de agua.

—No.

Miré hacia la cocina, de donde provenían las voces de Aurelia y de su hija.

—Haces de todo para no mirarme —dijo—. ¿Te da pena que una mujer vieja y paralítica se haya enamorado de ti?

Lo dijo con un tono entre maternal y de burla que, lejos de atenuar la amargura de sus palabras, las acentuaba.

—No eres vieja —exclamé, y estuve a punto de agregar: «Tampoco paralítica». Habría sido una estupidez decirlo, pero de algún modo supe que era paralítica solo ahora que lo oía de su

boca, como si hasta ese momento hubiera creído que, con solo quererlo, podía levantarse de su silla de ruedas y echar a andar. Con el tono más dulce que le había oído, me dijo:

—¡Cómo anhelaba decirte eso!

—¿Que eres paralítica?

—No, ¡que te quiero!

Miré en dirección a la cocina, temiendo que Aurelia la hubiera oído.

—Te la pasas criticándome —le dije bajando la voz, y advertí que, hablando así, parecía un enamorado.

—Porque me encanta tu expresión compungida —dijo ella sin dejar de sonreír—. Tómate tu café y ve a casa de los Reséndiz, el ensayo de hoy con Rómulo me dejó agotada. Pásame la hoja para que la firme.

Saqué la hoja de visita del portafolio, la firmó y cuando le di la mano, me jaló hacia ella y me besó en la mejilla. Sentí la suavidad de su piel y le dije:

—¿De veras crees que todo me da igual?

Me miró con seriedad:

—¡Si supieras cómo te quiero, Eduardo! Perdóname si te ofendí —y me escrutó con sus ojos negros. Estábamos a un tris de darnos un beso, ocultos a la vista de Aurelia por el muro divisorio.

—Tu piel es como la de la prima Raquel —le dije.

—No me digas eso. Raquel se muere.

Me asaltó el pensamiento de que ese era el precio por tener una piel como la suya.

Dudo que los Reséndiz me esperaran ansiosamente. La reunión más o menos íntima de la vez anterior había dado paso a una velada ultraconcurrida en la que los lectores de poemas éramos una media docena.

—Eduardo, qué bueno que vino —exclamó Amalia Reséndiz al abrirme y, desde esas palabras, supe que era un invitado más. Allí mismo, en la puerta, me obligó a quitarme la corbata—. Quítese esta vestimenta aburrida, lo van a confundir con los meseros. Usted es un artista.

Tuve que entregarle el saco e insistió en que me desfajara la camisa, con el argumento de que hacía mucho calor.

—He invitado a otros artistas esta noche, Eduardo. Venga, le

quiero presentar a mi sobrina.

La casa estaba atestada de gente y habían abierto el acceso al jardín para ganar espacio. Había dos meseros, en efecto, aunque los invitados vestían de manera informal, empezando por la propia Amalia Reséndiz, que lucía unos pantalones a cuadros y una blusa de algodón escotada que le daban una desagradable apariencia de falsa juventud. Entre los hombres abundaban los *jeans* y las guayaberas. Muchos habían salido al jardín, porque era una noche cálida, y desde que entré vi al padre Clark, que destacaba por su altura y era el único invitado que vestía de oscuro. Estaba en el jardín en compañía de Ofelia, tenían unas copas de vino en la mano y platicaban con una mujer que me daba la espalda. Amalia Reséndiz había ido a buscar a su sobrina para presentármela, uno de los meseros pasó a mi lado con la charola de las bebidas y lo detuve para tomar una copa de vino blanco. Tenía todavía en la cara la suavidad de la piel de Margó cuando me había besado en la mejilla. Sus reproches, que en su casa me habían parecido injustos, ahora, en medio de aquel bullicio, me acompañaron como un deleitoso reclamo de amor y me aparté en un rincón con mi copa de vino para saborearlos a plenitud, mientras fingía observar a la gente que me rodeaba.

El padre Clark me vio, le dijo algo a Ofelia y los tres voltearon hacia donde me encontraba. Nos saludamos de lejos, luego el padre Clark se separó de las dos mujeres y vino a mi encuentro.

—Qué bueno que te veo, Eduardo —me dijo—, justo quería hablar contigo. —Y jalándome aparte, añadió con un tono más confidencial—: ¡Qué bueno que tomaste cartas en el asunto!

—¿Cuál asunto?

—Este —y señaló el convivio en el que estábamos.

—No tengo nada que ver, fue idea de Amalia Reséndiz.

—Me dijo que tú empezaste estas veladas poéticas.

Nos alcanzó Ofelia, que me dio un beso en la mejilla y me presentó a la mujer que estaba con ella, la licenciada Ordóñez, del Programa de Difusión de Cultura del Estado.

—Lo felicito, Eduardo —me dijo la licenciada—, iniciativas como estas hacen la diferencia.

Iba a preguntarle a qué diferencia se refería y respecto a qué cosa, cuando una mujer que estaba atrás de ella gritó su nombre, la

licenciada volteó, gritó a su vez el nombre de su amiga y las dos se besaron con enorme regocijo.

—Te quiero presentar al padre Clark, toda una institución de nuestra ciudad —le dijo la licenciada a la otra, y Ofelia y yo quedamos momentáneamente olvidados.

—Vamos al jardín —le dije—, hace mucho calor aquí adentro.

Me siguió y, sorteando el gentío, alcanzamos la parte más fresca de la casa, donde me preguntó si era verdad que yo había organizado aquella velada.

—Claro que no, fue idea de la tonta de Amalia Reséndiz. De saber que iba a haber tanta gente, no habría venido.

Le dije que los Reséndiz eran los únicos que me aplaudían al final de cada lectura, yo era culpable de haber sido condescendiente con ellos y ahora teníamos esa velada artística.

—¿Y estos pantalones de vestir que traes?, —me preguntó.

—Amalia me quitó el saco y la corbata en la puerta.

—¿Traías saco y corbata?

—Sí.

—No te creo —empezó a reírse discretamente y luego con más fuerza, hasta derramar un poco de vino de su copa. Dos parejas junto a nosotros nos miraron. Me esforcé en reír para que creyeran que nos reíamos del mismo chiste, y caí en la cuenta de cómo me había manipulado Amalia Reséndiz, vistiéndome primero como mesero y ahora desfajándome para que no pareciera un mesero. Ofelia, sin dejar de reírse, sacudió la cabeza y dijo en voz baja:

—¡Mi hermanito de saco y corbata!

—Ya entendí —respondí de mal humor.

—¡Cálmate!, —las dos parejas giraron de nuevo la cabeza. Ofelia, molesta, se dio media vuelta y entró en la casa, dejándome solo, y yo tomé lo que quedaba en la copa para rehuir las miradas. Saqué el celular, simulando que me acababa de entrar un mensaje, manipulé tontamente el aparatito y volví a guardarlo. Eché de menos a Margó. Seguía viva en mí la sensación de su piel suave y pensé que si hubiera estado a mi lado, nos habríamos reído de aquella farsa. No sé qué hubiera dado para escucharla burlarse con su voz herrumbrosa y desaliñada de esa noche bohemia. Revivía una y otra vez la manera como me había jalado para besarme en la mejilla y, mezclándose con ese gesto amoroso, se me aparecían las

grandes tetas de Aurelia, que esta no perdía oportunidad de restregarme en la cara. Tal vez me estaba enamorando de la mujer madura, clavada en su silla de ruedas, gracias a las tetas de su sirvienta, que pretendían compensar la invalidez de la patrona, y volví a preguntarme si Margó la había instruido para que me las mostrara al menor descuido, puesto que su estado le impedía hacer valer conmigo su cuerpo. Me invadió repentinamente una exaltación que me hizo mirar a las dos parejas y exclamé «¡Señores!», levantando hacia ellos mi copa vacía. Margó me amaba, a pesar de que yo vivía en una burbuja, y Aurelia era el vehículo para retenerme a su lado. Las dos parejas levantaron sus copas, me sonrieron y volvieron a ignorarme, pensando seguramente que estaba borracho. Y lo estaba, no de alcohol sino de plenitud femenina, ante la posibilidad de poder amar en perfecta armonía carnal y espiritual no a una sino a dos mujeres.

—¡He aquí al ermitaño!, —exclamó una voz femenina a mis espaldas. Era Amalia Reséndiz, tomada del brazo de una mujer joven y guapa. Me presentó a Tatiana, su sobrina, quien traía en la mano mi libro de Isabel Fraire.

—Me tomé la libertad de abrir su portafolio para sacar su libro, Eduardo, porque quiero pedirle un favor —me dijo la dueña de la casa.

El favor consistía en que yo le indicara a Tatiana un poema de ese libro para que ella lo leyera esa noche. Un poema de amor, preferentemente. Escogí el de la piel, porque me sabía de memoria el número de la página.

—Es un poema extraordinario, Tatis, te vas a lucir —exclamó Amalia Reséndiz. Tatis lo leyó ahí mismo y, acabando de leerlo, dijo que era maravilloso—. Es una poeta a quien no se le ha hecho justicia —le explicó su tía, repitiendo con idénticas palabras lo que me había oído decir en alguna ocasión. Tatis me preguntó dónde había comprado el libro, le contesté que en «El Caracol» y le di la tarjeta que me había dado Abigael Martínez, que había guardado entre las páginas del libro para usarla como marcador. Le advertí que era el último ejemplar que quedaba.

—Tal vez tengan otro libro de ella que no sea este —dijo, y pensé que quizá no era tonta como parecía. Tomó la tarjeta y me pidió prestado mi libro unos veinte minutos para aprenderse el

poema de memoria. Le dije que no hacía falta que se lo aprendiera de memoria y que podía simplemente leerlo.

—No, la poesía no hay que leerla, hay que sentirla —sentenció con aplomo, y pensé que era tonta como parecía.

Ella y su tía se metieron a la casa, llevándose mi libro. Entré en la casa para buscar a Ofelia, porque quería hacer las paces, pero no la encontré. También el padre Clark se había ido.

Entonces Amalia Reséndiz pidió un instante de silencio y solicitó a quienes íbamos a leer que nos acercáramos a ella. Cerramos filas en torno a nuestra anfitriona cuatro hombres y dos mujeres. Faltaba Tatis, que estaba arriba aprendiéndose de memoria el poema de la piel.

Dio comienzo la lectura, que resultó no ser tal, porque nadie traía nada en las manos, señal de que se sabían de memoria lo que iban a recitar. Era de esperarse, porque entre ciertas personas la poesía es inseparable de la declamación. ¿Qué estaba haciendo yo ahí? Empezó un señor calvo, bajito y de aspecto simpático, que recitó la «Canción desesperada», de Neruda: «Puedo escribir los versos más tristes esta noche», etcétera. Con voz algo nasal desglosó diligentemente el poema y recibió un cálido aplauso. Siguió la señora Lucy, «que nos va a deleitar con tres sonetos del gran poeta Amado Nervo», anunció Amalia Reséndiz, y mientras la señora Lucy nos deleitaba, yo no quitaba los ojos de las escaleras, esperando que bajara Tatis con mi libro. Era yo el último de la fila, así que contaba con algo de tiempo antes de que me tocara mi turno, pero ya estaba sudando de los nervios. La señora Lucy recibió un cálido aplauso. Fue el turno del señor con aspecto de notario, cuyo nombre pronunció Amalia Reséndiz y he olvidado, que nos deleitó con «Nocturno a Rosario», de Manuel Acuña, y recordé cómo se burlaba mi padre de ese poema cuando yo era casi un adolescente. A mí me seguía atrayendo su cursilería desbocada, especialmente el verso que dice «pedazo de mi vida». Sentía que era una trampa tendida por Acuña a sus declamadores, una especie de charco en el camino para que se tropezaran en él y del cual tampoco salió indemne el notario, que se había conducido hasta ese momento con voz firme y un tono de exacerbada dignidad y, llegado a ese punto, perdió la brújula, respiró profundo y espetó con gesto de reclamo: «¡Pedazo de mi vida!», que sonó como a «¡Se está quemando la casa!». Bajé

los ojos de la pena, pero nadie más que yo pareció advertir aquel desaguisado, y el hombre recibió el mejor aplauso hasta ese momento.

Fue el turno de la señora Armendáriz, a quien literalmente no oí, porque se me estaban terminando las esperanzas de que Tatis bajara a tiempo para entregarme el libro. No era seguro que bajara con él, porque tal vez daba por hecho que yo también, como todos, iba a recitar de mi ronco pecho. Ahora bien, el único poema que yo podría recitar sin leerlo, por haberlo leído muchas veces, era precisamente el que ella se estaba aprendiendo. No me sabía otro, y empecé a repasarlo en mi mente mientras mi vecino, otro señor calvo, recitaba en griego el fragmento de la Ilíada donde Príamo implora a Aquiles que le devuelva el cadáver de su hijo Héctor. Su recitación sollozante le valió otro cálido aplauso, aunque nadie sabía griego.

Era mi turno y Amalia Reséndiz pronunció mi nombre. En eso, vi a Tatis bajando las escaleras al lado de un joven que le rodeaba la cintura y que reconocí de inmediato. Era David, el tipo que una vez al mes acompañaba al Güero a cobrarnos la cuota de protección y se quedaba afuera de la mueblería. Los dos estaban risueños, pero cuando la mirada de él se cruzó con la mía, dejó de sonreír. Yo, por mi parte, perdí la concentración y me equivoqué en el tercer verso, que repetí dos veces, y a partir de ahí se me acabó literalmente la voz; me salté los versos seis y siete y terminé el poema con un murmullo. Recibí un aplauso casi igual de inaudible. Tatis Reséndiz aprovechó su papel de última llegada y en lugar de formarse a nuestro lado se colocó decididamente al frente, justo delante mío, cosa que agradecí porque me ocultó a la vista de todos. A pesar de tratarse del mismo poema estoy seguro de que nadie relacionó mis penosos balbuceos con su declamación portentosa. Levantando ambos brazos, profirió con ademán belicoso: Tu piel, como sábanas de arena y sábanas de agua / en remolino. Hizo una pausa y se quedó mirando a los presentes. No se oía una mosca y volvió a la carga para exclamar: Tu piel, que tiene brillos de mandolina turbia, pronunciando la palabra «turbia» casi con ferocidad. Nos tenía en un puño, entonces aminoró abruptamente el tono en la siguiente línea y murmuró: tu piel, a donde llega mi piel como a su casa, para en seguida gritar como desaforada: ¡y enciende una lámpara

callada!, que volvió a estremecernos. Así que ese era su truco: pasar sin ton ni son de una modulación suave a otra iracunda, sin ninguna relación con el significado de los versos. Era obvio que la pobre no había entendido nada. Su voz, hambrienta de efectos, había hecho de cada verso un algo aparte, sin conexión con los otros. Como un león despedazando a su presa.

La atronadora ovación que recibió hizo romper en lágrimas a Amalia Reséndiz.

Aprovechando el alboroto causado por la recitación de Tatis subí al piso de arriba en busca de mis cosas, que encontré sobre una silla del recibidor. Guardé el libro, la corbata y el saco en el portafolio y me escabullí de la casa de los Reséndiz.

En el taxi que me trajo a casa mi pobre actuación se transformó ante mis ojos en un acto beligerante. Estropeando el poema de Isabel Fraire lo había salvado del éxito declamatorio personificado por Tatis. Bajar la voz, hasta volverla casi inaudible, había sido un acto de sabotaje de mi parte.

Pero ese razonamiento se desplomó cuando fui a acostarme. Bajo las sábanas, a solas, volví a probar la sensación del fracaso. Mi actuación había sido patética. Culpa de mi arrogancia, me dije, porque desde el principio me había sentido superior a mis compañeros de recitación, que ahora, en la oscuridad, repasando sus actuaciones llenas de empeño, me parecieron casi admirables. No habían pretendido otra cosa que deleitar a un público con el cual estaban en perfecta sintonía y que tenía como ellos una concepción grandilocuente de la poesía. Sí, veneraban el verbo pomposo y la gesticulación emotiva, pero su capacidad de escucha y su pasmo ante la vibración del verso y de la rima eran auténticos. ¿Con qué derecho los despreciaba?

No podía dormirme y por momentos resurgía en mí la idea de que había actuado como un guerrillero y que mi fracaso me honraba, pero en seguida caía presa de una racha de amargura. Lo más deplorable era que no me importaba haber fracasado frente a Amalia Reséndiz, que en tan alta estima me había tenido hasta ahora, ni frente a la taruga de su sobrina, ni frente a la funcionaria de difusión de cultura del Estado, como tampoco me hubiera importado si el padre Clark y Ofelia hubieran asistido a aquel desplome; la única persona ante cuyos ojos me dolía haber hecho el

ridículo era el mafioso de David, que se quedaba fumando en la calle cuando el Güero nos visitaba para retirar el sobre con el dinero. Sentía que ante él mi fracaso se agrandaba hasta alcanzar la totalidad de mi vida y que eso le daría el derecho de ahí en adelante de extorsionarme ya sin miramientos.

Al otro día me sentí embargado por un furor abstracto. Lo atribuyo a que había llovido durante la noche y la visión del jardín mojado me devolvió la objetividad que había extraviado cuando fui a acostarme. El mundo se antojaba recién hecho y el recital de la noche anterior me pareció un episodio remoto. Recordé el jardín del que hablaba Isabel Fraire en uno de sus poemas, un jardín que sus dueños miran un poco intimidados, al descubrir que apenas necesita de sus atenciones. Fui por el libro a mi cuarto, busqué el poema y lo releí. Su parte final decía:

Cada tres o cuatro días
decimos
hay que comprar semillas
abonar la tierra
regar
cortar las flores secas
quizá lo hagamos

entretanto
el jardín
sigue su propia vida y nosotros la nuestra

Ese final agridulce, con ese «quizá lo hagamos», me dejó sumido en una suave lobreguez. Así me sentía últimamente, como si nada en el mundo necesitara de mí, ni papá, ni la mueblería, ni Ofelia, ni mis escuchas del programa de lecturas a domicilio. El mundo era un jardín que iba a lo suyo, arreglándoselas sin mis cuidados y dejándome a mí como un espectador atento pero superfluo. Regresé junto a la ventana para comprobar que también mi jardín seguía su propia vida, y allí, mirando el pasto y las plantas mojadas, me embargó un frenesí de hacer cosas, cosas decisivas y tajantes. Por lo pronto, recordando cómo se le había borrado a David la sonrisa cuando me reconoció en la fila de los declamadores, me dije que si yo había perdido la concentración, él debió de sentir pánico,

sabiendo que podría contarle a la tía de su novia a qué clase de actividades se dedicaba el futuro esposo de su sobrina. Yo representaba, en suma, un peligro para él, y eso era un motivo suficiente para que decidiera quitarme de la lista de sus extorsiones.

Celeste me tenía preparados los tres frasquitos de aceite curativo que la tarde anterior le había traído su primo Ramiro, y fui al banco a entregarle a Mario el suyo y el del taxista. Tenía la esperanza de ver a Rosario y tomarle la foto para mi padre. Llegué minutos después de que abrieran, sabiendo que a esa hora la encontraría más desocupada. Me asomé al privado de Mario. Estaba solo, nos dimos un apretón de mano, me pidió que me sentara y le di el aceite, explicándole para quién era el otro. Anotó en un papelito el nombre de Regino García.

—Tal vez ni vaya a venir —le dije.

—De aquí no me muevo nunca. Si viene, me encuentra.

Oí la voz de Rosario en el privado de junto, del que solo me separaba una falsa pared de un metro y medio de altura, y pensé que debía de estar con un cliente o con uno de los ejecutivos de la sucursal. Probablemente ella también había oído mi voz y pensaba que me asomaría dentro de poco a su privado para saludarla, como era mi costumbre, pero de repente no tuve ganas de verla y me di cuenta de que lo acontecido unos días atrás, cuando me hizo esperarla una hora fuera de la sucursal, sin dignarse a salir un minuto para tomarse la foto para mi padre, me tenía indignado. ¿Qué le hubiera costado mandarme decir con uno de sus achichincles que no podía salir a atenderme? Subí un poco el volumen de la voz para que, sabiendo que yo estaba en el privado de Mario, viniera a disculparse, pero pasaron cinco minutos y no ocurrió nada. Entonces, para prolongar mi visita, le pregunté a Mario cómo seguía de su tendinitis. Me dijo que en la mañana ni se acordaba de ella, pero en la tarde empezaban los dolores.

—¿Qué tan fuertes?

—Bastante fuertes, me sube hasta el codo.

—Hummmm… eso no está bien.

—No, no está bien.

—Cuando se te acabe el aceite me avisas y le digo a Celeste que te consiga otro.

—Eres muy amable.

—Faltaría más. Y eso del codo no está nada bien.

—No.

Me miró con una punta de impaciencia, tenía obviamente cosas que hacer y me preguntó si tenía cita con Rosario. Contesté que no y me puse de pie, él hizo lo mismo y nos dimos la mano. Para demorar mi salida del banco y darle otra oportunidad a Rosario de salir a mi encuentro, busqué en el bolsillo del pantalón un billete grande para cambiarlo en una de las cajas. Solo tenía billetes pequeños. No tuve más remedio que dirigirme a una de las cajas desocupadas y pedirle a la cajera que me cambiara un billete de cincuenta pesos por monedas de dos pesos. Aborrezco tener morralla en los bolsillos, pero me dije que siempre sirve tener un poco de cambio. Rosario no salió a saludarme y yo salí de la sucursal con veinticinco monedas de dos pesos en el bolsillo derecho que hacían un ruido molesto, además de abultarme feamente el pantalón. Para librarme de esa carga decidí ir al Sanborns de Piedra, adonde llegué en veinte minutos. Gladis le estaba tomando la orden a un cliente y, cuando me vio, me señaló la mesa donde quería que me sentara. Solo una vez no estuve conforme con la mesa que Gladis me impuso, porque estaba en medio de una corriente de aire. Mi amor, me dijo cuando le hice el reclamo, tengo toda la estación llena, míralo con tus propios ojos, aguántese como hombre unos minutos y ahora que se largue el cebollín ese, que ya pidió la cuenta, te cambias a su mesa. Miré en dirección del señor que me señalaba, un tipo flaco y de cabeza abultada que parecía efectivamente un cebollín, me aguanté hasta que se largó y ocupé su mesa.

Vino a tomarme la orden con su comentario preferido:

—¿Te mandaron a abrir camino, niño? ¿Y el resto del kinder?

Le dije que ya venía, y que se me antojaban unos huevos rancheros. Ella me recomendó la papilla Gerber de pera, que estaba muy buena.

—Ya me cansó la papilla de pera —le dije—. Mejor unos rancheros.

Anotó en su libreta la orden de rancheros, café americano y jugo de toronja. Retiró los mantelitos sobrantes de mi mesa y me dijo:

—Me dijo Mireya que el otro día anduviste coqueteando con ella.

—¡Caray! Me juró que no te iba a decir nada.

—La maté. ¿Te importa?

—Hiciste bien, me sirvió unos bisquets aplastados.

—Eso me dijeron, por eso la maté.

Algo me vio, porque agregó:

—El nene trae algo. ¿Penas de amor?

—Tal vez —le dije, le devolví la carta y ella fue a pedir mi orden. Marqué el número de Ofelia, pero no me respondió. Pensé que no quería hablar conmigo. Gladis regresó a los diez minutos con mis huevos rancheros.

—Cuéntele a su mami —me dijo, y yo pensé que en aquella ciudad donde la mitad de la población vivía encerrada en jardines protegidos por altos muros, solo era posible abrirse de verdad con una mesera de Sanborns.

—Tiene tu edad —le dije.

—¿Veintidós?

—Año más, año menos.

Le conté de Margó entre un bocado y otro, dejando para el final el dato de que era paralítica.

—¿Es broma?

—No, hablo en serio. De la cintura para abajo. Anda en silla de ruedas.

No necesité averiguar en qué estaba pensando, me bastó su pregunta:

—¿Paralítica en todo, nene?

—Creo que sí.

Suspiró como una madre que ve a un hijo abrazar una profesión por debajo de sus aptitudes.

—Vas a necesitar mucha entereza.

No dije nada y ella fue a atender a otro cliente.

Lo peculiar de platicar con una mesera de Sanborns es que van y vuelven, sin parar un minuto, y la charla procede a salto de mata. No hay que desesperarse, ese movimiento perpetuo provee a sus palabras de una sabiduría contundente, que las torna valiosísimas cuando uno necesita una orientación de cualquier clase. Yo tardé en aprender esa peculiar dialéctica, pero ahora la dominaba y no me imaginaba platicando con Gladis, con Luz Aurora o con Tristana sentadas cómodamente en un sillón, donde seguramente habrían

perdido su sapiencia.

Sonó el celular. Era Ofelia. Me preguntó dónde estaba y se lo dije.

—Ayer me porté como un pendejo —agregué.

—Parece que sí.

—Te busqué después, pero ya no estabas, tampoco el padre Clark.

—Nos fuimos por el gentío y por el calor.

—Parecen novios.

—Cuando lo seamos te aviso —y me preguntó cómo me había ido en mi lectura. Le dije que pésimo y que después le contaría. Colgamos, ya pacificados. Estar peleado con Ofelia me sacaba de quicio. Gladis regresó después de cinco minutos, cuando ya había acabado los rancheros, me retiró el plato y me preguntó si quería algo más. Le dije que no, y me preguntó:

—¿Por qué le gustan las mujeres mayores a mi nene?

—Es que mi madre tenía unos senos enormes y me dejó traumado.

—Zopenco —exclamó—. ¡Cuáles senos enormes! Me acuerdo de ella, tenía un busto precioso. Era la más elegante de todo el Sanborns.

La miré con cariño. Gladis te indicaba dónde sentarte y podía platicarte cosas de tu madre que ignorabas.

—Tenía una piel envidiable —agregó, y sus palabras me aceleraron el pulso.

—¿En serio?

—De princesa —dijo—. Los hijos no se fijan en esas cosas.

—¿Cómo es una piel de princesa?

—Esa que deja ver las venitas, de tan fina. Un candor de cutis, para enamorar a un rey.

Qué bien hablaba Gladis, carajo, y ni siquiera había acabado la primaria.

—Debía de oler bien —dije, embelesado.

Se rio sin dejar de mirarme, más astuta que un zorro.

—Seguro, nene —dijo—. Como tu princesa, seguramente. —Sacó la cuenta de la bolsa de su falda y la dejó en la mesa. Yo me había ruborizado—. ¿Te traigo más café?

Le dije que no. Se alejó y yo me quedé absorto por la noticia de

que mi madre tenía una piel privilegiada, algo de lo que nadie me habló y que yo no había notado. Gladis tenía razón, los hijos no se fijan en la piel de su madre, que la envuelve por completo, y solo cuando crecen y se enamoran, cuando dan y reciben los primeros besos, la piel que aman se les aparece como una cosa aparte, entonces aprenden a decir «Tu piel», como en el poema de Isabel Fraire.

No tenía ganas de ir a la mueblería y eché a andar sin rumbo. Seguía embargado por un abstracto furor. Diez minutos después sonó el celular y en la pantalla apareció un número desconocido. Era Tatis Reséndiz. Estaba en El Caracol y quería saber el nombre de la poeta de mi libro, porque lo había olvidado.

—Isabel Fraire —contesté. Me dio las gracias y le pregunté quién le había dado mi número.

—Mi tía.

Me pareció raro. Ninguno de los dueños de las casas donde hacía mis lecturas a domicilio conocía mi número. Era una regla del programa que todo tenía que pasar por la mediación del padre Clark.

—Felicidades por lo de anoche —le dije.

Me dio las gracias. Esperé que comentara algo, pero se quedó callada. Tuve la corazonada de que estaba con David. Tal vez había sido él quien le había dado mi número, no su tía. Si era así, significaba que ella estaba al tanto de que nos conocíamos y me pregunté si sabía que su futuro marido se dedicaba a la extorsión de comercios al menudeo.

—Bueno, otra vez gracias, tengo que irme —dijo Tatis, y colgó.

Mi buen ánimo se había ido al carajo. Si Tatis sabía a qué se dedicaba su novio, yo no representaba ningún peligro para David y mi ventaja sobre él era inexistente, y tal vez no solo Tatis, sino los propios Reséndiz estaban al tanto de todo, y fingían no saber. ¿Qué sabía de ellos, después de todo, más allá de que eran unos fatuos a quienes les encantaba rodearse de gente?

Seguí caminando. Me había alejado de todos mis amigos después de la desgracia, como la llamaba Celeste, y como mis amigos vivían en jardines protegidos por bardas, me había alejado de los jardines. Ahora, no pudiendo conducir, caminaba por la ciudad, fijándome en los muros de la Ciudad de la Eterna Primavera, donde abundaban

las calles que no eran más que eso, túneles a cielo abierto, flanqueadas por paredes verticales de ladrillo, de tabicón o de piedra volcánica. Tanta pared se había contagiado a la gente, que andaban todos con cara de piedra, desde las criadas, los comerciantes y los taxistas, hasta las bellas damas de la colonia Vista Hermosa. ¡Hasta un Sanborns de piedra había!

Media hora después, cuando me cansé de andar sin ton ni son entre tanta piedra levantada, fui a la mueblería a ver si se le ofrecía algo al malencarado de Jaime.

Al entrar en la tienda encontré un libro de poemas de Gianni Rodari sobre uno de los sofás escoceses. Jaime me dijo que lo había dejado allí una señora que acababa de comprar un mueble con escritorio para el cuarto de su hijo. Tal vez se le había caído de la bolsa cuando se sentó en el sofá para probarlo. Yo recordaba vagamente el nombre de Rodari, sabía que era un escritor italiano de literatura infantil aclamado mundialmente y, por curiosidad, abrí el libro en cualquier página y leí un poema. Me gustó tanto que me senté en el sofá escocés para seguir leyendo, a pesar de la mirada reprobatoria de Jaime, que jamás se permitía sentarse en una silla o en un sofá que estaban en venta. Recordé lo que nos decía mi padre a Ofelia y a mí cuando se topaba con un poema que le parecía anodino: Le faltan las tres «ci»: oficio, pericia y astucia. Los de Rodari rezumaban oficio, pericia y astucia, además de una intensa melancolía. Leí otros dos poemas y me llevé el libro a la casa. Esa misma tarde los leí en casa de los Vigil, lejos de imaginar las consecuencias que eso tendría. Los poemas de Rodari sonaban, sus rimas lúdicas y estrambóticas se oían fuera del dominio de los labios, que había sido hasta ese momento el único órgano en esa casa para descifrar la palabra escrita.

Un día, en el expreso de Soria a Monterde,
vi que subía un hombre con una oreja verde.

No era un hombre joven, sino más bien maduro,
todo menos su oreja, que era de un verde puro.

Los tres niños no pudieron resistirse a su música, aunque al principio no me di cuenta de ello y acaso solo noté que sus miradas ya no tenían la fijeza hipnótica de sus padres y su abuela, resultado

de fijarse en la boca de aquel que habla.

Le pregunté:
—Esa oreja que tiene usted, señor,
¿Cómo es de color verde si ya es usted mayor?

—Puedes llamarme viejo, me dijo con un guiño,
esa oreja me queda de mis tiempos de niño.

Había decidido leerles los poemas de Rodari sin ninguna intención precisa, por el puro entusiasmo que me produjo su lectura, pero cuando vi que los tres pequeños me escuchaban por primera vez, quise asegurarme que de verdad me oían con sus orejas, no con sus ojos, para lo cual levanté un poco el libro hasta taparme la boca con él, y seguí leyendo. El padre, la madre y la abuela estiraron el cuello para no perder de vista mis labios, pero los niños no se movieron. Me puse de pie, me di media vuelta, dándole la espalda a toda la familia, y seguí leyendo en voz alta:

Y comprendo a los niños cuando hablas de esas cosas
que en la oreja madura resultan misteriosas.
El padre se levantó y me preguntó qué hacía. No le contesté y seguí leyendo:

Eso me contó el hombre con una oreja verde
un día, en el expreso de Soria a Monterde.

—¡Voltéese, que no podemos verlo!, —me ordenó. Estaba fuera de sí—. ¿Por qué nos está dando la espalda?

—Porque me salió un moco de la nariz —respondí, siempre de espaldas, y los niños soltaron una carcajada.

El padre volteó furioso hacia ellos:

—¿Por qué se ríen? ¿Qué dijo?

El mayorcito dijo con voz tímida:

—Que le salió un moco de la nariz.

—¿Por qué lo escuchan?

—Porque es chistoso —contestó el más pequeño.

—¿Qué es chistoso?

—Lo que lee.

—No tienen por qué escucharlo —vociferó el padre.

Cerré el libro con un gesto brusco, abrí el portafolio y, mientras lo guardaba en él, me dirigí a los tres adultos, procurando que me vieran perfectamente la boca.

—¡Me voy de esta casa y no me vuelven a ver!, —dije con la voz que me temblaba—. ¡Obligar a sus hijos a ser sordos! ¡Ustedes no pueden oír la rima, pero ellos sí!

Cerré el portafolio con un golpe seco y di un paso hacia la puerta. La madre se levantó como un resorte:

—Espere, no se vaya.

El marido la tomó de un brazo, pero ella se soltó y me dijo con voz de ruego:

—Por favor, siéntese y siga leyendo.

—¿Los poemas?

—Sí.

El padre miraba a la madre y ella lo ignoró. Regresé a mi asiento, abrí el portafolio y saqué el libro en medio de un silencio que hasta un sordo habría oído. La madre volvió a sentarse. El padre, que seguía de pie, al ver que yo lo miraba para reanudar la lectura, no tuvo más remedio que sentarse también. Se acababa de producir una revolución en esa casa: los niños tenían permiso para oír.

Dos días después, estando en la mueblería, recibí una llamada de Abigael Martínez. Pensé que había encontrado otro ejemplar del libro de poemas de Isabel Fraire y quería que le devolviera el que venía dedicado a él, pero no me llamaba por eso, sino para decirme que unos días atrás había entrado en su librería una muchacha, acompañada de su novio, preguntando por algún libro de poesía de Isabel Fraire, y quería saber si yo los había mandado. Le contesté que sí.

—Lo sospeché —dijo—. Resulta que hoy regresó el novio, acompañado de otro tipo, y me exigió ocho mil pesos mensuales como cuota de protección.

—¿Ocho mil?

—Sí.

Le pregunté cómo era el hombre que venía con David y, por la descripción que me hizo, concluí que era el Güero.

—¿Son amigos de usted?, —me preguntó Abigael Martínez.

—¿Me está preguntando si yo también me dedico a extorsionar a

comerciantes?

—No, pero usted los mandó.

—Le mandé a la chica —le dije—, porque buscaba un libro de Isabel Fraire y es la sobrina de unos conocidos míos.

—¿De Amalia Reséndiz?

—Sí.

—Esa señora me habló al día siguiente para proponerme que organizara en la librería una velada poético-musical en homenaje a Isabel Fraire. Le pregunté quién sufragaría los gastos de la velada y me dijo que yo, porque la velada le daría notoriedad a mi librería en toda la ciudad. Hágame el favor.

—¿Qué le dijo usted?

—Que el negocio acaba de arrancar y no puedo gastarme lo poco que tengo en vino, bocadillos y alquiler de sillas. La señora se molestó y casi me cuelga el teléfono. El tipo que vino a extorsionarme hace unas horas me exigió, además de la cuota de protección, que organice la velada poética dentro de ocho días, de lo contrario me va a ir muy mal.

Me enteré, de este modo, que Amalia Reséndiz era avara, y supuse que David, al ver enfadada a su futura suegra, había tomado la decisión de amenazar a Abigael. Yo era en parte responsable de lo ocurrido, porque si no le hubiera mencionado a Tatis el nombre de la librería, Abigael no habría recibido la visita del rufián de su novio, como tampoco la llamada de Amalia Reséndiz, y ahora, al menos por un tiempo, estaría moviéndose libre de pesares en el laberinto de sus libros.

—Escuche —le dije—, el tipo que fue a extorsionarlo es el prometido de la chica y me extorsiona a mí también.

—¿Cuánto le cobra?

—Lo mismo que a usted.

No era verdad, a mí me cobraban dos mil pesos menos. O las condiciones de la plaza se habían recrudecido o el Güero efectivamente había logrado conseguir para nosotros un trato preferencial.

—No sabía que así funcionaban las cosas —dijo—, es la primera vez que me dedico al comercio.

Su voz sonaba menos ansiosa, ahora que sabía que estábamos en las mismas.

—Creo que ni la chica ni sus padres están enterados de cómo se gana la vida el tipo ese —le dije—. Si lo delato con ellos, es capaz de matarme o prenderle fuego a la mueblería. Y Amalia Reséndiz es una mujer testaruda, cuando se mete una idea a la cabeza, nadie se la quita. Quiere esa velada para que su sobrina se luzca declamando poesía. Hace tres noches hubo un recital en su casa, donde su sobrina hizo añicos un poema de Isabel Fraire, pero se llevó la noche. Seguro quiere repetir lo mismo, ahora con más público.

Abigael guardó silencio y el silencio se extendió tanto que creí que lloraba. Tuve el impulso de prestarle algo de dinero para hacer frente a los gastos de la velada poética, pero me contuve. Mi economía no daba para eso, la mueblería iba de mal en peor y la desesperación que percibí en la voz de Abigael Martínez me obligó a admitirlo, porque no era distinta de la mía, solo que yo estaba acostumbrado. Sostener un negocio en esa ciudad, con el poder adquisitivo de la gente por los suelos y, encima, las cuotas de protección, era poco menos que un milagro. Ante aquel empobrecimiento general la única esperanza era que se acabaran por ir los mismos delincuentes.

—¿Conoce el Sanborns de Piedra?, —le pregunté a Abigael.

—Sí —contestó.

—Lo invito mañana a desayunar.

Guardó silencio, luego dijo:

—Gracias, pero no allí. Una vez me asaltaron.

—¿En el Sanborns de Piedra?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace un año.

—¿En el restaurante?

—No, en el departamento de Tabacos. Me quitaron con la mayor discreción mi dinero a punta de pistola, y se fueron.

Quedé boquiabierto. ¿Por qué Gladis no me había dicho nada? Era imposible que no lo supiera. ¿Les habían ordenado callarse la boca para no dar una mala imagen del establecimiento? Era mi segunda casa, Gladis y Tristana me habían visto crecer allí, cuando papá nos llevaba a desayunar religiosamente los domingos, y me di cuenta de que tenía la íntima convicción de que en ese lugar no podía pasar nada malo.

Así, a mi pesar, fuimos al Sanborns que frecuentaba el padre Clark, donde hacían los bisquets aplastados. Nos citamos a las ocho, porque Abigael abría la librería a las diez, y llegamos con un minuto de diferencia. Ordené bisquets y café, haciendo mucho énfasis en que me los trajeran sin aplastar. Abigael se fue a lo seguro, pidió enchiladas suizas y jugo de siete frutas. Me trajeron los bisquets aplastados, pero no me quejé; al contrario, me alegró comprobar que ahí no sabían hacerlos de otro modo.

De pronto, mientras comíamos, Abigael dejó el tenedor en el plato, miró alrededor y confesó que se había equivocado: lo habían asaltado en ese Sanborns y no en el de Piedra. No dije nada, pero me dio coraje que lo dijera tan quitado de la pena, porque yo estaba comiendo unos horribles bisquets aplastados por culpa de su mala memoria.

—Todos los Sanborns son iguales —dijo para justificar su confusión, y ahí salté:

—¡No es cierto! Este no se compara con el de Piedra.

—No veo la diferencia —espetó.

Nos miramos, y una corriente de aversión mutua cruzó el escaso espacio que nos separaba. Dejé el tenedor sobre el plato para dar más énfasis a mis palabras:

—Aparte de los bisquets, en los que, modestia aparte, me considero un experto, el café que sirven allá es mucho mejor que este.

—¡Es el mismo café!

—Es el mismo café, pero aquí lo recalientan, allá no.

No era verdad, lo recalentaban en los dos Sanborns, pero yo estaba determinado a demostrarle a Abigael que no todos los Sanborns eran iguales. ¿En qué otro Sanborns iba a encontrar a unas meseras de la inteligencia y la picardía de Gladis y Tristana?

Las animadversiones pueden brotar de la discusión más trivial, como la que tuve con Abigael sobre si un Sanborns puede ser mejor que otro. Me pregunté por qué lo había invitado a desayunar y hallé la respuesta en seguida: por mi arraigada costumbre de sentirme culpable ante la desventura ajena. Pero ahora, al ver cómo devoraba sus enchiladas suizas, acompañándolas de un jugo grande de siete frutas, el más caro de la carta, no me pareció tan desventurado y mi compasión hacia él fue dejando paso a la

antipatía. Me dije que no podía culparme a mí mismo porque David le había pedido una cuota para dejarlo trabajar en paz. Así nos iba a todos, y su librería no iba a ser la excepción. En cuanto a la velada poética que le exigían que organizara, ¿quién podía asegurar que no fuera a ser beneficiosa para la librería? Algo de verdad había en el hecho de que el evento le daría publicidad a su changarro.

Levantó la mano para llamar a la mesera y le pidió un capuchino doble. Mi animosidad fue en aumento al ver la generosa provisión de líquidos con los que se agasajaba a mi costa: café americano, capuchino doble y jugo de siete frutas. Solo faltaba que pidiera una cerveza a las nueve de la mañana. Miró mis miserables bisquets aplastados y me preguntó:

—¿No vas a pedir nada más?

—Estoy bien así.

En algún momento, en medio de nuestra fangosa disputa sobre cuál era el mejor Sanborns de la ciudad, habíamos empezado a hablarnos de tú. Algo de lo que me había contado sobre Isabel Fraire no había dejado de rondarme la cabeza y le pregunté si tenía idea de quién era el tipo que Isabel Fraire venía a ver de vez en cuando.

—¿Por qué te interesa?

—Por curiosidad.

Había terminado las enchiladas y el jugo, tomó un sorbo de café y se limpió los labios con la servilleta. Sus ojos verdes contrarrestaban la fealdad de la boca, fina y ancha como la ranura de una alcancía, y me pregunté si el misterioso personaje era él. Sin embargo, uno no se desprende de un libro que le dedicó la mujer que fue su amante. Se aclaró la voz y me repitió lo que ya me había dicho: desconocía la identidad del hombre que Isabel visitaba en nuestra ciudad, aunque sospechaba que su mujer sabía más del asunto, porque las dos eran muy unidas. Sin embargo, su mujer se había muerto sin contarle nada. Me enteré de ese modo que Abigael Martínez era viudo desde hacía dos años, asentí con aire compungido y para evitar que la conversación se desviara hacia su difunta esposa, le dije:

—Tal vez el hombre que veía Isabel era un escritor como ella.

—No, ni escritor ni artista.

—¿Cómo lo sabes?

—Es una corazonada. Creo que era un perfecto padre de familia, un tipo normal, hasta gris. Isabel tenía debilidad por ese tipo de personas.

Mi corazón latió más rápido e intenté recordar en qué época mi padre comenzó a hablarnos con entusiasmo de los poemas de Isabel Fraire. Era difícil saberlo. Tenía la impresión de que su nombre siempre había estado presente en nuestra casa. Tal vez se había dado un encuentro casual entre mi padre y ella, y le pregunté a Abigael si Isabel Fraire llegó a dar alguna lectura en nuestra ciudad.

—No, para nada. Siempre decía que esta ciudad no tiene alma, sino albercas.

—Repite esa frase, por favor —exclamé, haciéndome hacia adelante.

—¿Cuál?

—La que acabas de decir, lo que decía Isabel Fraire de esta ciudad.

—Decía que no tiene alma, sino albercas. ¿Por qué?

—Es una frase de mi padre. Se la habré oído cien veces.

Notó mi agitación y se quedó con el gesto interrumpido de llevarse la taza de café a la boca:

—Bueno, tal vez es una frase que circula por ahí.

Sacudí la cabeza:

—Si la hubiera oído de boca de otros, él habría dicho: «Como dicen, esta ciudad no tiene alma, sino albercas». Lo conozco.

Tomó un sorbo de café y se echó hacia atrás, pegándose al respaldo de la silla:

—¿Quieres decir que tu padre e Isabel se conocían?

—Creo que sí.

Se volvió a hacer hacia adelante y agregó:

—¿Quieres decir que tu padre es el hombre con quien se encontraba Isabel Fraire cuando venía acá?

TERCERA PARTE

Cuando me abrió, Aurelia estaba hablando por teléfono con su patrona, tenía el inalámbrico en la oreja y le dijo a Margó Benítez que yo acababa de llegar. Traía puesto un vestido de lino ampliamente escotado y fue imposible no mirarle el pecho moreno que contrastaba con la blancura de la prenda. Me hizo seña de que pasara y cerrara la puerta, que fue lo que hice, y me senté en el sillón de costumbre mientras ella seguía hablando. Sí señora, claro que sí, hasta mañana, dijo por teléfono, y cuando creí que iba a colgar, exclamó: ¿Estás bien, mi amor?, y comprendí que hablaba con su hija. Así que estábamos solos. Cruzó con su hija unas cuantas palabras y al fin colgó. Me explicó entonces que la señorita Margó estaba en Valle de Bravo, donde vivía una de sus hermanas, y se había llevado a Griselda, su hija, y se disculpaba por no haberme avisado. Me extrañó que Margó, sabiendo que yo acababa de llegar, no hubiera querido hablar conmigo para disculparse personalmente. Aurelia me ofreció un café, porque así se lo acababa de ordenar su patrona, y sentí que toda ella se ponía a mis órdenes, como si fuera su deber estar a mi completa disposición para compensar la ausencia de la dueña de la casa. Acepté el café, ella fue a la cocina y al rato regresó y me dijo:

—Se acabó el café. ¿No gusta un tequila?

Le dije que sí, y me sorprendió que en lugar de tomar una botella del carrito de los licores, desapareciera por el pasillo, de donde volvió en seguida con una botella de tequila y su acostumbrada sonrisa boquiancha. Me fijé que era una marca barata. Sacó un vaso tequilero de la vitrina del trinchador, lo llenó y me lo dio.

—¿No me vas a acompañar?, —le pregunté y, sin esperar su respuesta, le dije que podía tomarme a solas un café, pero no un tequila.

—Sí, pero solo un traguito, joven Eduardo.

Era la primera vez que pronunciaba mi nombre.

Tomó otro vaso del trinchador y se sirvió. Apuró la mitad del contenido de un trago y comprendí que estaba acostumbrada a beber. Pensé que el tequila era de ella y que eso le daba la libertad de servirnos la cantidad que quisiéramos.

—¿Por qué no te sientas?

—No, estoy bien así —me dijo.

Tomé mi tequila en dos tragos y ella se acercó a llenármelo de nuevo.

—Muy rico —le dije—. ¿De veras no quieres sentarte?

—No.

Estaba claro que no consideraba apropiado sentarse a tomar una copa conmigo, pero verla ahí, de pie, me incomodaba, y me pregunté si no estaría un poco mal de la cabeza, con esa cosa suya de estar siempre sonriendo. Tomé mi segundo vaso en dos tragos, recosté la cabeza contra el respaldo del sillón y cerré los ojos, fingiendo que estaba cansado. No sé qué pretendí con ese gesto. Tal vez buscaba que, viéndome relajado, se animara a sentarse, o tal vez estaba cansado de verdad y los dos tequilas al hilo me habían aflojado de golpe.

—¿Quiere acostarse, joven Eduardo?, —me preguntó.

—¿Dónde?, —le pregunté yo.

—En mi cuarto, o en el de la señorita Margó. Acuéstese un ratito y se sentirá mejor.

—No me siento mal, solo estoy cansado. ¿Me echaste algo en el tequila?

—Claro que no —contestó.

—Estoy bromeando —le dije.

—Levántese, lo acompaño al cuarto de mi patrona.

En verdad me sentía cansado.

—Solo unos diez minutos —le dije.

—Sí, échese una pequeña siesta, yo lo despierto.

Me levanté y la seguí por el pasillo. Entramos en una habitación amplia y luminosa, donde había una silla de ruedas junto a la ventana. Me dijo que me quitara los zapatos y me acostara, y cerró las cortinas para oscurecer la habitación. Me quité los zapatos, me acosté bocarriba y cruzó por mi mente la idea de que todo aquello estaba preparado, ignoro si por Aurelia o por la propia Margó.

—Lo despierto en un ratito —me dijo con su infaltable sonrisa.

—No tengo sueño.

—Igual descanse un poco —salió del cuarto y cerró la puerta.

Cerré los ojos y poco a poco me quedé dormido. Cuando desperté, afuera era de noche y la lamparita del buró alumbraba débilmente la habitación. Aurelia, por lo visto, había entrado en algún momento a encenderla para que, al despertarme, no me encontrara sumido en la oscuridad. Me incorporé y busqué mis zapatos, que estaban junto a mis pies. En el buró había un portarretratos con una foto de Margó. Era anterior al accidente. Estaba parada, en traje de baño, a orillas del mar, sin mirar la cámara. Era más alta de lo que había imaginado y la postura de perfil resaltaba el grosor de sus muslos, largos y apetecibles. Como había sospechado, no era un cuerpo hecho de una sola pincelada. Daba la impresión de una mujer construida en cachos, que estuviera a punto de descomponerse en sus partes. Los muslos dominantes, el perfil, la orilla del mar y el pelo alborotado le otorgaban un aire voluptuosamente inconcluso, casi salvaje, y pensé que esa foto extraordinaria había sido colocada ahí para que yo la viera cuando despertara.

Me puse los zapatos y, al ponerme de pie, sentí un leve mareo. Caminé hasta la puerta y la abrí. La casa estaba en silencio y a oscuras. Recorrí el pasillo hasta la cocina. Aurelia no estaba ni allí ni en la sala. Regresé al pasillo, toqué en la primera puerta, no recibí respuesta y la abrí. Tardé varios segundos en acostumbrarme a la oscuridad. Aurelia estaba tendida en una cama, bocabajo y desnuda, y una de las piernas doblada en ángulo le abultaba el culo. Me acerqué y la llamé, pero solo me respondió su ronquido. Pensé que, sabiéndose fea, había decidido emborracharse para que la sorprendiera así, dormida y sin ropa, confiando en que sería la mejor forma de encender mi deseo. De hecho lo era, porque verla en esa postura, al alcance de mi mano, roncando con un suave sonido, me excitó, y la sacudí para que despertara e hiciéramos el amor. Pero no reaccionó. Si esa había sido su táctica de seducción, a la tonta se le había pasado la mano.

Me senté en la orilla de la cama, esperando que volviera en sí, y pensé que tal vez me había mentido en el teléfono, haciéndome creer que su patrona y su hija estaban en Valle de Bravo para que yo me animara a seducirla. Si había sido una llamada inventada,

Margó podía aparecerse en cualquier momento y al encontrarme en su casa a esa hora, con Aurelia encuerada en su habitación, podría pensar que la había emborrachado para aprovecharme de ella, así que salí del cuarto sin hacer ruido, busqué a oscuras mi portafolio en la sala y me marché como un ladrón.

Llegando a casa, fui directo a mi cuarto. Celeste y mi padre ya se habían acostado. Me desvestí, me metí en la cama y apagué la luz. Pero no tenía sueño, y mientras pensaba en los muslos voluptuosos de Margó, en su cuerpo misteriosamente hecho de partes más ensambladas que unidas, y en sus formidables piernas que, por carecer de sensibilidad y movimiento, eran ahora en cierto modo más imponentes, volví a preguntarme si esa foto había sido colocada allí para que yo me enamorara de aquel cuerpo, obviando su miseria presente con el conocimiento de su pasado esplendor.

En la tarde fui a la casa del coronel Atarriaga a entregarle el aceite de Celeste. Cuando toqué, jaló del cordón para abrirme, crucé el largo pasillo y empujé la puerta de su casa, que estaba entreabierta. El hecho me sorprendió, porque siempre me recibía en la puerta con su expresión adusta. Estaba en la sala, sentado en su sillón, y noté que traía otra bata y otras pantuflas, que parecían nuevas. También su aspecto era distinto, se había peinado y percibí un olor a lavanda.

—¿Cierro?, —le pregunté.

Hizo una mueca de contrariedad y me preguntó dónde estaba Celeste. Le contesté que en mi casa, y agregué que le traía el aceite muscular. Abrí el portafolio, saqué el frasquito y se lo di, pero él no lo tomó.

—Me dijo que vendría —dijo de mala manera. Me tenía de pie, con el frasquito en la mano, y no me atreví a sentarme.

—No recuerdo que le dijera eso, coronel —dije con la mayor suavidad.

—¡Usted estaba en el baño, joven… joven…! ¿Cómo se llama usted?

—Eduardo.

—¡Estaba usted en el baño! Me dijo que vendría hoy para darme un masaje en el cuello.

Estaba indignado, las manos aferradas a los descansabrazos del sillón. Pensé que mientras yo devolvía el dinero en el cajón del

secretaire, Celeste, para tenerlo tranquilo, le había dicho que volvería otro día para hacerle un masaje y, pasado el peligro, había olvidado su promesa.

—Lo siento —le dije.

—¡Qué fácil!, —exclamó—. Yo aquí esperándola, y usted lo siente. ¡Háblele y dígale que venga, que la estoy esperando!

—Es imposible, no puede dejar solo a mi padre.

—¡Vaya usted a cuidar a su padre!

Tal vez era la primera vez que lo miraba realmente. Tal vez era la primera vez que él también me miraba realmente.

—No tiene ningún derecho de decirme lo que tengo que hacer —le dije.

Tardó en asimilar mi frase, o tal vez es una costumbre militar no responder en seguida ante un gesto de desacato de un subordinado, para que este perciba, a través del silencio de su superior, la enormidad de su gesto y se castigue a sí mismo antes de que el otro lo haga. Por fin dijo:

—Usted está expiando un delito. No debí haberlo recibido en mi casa. ¿Cómo se atreve a hablarme así? Lárguese.

—Me largo, pero tendrá que firmar la hoja de visitas —y abrí el portafolio para sacar la hoja. Estaba de pie, en una posición incómoda, y al abrirlo se cayeron al piso el libro de Rodari, el de El desierto de los tártaros y unas facturas de la mueblería, entre las cuales estaba la foto donde el coronel salía abrazado con una mujer más joven que él, que yo había olvidado regresar al secretaire. Las facturas y la foto fueron a dar a sus pies, al coronel le llamó la atención esta última y puso su pie apantuflado sobre ella, se inclinó a recogerla, la observó, levantó la cara y me preguntó:

—¿Qué hace esta foto en su portafolio?

No dije nada, ni él esperó que le respondiera; se puso de pie y fue al secretaire, mientras yo me hincaba para recoger las cosas del suelo. Guardé todo y cerré el portafolio. El coronel estaba contando el dinero que había en el cajón. Cuando terminó, guardó los billetes en la bolsa de su bata, se dio la vuelta, me miró y me dijo con voz quebrada por la emoción:

—No tenía tantos billetes de quinientos pesos. Usted metió mano a mi dinero el día que vino con Celeste.

—No le he robado nada —dije—, usted acaba de verlo, y puedo

explicarle lo que ocurrió.

—No sé lo que hizo, pero usted metió mano a mi dinero. No quiero oír ninguna explicación.

—No soy un ladrón —le dije.

—Lárguese —dijo abriendo la puerta.

—No soy un ladrón —repetí.

—He dicho que se largue.

Salí de su casa y crucé el largo pasillo que daba a la calle, abrí la puerta y el coronel jaló con fuerza el cordón, azotándola con estrépito.

En casa, cuando papá se adormiló frente a la tele, le conté lo ocurrido a Celeste. Me escuchó sin alterarse y dijo en voz baja, para no despertar a mi padre:

—No creo que le hable a la policía.

—¿Por qué?

—Odia a los policías, me lo dijo mientras usted estaba en el baño, Eduardo.

—Me odia más a mí.

—¿Quiere que vaya a verlo?

—¿Y qué le vas a decir?

—Algo se me ocurrirá.

Ahí estaba de nuevo la Celeste que no conocía, determinada y sin miedo. Habló por teléfono con su sobrina y le pidió que se presentara temprano al día siguiente para cuidar a mi padre. Llevé a papá a su cuarto en la silla de ruedas y ella me ayudó a ponerlo de pie. Mientras yo lo sostenía, le acercó el orinal de plástico para que hiciera la última pipí del día. No pude evitar verle el miembro y desvié la mirada. No así Celeste, que estuvo atenta a que no se hiciera fuera del recipiente y luego absorbió con papel de baño la última gota del pene y le subió los calzones. Entre los dos lo acostamos.

Era tarde y ella se fue a dormir. Leí un rato, apagué las luces y fui también a acostarme. A las dos de la mañana me despertaron unos quejidos de mi padre; iba a levantarme, cuando oí los pasos de Celeste en el pasillo y los oí hablar. Me quedé un rato despierto y volví a dormirme, pero el sueño me duró poco. Me levanté y fui a la cocina por un vaso de agua. En el pasillo me llegaron los ronquidos de mi padre. Entonces me detuve. Mi padre no roncaba así. Volví

sobre mis pasos y empujé la puerta que estaba un poco abierta. Reconocí la silueta de Celeste, acostada junto a mi padre. Le daba la espalda y él la abrazaba por detrás. Un abrazo tímido, como si no quisiera molestarla. Cerré y volví a mi habitación, olvidándome del vaso de agua.

Di vueltas a la cama sin poder dormirme. La manera de mi padre de abrazar a Celeste, agarrándose a su espalda mientras ella roncaba, me causó un sentimiento de profunda e irremediable exclusión. Yo sobraba en esa casa. Sobre todo los ronquidos de ella le daban un no sé qué de degradante a mi permanencia en esa casa, como si fuera un intruso que fisgonea en la vida ajena. Creía que entre Celeste y yo existía esa complicidad que establecen de manera natural los sanos a espaldas de los enfermos. Ahora me daba cuenta de que la verdadera complicidad era la de ellos dos a mis espaldas. El verdadero enfermo en la casa, después del accidente (o de la desgracia, como la nombraba Celeste), era yo, que a mis casi treinta y cinco años vivía como un mantenido, porque desde que me habían quitado la licencia teníamos que pagarle a un chico para que entregara los pedidos con la camioneta, que había sido mi función principal hasta ese momento. Mi único aporte al negocio familiar se reducía a revisar las cuentas con Jaime y ni siquiera había sido capaz de llamar a la señora del futón, cerrando una venta prácticamente segura.

Al otro día me despertaron las voces de Celeste y de Clotilde, su sobrina, que llegó temprano para hacerse cargo de mi padre. Cuando fui a la cocina a desayunar, Celeste se había ido. Me bañé, me vestí y fui a la mueblería, donde me quedé toda la mañana sin hacer nada especial. De vuelta a casa, Celeste, Clotilde y mi padre estaban sentados a la mesa. No acostumbraba comer con mi padre, porque él almorzaba demasiado temprano, pero esta vez, urgido de saber el éxito de la visita de Celeste al coronel, me senté a la mesa con ellos. Sin embargo, Celeste, ocupada en llevarle a mi padre los trozos de comida a la boca, no me dirigió una sola vez la mirada y no fue hasta que mi padre terminó de comer y Clotilde se lo llevó a descansar, que pudo dirigirme la palabra y me dijo que me quedara tranquilo, porque le había arrancado al coronel la promesa de no denunciarme. Le pregunté cómo, y me contestó que le había hecho un masaje en el cuello.

—¿Y con eso bastó?

—Le prometí que le haría otros.

—¿Otros? ¿Cuántos?

—No sé, no quedamos en nada.

Se agachó para abrir la alacena inferior, donde guardaba el jabón líquido para platos, pero yo sentí que lo hizo para no mirarme.

—¿Y te los va a pagar?, —le pregunté.

—No sé, joven Eduardo.

La observé y tuve la sensación de que aquel acuerdo no le disgustaba. Jamás hubiera imaginado que Celeste pudiera despertarme celos. No eran exactamente celos míos, sino de mi padre, de los que yo me hacía cargo por faltarle a él las condiciones para experimentarlos en carne propia. En ese momento entró Clotilde a la cocina para decirle a su tía que se iba a su casa. Salí de allí y fui a mi cuarto. Me hervía la sangre y tenía ganas de ir a casa del coronel y tupirle la cara a puñetazos. Pero sobre todo estaba enojado conmigo mismo, por haber permitido que Celeste fuera a verlo. Debí de haber ido yo, para tratar de llegar a algún acuerdo y, de no conseguirlo, mandarlo al carajo y que hiciera lo que quisiera. Me pregunté qué tan lejos sería capaz de llegar, ahora que tenía el sartén por el mango (por la mango, habría dicho el padre Clark), y qué tan lejos sería capaz de llegar Celeste para protegerme. Qué poco la conocía. La mujer recatada y pasiva se había transformado en un ser efusivo y carnal, que en nuestra visita al coronel había tomado las riendas de la situación y en casa de los hermanos Jiménez me salvó de nuevo, recitando de memoria los poemas de Isabel Fraire. Volví a verla en la cama con mi padre, abrazada por él pero sin devolverle el abrazo, ofreciéndole su espalda como quien lanza una tabla a alguien que se está hundiendo, y me regresó un sentimiento encontrado hacia ella de agradecimiento y repulsión.

El jueves en la tarde, tal como me lo había dicho, Celeste regresó a casa del coronel. Clotilde, que la suplió, me ayudó a sembrar unas macetas de geranios y a componer las guías de la buganvilia que trepaba por los pilares del porche. Yo estaba al pendiente del regreso de Celeste y miraba el reloj a cada rato. En un momento dado fui al cuarto de ella a buscar el cucharón de jardín, que por alguna razón guardábamos en su closet. Clotilde había

dejado su bolsa abierta sobre la cama de su tía y vi que había traído su pijama. Solo lo traía cuando pasaba la noche con nosotros, en las contadas ocasiones en las que Celeste se ausentaba para ir al pueblo de su hijo. Regresé al jardín y le pregunté si iba a cuidar a mi padre esa noche. Me contestó que sí, porque Celeste le había dicho que probablemente no vendría a dormir. Casi se me cae el cucharón de la mano.

—¿Y por qué no me avisó?, —grité.

La pobre Clotilde, que nunca me había visto levantar la voz, se puso lívida.

Celeste, en efecto, regresó hasta el día siguiente, alrededor de las siete de la mañana. La oí conversar en la cocina con su sobrina y estuve tentado de oír de qué hablaban, pero me contuve. Pasando frente al cuarto de papá para ir al baño, vi que estaba dormido, algo raro a esa hora. Pensé que se había enterado por Clotilde que Celeste pasaría la noche afuera y ahora se hacía el dormido para no dirigirle la palabra.

Como no sabía qué actitud tomar con Celeste, decidí desayunar afuera. No fui al Sanborns de Piedra, porque tenía planeado ir en la tarde, y opté por la cafetería La Oriental, que quedaba de camino a la mueblería y donde hacían buenos bisquets. Llegué a la mueblería en buen momento, porque había tres clientes, dos parejas jóvenes y un señor de edad, y Jaime no se daba abasto. Atendí a una de las parejas, que compró una cama *queen—size*, y luego al señor de edad, que coqueteó con un escritorio de nogal, pero no se animó a llevárselo.

Mientras Jaime seguía atendiendo a la otra pareja, marqué el número del Güero, que me respondió de inmediato. Le dije que me urgía hablar con él.

—Todavía no puedo pagarte lo que te debo —me dijo.

—No te hablo por eso. ¿Puedes a las cinco, en el lugar de la otra vez?

Dijo que sí, colgamos y casi en seguida volvió a sonar el teléfono. Era Mario, el ejecutivo de Banorte que tenía su privado contiguo al de Rosario. Me informó que Regino García, el taxista, acababa de recoger el frasquito de aceite y le había dejado cien pesos para mí. Le dije que me parecía raro, porque Celeste le había aclarado que era gratis.

—Pues aquí están, pasa cuando quieras.

Le dije que pasaría de una vez, porque me quedaba de camino hacia donde iba. No era cierto, pero era un pretexto para salir de la mueblería y darle a Rosario otra oportunidad de disculparse conmigo.

Llegué en quince minutos y, antes de pasar a ver a Mario, me asomé al privado de Rosario. No estaba. Mario me vio desde su cubículo, estaba con un cliente y me dijo que Rosario había salido y volvería en media hora. Se levantó para sacar la cartera del bolsillo y darme los cien pesos, pero le dije que me iba a esperar a que se desocupara porque quería comentarle algo sobre el fondo de inversión de mi padre. No era cierto, solo quería hacer tiempo para que Rosario regresara de la calle. Mario volvió a sentarse y yo me acomodé en la salita adyacente, donde había otros clientes en espera de ser atendidos. Tomé una revista de la mesa y una persona que estaba frente a mí, exclamó:

—¡Eduardo Valverde!

Era Humberto Reséndiz, el esposo de Amalia. Me puse de pie para darle la mano y él quiso que me sentara a su lado.

—Qué bueno que te veo —me dijo—. Mañana no vayas a la casa. Le hablamos ayer al padre Clark para cancelar tu lectura. ¿No te avisó?

—No. ¿Está enferma su señora?

—¡Qué va! Está más sana que nunca. Por fin convenció al dueño de la librería «El Caracol» que organice una velada poético-musical en honor de Maribel Fraire, y anda como loca preparando todo el numerito.

—Isabel —corregí.

—¿Qué dices?, —se llevó una mano a la oreja. Humberto Reséndiz era un poco sordo.

—Se llama Isabel, no Maribel.

—Ah, sí —me agarró del brazo—. Contamos contigo, Eduardo, no nos vayas a fallar. El padre Clark está avisado. Va a haber también música. Cantará una *mezzosoprano*, acompañada de un guitarrista. Parece que es una mujer finísima.

—¿Cómo se llama?

—Amalia me lo dijo, pero se me olvidó.

—¿No es Margó Benítez?

—¡Esa! ¿La conoces?

—Sí.

—Finísima persona, nos la recomendó el padre Clark.

En ese momento salió de su privado un joven ejecutivo que le dijo a Humberto Reséndiz que podía pasar. El esposo de Amalia se paró, nos dimos un abrazo y me repitió que contaban conmigo.

Volví a sentarme, tomé la misma revista de antes y empecé a hojearla. Miré mi reloj. Rosario no había llegado y Mario seguía con su cliente. Me pareció absurdo seguir esperando por solo cien pesos. Me puse de pie, dejé la revista sobre la mesita y salí del banco.

Ahora, al menos, tenía un tema de conversación con Celeste. Cuando llegué a casa, Clotilde se había ido y papá miraba un partido de tenis en la tele. Celeste estaba en la cocina preparando la comida y le dije sin preámbulos:

—Me habló Mario, del banco. ¿Te acuerdas de él?

—Claro —dejó de cortar las calabacitas para prestarme atención.

—El taxista fue a recoger el aceite que le regalaste, ¿y adivina qué? Le dejó cien pesos para ti.

—¡Pero le dije que era gratis!

—Es lo que le dije a Mario.

Sacudió la cabeza y reanudó lo que venía haciendo. Yo abrí el refri y me serví un vaso de jugo. Mientras lo estaba tomando, ella me preguntó:

—¿Quiere que pase por ellos?

—¿Por los cien pesos?

—Sí, no tiene caso que se moleste usted por tan poco, Eduardo —dijo sin mirarme—. Puedo decirle a Clotilde que me cubra una mañana.

—¿Toda una mañana para ir al banco y regresar? ¡Si está a diez minutos en taxi!

Se ruborizó y dijo:

—Aprovecharía para ir al mercado. Los miércoles ponen un tianguis en el centro.

Me estaba mintiendo. No iba a ir a ningún mercado, y menos hasta el centro. Me pregunté si no estaba enamorada del coronel, porque sospeché que era para eso que quería salir, para verlo, y me la imaginé acostada a su lado, dándole la espalda y estrechada por sus brazos. Pensé que papá le habría asignado las tres «ci»: oficio,

pericia y astucia. Me había salvado, eso no cabe duda, y seguía salvándome, porque de no ser por ella, el coronel me habría denunciado, aunque le cayera mal la policía.

—No hace falta que vayas por los cien pesos, acabo yo de pasar por ellos —le dije y, sacando la cartera, tomé un billete de cien pesos, lo dejé sobre la repisa de las especias y salí de la cocina.

Llegué al Sanborns de Piedra a las cinco en punto. El Güero ya estaba ahí y había elegido la misma mesa de la vez anterior, pero todavía no había ordenado nada, por lo que supuse que no tenía ni un quinto en el bolsillo. Cuando me senté, me preguntó cómo estaba mi padre, sacudí la cabeza y le dije que la suya ya no era vida, el dolor en los huesos lo estaba matando y a veces yo quería que se muriera.

—¿Y él?, —me preguntó.

—¿Él qué?

—¿También quiere morirse?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho?

—No, pero lo sé.

Se acercó el mesero. Era el mismo de la otra vez. Pedimos una León y una Indio.

—¿Para qué soy bueno?, —me preguntó una vez que el mesero se hubo alejado.

Le platiqué todo lo ocurrido con el coronel Atarriaga. Cuando terminé, le dije que una visita suya al viejo jubilado lo convencería de abandonar sus ínfulas de rabo verde con Celeste.

En eso, el mesero trajo las cervezas. Él se sirvió la suya, mirando cómo la espuma perdía volumen en su vaso.

—Conozco al coronel —me dijo—. Tiene todavía muchos contactos con el ejército y en ese terreno no nos podemos meter. —Señaló hacia el techo, en clara alusión a sus jefes.

—Nadie tiene por qué enterarse —le dije—. Le pegas un susto y punto. Celeste haría cualquier cosa para protegerme y él se aprovecha de eso.

—¿Cómo?

—La obliga a pasar la noche con él.

—¿Es guapa?, —me preguntó.

El Güero no había conocido a Celeste, porque cuando mi padre

cayó enfermo, no volvió a poner un pie en nuestra casa.

—No, ni guapa ni joven, pero hace muy buenos masajes. El viejo se prendó de ella.

—No dejarán que nadie se meta con un coronel retirado —dijo, haciéndose hacia adelante—. Con ellos hay un pacto de no agresión, ¿me entiendes? Déjalo en manos de esa mujer. Por lo que me cuentas, sabrá lidiar con eso.

—¿Y si deja a mi padre por ese viejo?, —exclamé.

Miró hacia los lados y, bajando la voz, me preguntó:

—¿Quieres que lo mate? Porque no veo otra manera de salir de este asunto.

El mesero estaba lejos, pero miraba hacia nosotros, por si se nos ofrecía algo. Tomé un trago largo de mi cerveza, hasta casi acabarla. El Güero no había quitado los ojos de los míos, esperando una respuesta, y como no dije nada, tomó un trago de la suya, hasta acabar su botella. Se puso de pie y me dijo que tenía que irse. Luego agregó, inclinándose hacia mí:

—Si cambias de idea, avísame. Por tu padre lo haría.

—¿Matar?

Asintió con la cabeza.

—¿Incluso a él?, —le pregunté.

—¿A él quién?

—A mi padre.

Me miró mientras yo le daba el último trago a mi botella. Dudó, luego volvió a sentarse.

—¿Eso quieres?, —me preguntó.

—No me hagas caso, es que a veces creo que me lo agradecería.

—¿Te lo ha pedido?

—Claro que no. Sería como quejarse, y él nunca se queja. Parece que ha vivido con el único objetivo de no quejarse. Es como si esa fuera su misión en la vida.

—Si él no te lo ha pedido, yo no puedo hacer nada —me dijo.

—Lo sé. Solo quería saber.

—¿Saber qué?

—Nada.

—¿Si puedes contar conmigo?

Me llevé la botella a la boca y tomé un trago.

—Sí —contesté.

Me observó y yo evité mirarlo.

—Déjalo en sus manos —dijo levantándose, y soltó un eructo.

Parecía muy seguro de lo que decía, como si mi padre ya hubiera hablado con él de ese asunto. Como si todo estuviera arreglado entre ellos y yo no tuviera que inmiscuirme.

—¿Dejarlo en manos de él?, —me reí—. Ya nada está en sus manos. Se ve que llevas tiempo de no verlo, Güero.

Había pronunciado su nombre, a mi pesar. Él podría tomar eso como una demostración mínima de afecto y traté de borrar esa impresión tomándome un trago de cerveza, luego pensé que se trataba del Güero, al fin y al cabo, el primer empleado de papá, el hombre que lo había ayudado a levantar la mueblería, y supuse que en algún momento me habría cargado en sus brazos cuando yo era un niño. Entonces le dije:

—Te vieron con David.

—¿Cuándo?

—Hace unos cinco o seis días.

—No veo a David desde hace dos semanas.

—Te vieron con él.

—¿Dónde?

—En «El Caracol». Tú estabas en la calle, él adentro.

—¿Qué es «El Caracol»?

—Una librería de viejo. Abrió hace unos dos meses. Está al final de Río Mayo.

—No sé de qué me hablas.

—¿En serio?

—En serio.

—Entonces David estaba con otro. Me lo describieron y me pareció que eras tú.

—¿Y qué se supone que hacía David en una librería de viejo? ¿Comprando un libro? ¡Si tiene dificultad para leer la lista del mandado!

—Lo mismo que me hacen a mí —le dije.

El Güero dudó un momento, asimiló mi frase y volvió a sentarse por segunda vez.

—¿Quieres decir que estaba exigiendo una cuota al dueño de la librería?

Era la primera vez que usaba conmigo la palabra «cuota».

Siempre procuraba usar eufemismos como «contribución», «apoyo» y hasta «reciprocidad».

—Sí, me lo dijo el dueño, que es mi amigo —contesté—. Sabe que tengo una mueblería y me habló para preguntarme qué se hacía en estos casos. Como te dije, abrió hace poco.

—Si es cierto lo que dices, David se está saltando las trancas.

—¿Qué quiere decir eso?

—¿Qué quiere decir? Que se está saltando las trancas, el hijo de puta. Ya lo hizo antes y esta vez se lo van a chingar bien bonito.

Yo también en cierto modo me había saltado las trancas en casa de Margó Benítez, durmiendo en su cama y después acechando el cuerpo desnudo de Aurelia para hacerle el amor, cuando debí haberme largado. A pesar de no haber hecho nada reprobable, no me habría sorprendido que Margó no me abriera la puerta. No estaba yo como para que también ella renunciara al programa de lecturas a domicilio. Todavía tenía que cumplir con un cuarto de mis obligaciones comunitarias y me estaba quedando sin oyentes. Los hermanos Jiménez se habían dado de baja, lo mismo que el coronel Atarriaga; los Reséndiz me acababan de cancelar una lectura y por cómo se estaban poniendo las cosas, con la señora Amalia lanzada a una estelar carrera de mecenas cultural, no era nada improbable que siguieran el ejemplo de los otros. En cuanto a la familia Vigil, después de la sublevación de los no sordos, de la que yo era el causante, no me habría sorprendido que el padre decidiera cortar por lo sano para restablecer el orden monástico que regía en su hogar antes de mi aparición. Veía con terror cernirse sobre mi cabeza la interrupción del programa de lecturas a domicilio, con mi consecuente adscripción al aseo de escusados en un hospital del gobierno o en un reclusorio.

Cuando me abrió Aurelia con su acostumbrada sonrisa, no había ninguna nota de malicia en sus ojos, como si nada hubiera pasado entre nosotros durante mi última visita. Al fondo de la sala, en su silla de ruedas, Margó hablaba con Rómulo Esparza, el maestro de canto. Se había soltado el pelo y se veía guapísima. Rómulo Esparza y yo nos dimos la mano con frialdad, cosa que no pasó inadvertida a Margó. Con el pelo suelto me recordó la foto de su recámara y pensé que se lo había desatado a propósito, como una forma de decirme que sabía que yo había dormido en su cuarto. Tal vez era

verdad que todo había sido urdido por ella, para que yo viera su foto cuando despertara en su cama y conociera la magnitud de la belleza de la que era capaz. Miré a Rómulo Esparza, cuyos gestos obsequiosos, casi relamidos, me parecieron la prueba de su pasión por la dueña de la casa. Yo estaba tan aturdido por el cambio de aspecto de Margó, que se me olvidó darle la mano.

—Siéntese, Eduardo —me dijo, hablándome de usted frente al maestro de canto, y ese toque de complicidad conmigo me produjo un íntimo derretimiento—. ¿Le cortaron la lengua? ¿Por qué no habla?

En eso, Aurelia trajo de la cocina una taza de café para mí. Las de Margó y del maestro de canto estaban vacías sobre la mesilla del centro, donde había también un plato de galletas.

—Sírvase una —me dijo Margó—. Las trajo el maestro Esparza y están deliciosas. ¿Sabe que cantaré en la velada en honor de Isabel Fraire?

—Sí, me lo dijo Héctor Reséndiz. Felicidades.

—Felicite también al maestro Esparza. Sin él, jamás me atrevería.

Felicité a Rómulo Esparza, que me agradeció con un gesto de la cabeza.

Margó me preguntó si podía ayudarlos a adaptar unos versos de Isabel Fraire a una melodía compuesta por el maestro Esparza. Ella había pensado en el poema de la piel que yo le había leído.

¡Y dale con el poema de la piel! Parecía que era lo único que había escrito Isabel Fraire.

—Ese poema lo declamará Tatis Reséndiz —les dije.

—No es ningún problema, al contrario —dijo Rómulo Esparza—. El público podrá disfrutar una doble interpretación del mismo poema. ¿Lo trae con usted?

No traía el libro, pero sí la hoja donde lo había copiado a mano para leérselo a Margó. Abrí el portafolio y le pasé la hoja al maestro.

En realidad, todo aquello me valía un comino. Yo y nadie más era el causante de que las cosas hubieran tomado el sesgo que habían tomado, al caer en las redes de la actitud declamatoria auspiciada por Amalia Reséndiz. Debí haberme negado cuando el matrimonio me pidió permiso de invitar a sus amigos a mis

lecturas. Desde ese momento todo se había vuelto altisonante y vulgar. Recordé el balbuceo de papá al leer los versos de Isabel Fraire y me sentí doblemente farsante. ¡Pobre Isabel Fraire, poco leída en vida y maltratada de muerta!

Rómulo Esparza, terminada la lectura del poema de la piel, movió la cabeza en señal de profundo trastorno.

—¡Sublime!, —profirió con un gemido—. Voy a copiarlo ahora mismo —sacó una pluma y empezó a copiarlo en el reverso de una partitura.

—Quizá no sea una buena idea cantar unos versos de Isabel Fraire —dije yo sin poder contenerme.

—¿Por qué?, —me preguntó Margó.

—Son versos para murmurar —dije—, casi para balbucear, no para cantar.

—Usted no los balbuceó en lo absoluto cuando me los leyó la primera vez, Eduardo, hasta me sacó unas lágrimas.

No supe qué responder y por suerte volvió a entrar Aurelia para llevarse las tazas vacías de su patrona y de Rómulo Esparza. Busqué en sus ojos una señal de nuestra tarde a solas, pero su sonrisa era impoluta como la cafetera de porcelana, idéntica a todas las sonrisas que me dispensaba de continuo. Regresó a la cocina y Rómulo Esparza pidió permiso para usar el baño, con lo cual Margó y yo quedamos solos.

—Toma tu café, se está enfriando —me dijo ella bajando la voz.

—Qué hermosa te ves con el pelo suelto —le dije, y tomé un sorbo de café.

—Gracias —sonrió.

—Gracias a ti por el café del otro día, cuando no estabas.

—No pude avisarte a tiempo. Discúlpame si te hice venir en balde.

—No vine en balde —le dije, y dudé si decirle que me había dormido en su habitación y contemplado su foto en traje de baño, pero el riesgo de comprometer de alguna manera a Aurelia me hizo contenerme.

—¿Te pasa algo?, —dije, porque la vi pensativa.

—No.

La sequedad de su respuesta me hizo insistir:

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Bajó la mirada, fijándola en la alfombra. La mesita se interponía entre nosotros y me levanté, pensando sortear ese obstáculo y abrazarla y besarla, pero en ese momento se abrió la puerta del baño y Rómulo Esparza regresó a la sala, frotándose las manos.

—¿Ya convenció a nuestro amigo Eduardo de que se pueden cantar los versos de Isolda Fraire?, —le preguntó a la dueña de la casa.

—Isabel —corregí.

—Hablábamos de otra cosa —dijo Margó.

Rómulo Esparza sacó una guitarra de su estuche, la afinó y tarareó una melodía, luego miró el poema que acababa de copiar y empezó a plasmar una melodía sobre ellos, mirando a Margó, que le devolvió la mirada. Se entendían a la perfección y sentí celos del maestro de canto, que tenía una clara ascendencia sobre la dueña de la casa. Margó no cantó una sola nota, limitándose a tararear en voz baja los versos que le iba indicando Rómulo Esparza. Sentí que mi presencia la inhibía, por eso me paré y fui a la cocina por un vaso de agua. Cuando me vio entrar, la hija de Aurelia corrió a un rincón a esconderse, supongo porque no estaba acostumbrada a verme allí, y Aurelia, como era habitual en ella, me sonrió con desmesura. Le pedí un vaso de agua. La niña me miraba intrigada desde su rincón, su madre me sirvió el vaso de agua sobre un platito y le pregunté en voz baja si me había echado algo en el tequila, más que nada para recordarle nuestro encuentro de unos días atrás y asegurarme de que no lo hubiera olvidado, pero me estrellé de nuevo contra su sonrisa desbocada, que me hizo volver a preguntarme si no estaba loca. La niña corrió a ocultarse debajo de la mesa y desde allí me miró con una sonrisa pícara que era una copia al carbón de la de su madre. En la sala, Rómulo Esparza estaba marcando un compás y oímos un acorde de guitarra.

—No, está muy alto, bájese una octava —le dijo Margó, e insistió—: bájese, bájese.

Harto del rostro sonriente de Aurelia, obedecí la instrucción de Margó y me bajé, o sea me metí debajo de la mesa, junto a la niña, que se tapó la boca para reprimir una carcajada. Aurelia se agachó y le hizo un espanto a su hija, aventándole un zarpazo que la hizo gritar de miedo, luego volvió a enderezarse y nos dejó solos en

aquella cueva imaginaria. Le veía las piernas mientras se movía en la cocina y me arrepentí de no haberle hecho el amor una semana atrás, en su cuarto. Era lo que ella deseaba, de lo contrario no se habría desnudado. Mi miembro despertó al recordar su culo prominente, con ese justo grado de celulitis que tanto me gusta y que hace que un culo parezca pasado por muchas manos. La niña se había tornado seria de golpe, como si se preguntara qué hacíamos allí, que era lo mismo que yo me estaba preguntando. La única que parecía tomar aquello con naturalidad era Aurelia, que empezó a canturrear mientras trajinaba en la cocina. Adiviné que estaba contenta porque el amigo de su patrona, el joven distinguido que venía a leer libros en esa casa, estaba debajo de la mesa jugando con su hija. Me acordé de golpe que los niños de esa edad están hechos para ser besados, tomé a la niña de la carita y le di un beso en el cachete, pero tenía todavía el miembro duro y, avergonzado, aparté mi mirada de ella, fijándola en un punto impreciso hasta que amainara la erección. Entonces volví a besarla, pensando que hacía siglos que no besaba a un niño. A partir de la muerte de mamá, había vivido entre arrugas y deterioro y, desde que leía a domicilio, aquel paisaje de pieles fofas se había extendido y acentuado. Hasta Gladis, que era oxígeno puro para mí, envejecía a ojos vistas. ¿Existían lectores a domicilio para niños, además de lectores para enfermos y jubilados? Un trabajo así era ideal para ejercerse debajo de las mesas. Volví a besar a la hija de Aurelia y le pregunté si le había gustado Valle de Bravo. Su madre, al oír mi pregunta, se agachó y le dijo:

—Dile que sí, que te gustó mucho.

La niña pareció no entender y Aurelia se puso virulenta:

—¡Ándale, tonta, dile que te gustó!

Se echó a llorar, asustada, y yo la defendí.

—No le grites —le dije a Aurelia, y estreché a la niña en mis brazos, pero ella se soltó, tan asustada de mis brazos como de la actitud de su mamá.

—¿Por qué llora Griselda?, —gritó Margó desde la sala.

Aurelia tomó bruscamente a su hija de la mano.

—No es nada, señora —dijo, y salió de la cocina con la niña, llevándosela a su cuarto. Rómulo Esparza y Margó dijeron algo que no escuché y supuse que hablaban de mí. Pensé que ella me

llamaría, pero no lo hizo, y me quedé esperando que entrara en su silla de ruedas y me viera allí, debajo de la mesa. Le diría que quería oírla cantar y había venido a la cocina porque sentía que la cohibía mi presencia en la sala. ¿Debajo de la mesa?, me preguntaría, y me invadió el sentimiento del ridículo de mi situación. Imaginé al padre Clark entrando de repente en la cocina y decirme: «Qué bueno que te veo, Eduardo», y sentarse junto a mí, debajo de la mesa, para comunicarme algo de suma importancia. Al marcharse de allí golpearía la mesa contra el muro, provocando la ira de Margó. Me empecé a reír. No tenía ganas de moverme, como si hubiera encontrado mi verdadero lugar en el mundo, y eso aumentó mi risa. No esperaba nada, absolutamente nada, y eso era una revelación, a su modo. Escuché otro acorde de guitarra proveniente de la sala. Me entró de repente un hartazgo de todo. La sola presencia de Rómulo Esparza, con sus modales inodoros, me ponía enfermo. Mi deber era completar mi hora de lectura a domicilio, pero no estaba obligado a escuchar aquel ensayo. Entonces reapareció la niña, que me miró, se rio y salió otra vez. A mi pesar, me levanté y regresé a la sala, donde Rómulo Esparza estaba guardando la guitarra en el estuche. El ensayo había terminado y los dos evitaron mirarme. Margó estaba visiblemente furiosa conmigo y decidí prudentemente no pedirle que firmara la hoja de visitas. Ella y Rómulo Esparza se despidieron con un beso en la mejilla, luego se dio medio giro con la silla de ruedas y se marchó por el pasillo sin saludarme. Tomé mi portafolio y seguí a Rómulo Esparza hasta la puerta. La abrió y salimos juntos. Ya en la calle, me preguntó dónde había estacionado mi coche y le dije que había venido a pie.

—Yo también —me dijo.

Íbamos hacia direcciones opuestas, pero decidí acompañarlo hasta la esquina porque necesitaba compañía humana y, mientras caminábamos, noté que sus gestos relamidos habían desaparecido. Avanzábamos hombro con hombro, debido a lo estrecho de la banqueta, rozándonos a cada paso, y en ningún momento hizo el gesto de apartarse. Ese inesperado contacto físico me reanimó. Pensé que lo había juzgado mal. Se ganaba la vida dando clases particulares y tal vez sus modales impostados eran una herramienta de su trabajo. Quise iniciar una conversación amistosa para

mostrarle que no le guardaba rencor y que podía confiar en mí, pero el ruido de los coches era insoportable. Caminábamos como huyendo de una conflagración. Cómo hubiera deseado que, deteniéndose de golpe, me preguntara: «¿Qué pasa con usted, Eduardo? ¿Por qué fue a esconderse debajo de la mesa? ¿Ya vio en qué estado dejó a nuestra querida Margó, que tanto lo quiere?». Estaba dispuesto a aceptar los más duros reclamos, con tal de que se me hicieran con espíritu fraterno. Cómo me hubiera gustado que aquel hombre me dijera: «Regrese ahora mismo a casa de Margó y pídale disculpas, arrodíllese si es preciso y bésele las manos. Ella lo adora, Eduardo, me lo ha dicho. No le salió una sola nota de lo afligida que estaba, ¿se fijó? Por eso terminamos el ensayo tan pronto». Lo abrazaría, agradeciéndole su consejo y pidiéndole perdón por mi arrogancia, y después correría de regreso a casa de Margó para hacer exactamente lo que aquel buen hombre me había pedido. Me veía llorando y de rodillas mientras le besaba las manos, alabando su bondad y su piel, como si fueran una y la misma cosa. Tu piel, tu piel, Margó, ¿qué importa el resto?, le diría. Pero ya habíamos llegado a la esquina, donde se separaban nuestros caminos, sin haber cruzado una sola palabra. Rómulo Esparza extendió su mano y ni siquiera me agradeció que lo hubiera acompañado hasta allí. Nos dimos un apretón frío y lo vi cruzar la calle, alejándose entre el gentío y el fragor del tráfico. ¡Esa era nuestra Ciudad de la Eterna Primavera!

Esa noche busqué los libros de Isabel Fraire que tenía papá. Eran tres, y solo uno de poemas, el mismo que yo le había comprado a Abigael Martínez. Había un pequeño volumen de traducciones de poetas de lengua inglesa y un libro de ensayos titulado Pensadores norteamericanos del siglo XX. En este último venía una foto de ella. Se veía a una mujer de cara ancha, pelo largo y negro que tendía a ocultarle el rostro, lo que le daba un vago aire de india sioux, y una boca gruesa y sensual que contrastaba con la severidad de la mirada. No era un rostro fácilmente olvidable, aunque no pudiera decirse que fuera hermosa. La foto tenía fecha de nueve años atrás. Ninguno de los tres libros llevaba dedicatoria. Los abrí, buscando entre sus páginas algún indicio de amistad entre ella y mi padre, como una postal o algún papel escrito, pero no encontré nada. Pensé que, de haber sido amantes, ella habría dejado una mínima

señal escrita en esos libros, aunque fuera una dedicatoria convencional, pensada para no levantar ninguna sospecha en mi madre. Volví a mirar la foto, tratando de imaginar cómo esos ojos de mirada inquisitiva se posarían en los de mi padre, y pensé que era una idiotez suponer que había habido una aventura entre ellos. ¿De qué hubiera hablado él, un modesto comerciante en muebles aficionado a la poesía, con una de las poetas más talentosas del país, cuyos versos, que no obedecían a un orden lineal sino caprichoso, parecían hervir sobre la página? Tenía tendencia a caerse de las escaleras, me había contado Abigael cuando desayunamos en Sanborns, y sospeché, por cómo lo dijo, que estuvo enamorado de ella, sin ser correspondido. También me contó que su esposa escribía versos y que de vez en cuando, a insistencia de Isabel, le mostraba a ella sus poemas y, aunque a Isabel le gustaban, nunca se atrevió a publicar nada en su vida.

Sonó el teléfono. Era Margó. Desde que le oí la voz supe que seguía disgustada conmigo. Me reprochó la conducta grosera que había tenido con ella y con Rómulo Esparza, al dejarlos solos en la sala para ir a encerrarme en la cocina con Aurelia. Pero no era eso lo que más le dolía, agregó, sino que yo hubiera puesto en duda su capacidad de cantar los versos de Isabel Fraire. Le dije que nunca había dicho eso, sino que esa poesía, a mi modo de ver, no era la más apta para ser cantada, y agregué:

—Fui a la cocina porque sentí que mi presencia te cohibía para cantar y me moría de ganas de oírte.

Mis palabras dieron en el blanco, porque se quedó callada, aunque reaccionó en seguida:

—¿Por qué siempre huyes?

—No hui —le dije—, fui por un vaso de agua y me quedé jugando con la hija de Aurelia. Hace años que no jugaba con un niño.

—Aurelia me dijo que lloró porque tú la besaste.

—No es cierto, lloró porque su madre le gritó.

—¿La besaste?, —me preguntó.

—Sí, estábamos debajo de la mesa y la besé.

—A su madre no le gustó.

—¿Por qué?

—No le gustó, estaban ustedes abajo de la mesa y no podía

verlos.

Sentí la sangre calentarme los brazos y recordé que Aurelia había canturreado alegremente mientras Griselda y yo estábamos debajo de la mesa.

—¡Claro que podía, bastaba que se agachara para vernos!, —grité—. ¿Qué está insinuando?

Celeste, que estaba en la cocina, al oír mi grito se asomó a la sala.

—¿Por qué te quedas callada?, —le pregunté a Margó, bajando la voz.

—Nunca te había oído gritar —dijo, como si mi grito le hubiera revelado quién sabe qué meandros oscuros de mi personalidad. Sospeché que estaba pensando en el accidente, o en la desgracia, como la llamaba Celeste, preguntándose si las cosas habían ocurrido como yo se las había contado, y me arrepentí de haberme sincerado con ella.

—¿En qué estás pensando?, —le pregunté, pero ya había colgado.

El padre Clark me llamó en la mañana. Me lo imaginé balanceándose en su silla, de la cual se levantaría en algún momento con un empujón brusco que agregaría una nueva marca en la pared de la oficina. Qué bueno que te encuentro, me dijo, y me explicó que su asociación iba a costear una buena parte de los gastos del homenaje a Isabel Fraire. Dentro de esos gastos entraban los honorarios de un ayudante que se encargaría de todo un poco, desde estar pendiente del buen funcionamiento del equipo de sonido, hasta vigilar que no se robaran libros de los estantes aprovechando el bullicio general, y me comunicó que ese ayudante era yo.

—¿Yo? ¿Qué tengo que ver yo?, —espeté.

Me dijo que me lo tomarían en cuenta como parte de mi trabajo comunitario y, considerando las numerosas deserciones de mi programa de lecturas, debía estar agradecido.

—¿Numerosas? Solo sé de dos, la de los hermanos Jiménez y la del coronel Atarriaga.

—Van tres. Margó Benítez me habló anoche para decirme que se da de baja.

Sentí un desfallecimiento.

—¿Margó? ¿Por qué?, —pregunté.

—Dice que no prestas atención a lo que lees. Lo mismo me había dicho Carlos Jiménez, por cierto.

Miré la pared, la infinita pared de la sala, y todo lo que dijo después el padre Clark me llegó como un zumbido lejano. Oí un ruido seco y supe que se había levantado de su silla giratoria. Poco después colgamos. No había captado una sola de sus palabras. Volví a mirar la pared. En eso, sonó el teléfono. Era mi hermana. Me hablaba para reclamarme mi negligencia. Su amiga del círculo bíblico, cansada de esperar inútilmente mi llamada, había comprado el futón en otra mueblería. Yo le reclamé que no me hubiera avisado que iba a ser el asistente de Abigael Martínez en la velada poética de El Caracol.

—Creí que tú estabas de acuerdo —me dijo.

—El padre Clark me acaba de hablar para decírmelo y no me preguntó si estaba de acuerdo.

—Entiendo que te sirve para tu trabajo comunitario.

—Mi trabajo comunitario es leer a domicilio, no servir de achichincle en veladas culturales.

—No vas a ser el achichincle de nadie, Edu. El padre Clark ha pensado incluso que digas algunas palabras sobre Isabel Fraire.

Seguramente de eso me había hablado el padre mientras yo observaba la pared.

—No tengo nada que decir sobre Isabel Fraire —le dije—, y no me digas Edu.

Odiaba que me dijera Edu. Tuvo un novio que se llamaba como yo, y ella le decía Edu, creo que para distinguirlo de mí, pero de vez en cuando le daba por llamarme con ese apodo.

—Puedes decir, al menos, que era la poeta favorita de mi papi. A él le daría gusto.

—¿A quién?

—A mi papi.

Me irritaba que le dijera «papi», y sobre todo que dijera «a mi papi» cuando hablaba conmigo, su hermano, como si tuviéramos dos papis diferentes.

—¿Así que piensas llevar a papá a esa velada?, —le pregunté.

—Claro. Le va a dar mucho gusto. Siempre dijo que Isabel Fraire se merecía un mayor reconocimiento que el que tuvo, y se lo

estamos dando.

«Se lo estamos dando». Hablaba como si fuera del comité organizador.

—Esa velada va a ser de pena ajena —le dije—. Tú no te quedaste a oír a las personas que leyeron en casa de los Reséndiz, yo sí.

—Me dijo Amalia Reséndiz que fueron unas lecturas estupendas… que solo tú estuviste un poco flojo.

—¿Eso te dijo? ¿Qué estuve flojo?

—Un poco.

—¡Claro que estuve flojo!, —exclamé—. La idiota de Tatis se llevó mi libro y tuve que improvisar.

—¿Quién es Tatis?

—La sobrina de Amalia Reséndiz, la novia del mafioso.

—¿Cuál mafioso?

—Del idiota, quise decir.

—Estás muy alterado —me dijo, y yo admití que lo estaba. Me preguntó el porqué y le dije que Margó Benítez acababa de desertar del programa de lecturas a domicilio.

—¿Quién es?

—Mi mejor escucha —contesté.

—¿Por qué se dio de baja?

—Porque no le gusta cómo leo. Eso fue lo que le dijo al padre Clark, pero no es esa la verdadera razón.

—¿Y cuál es?

—Hice una estupidez.

—¿Qué hiciste?

Volví a mirar la pared. ¿Por dónde empezar? Le solté al bote pronto:

—Me puse a jugar a escondidillas con la hija de la sirvienta.

Hubo un corto silencio, después Ofelia exclamó:

—¿Te pusiste a jugar a escondidillas con la hija de la sirvienta, en lugar de leer?

—No, fui a la cocina por un vaso de agua y me escondí debajo de la mesa con la niña.

—¿Por qué?

—Porque se me antojó.

—¿Cuánto tiempo?

—Unos minutos. Margó estaba en la sala ensayando una aria de ópera. Es la *mezzosoprano* que cantará en la velada poética en honor de Isabel Fraire. Besé a la niña y la madre se molestó.

—¿Cómo la besaste?

—¿Pues cómo quieres que bese a una niña de cinco años? En la mejilla.

—No entiendo nada —se rindió Ofelia.

—Olvídalo —le dije.

—El padre Clark me dijo que otra persona de tu grupo se dio de baja.

—El coronel Atarriaga. Un tipo nefasto, peor que los Jiménez.

—¿Por qué todos se dan de baja contigo?, —me preguntó.

—Ahora solo falta que me psicoanalices.

—No entiendo por qué te escondiste debajo de una mesa con una niña.

—Porque jugábamos, algo que tú ya no haces.

—¿Vas a empezar a agredirme?

—Estoy alterado. Me afectó lo de Margó.

—¿Por qué te afectó?

—¡Porque no me lo merecía!

—Está bien, tienes que calmarte.

—Sí.

—¿Quieres que vaya para allá?

—No, estoy bien.

—Llego en quince minutos, solo me visto.

—No, hermana, estoy bien. Me tomó de sorpresa, pero estoy bien.

Se hizo un silencio.

—¿Te enamoraste de esa mujer, Edu?, —preguntó.

—No me digas Edu —le dije.

Guardó silencio y yo volví a mirar la pared. Celeste entró en la sala para recoger algo de la mesa y me llamó la atención su forma de moverse. Algo fluía en ella con un aplomo inédito, como si se hubiera reconciliado con ese cuerpo al que siempre había mantenido en sordina, y juré que se había acostado con el coronel Atarriaga.

Estaba en el Sanborns de Piedra desayunando unos bisquets,

eran las once y cacho cuando me llamó Jaime al celular para decirme que acababan de asaltarlo.

—Fue el tipo alto que se queda fuera de la mueblería cuando viene el Güero —me dijo.

—¿David?

—No sé cómo se llama. Se llevó catorce mil pesos de la caja a punta de pistola.

Le pregunté si se encontraba bien y me dijo que sí. El tipo no lo había tocado. Dejé un billete de doscientos pesos sobre la mesa, suficiente para tres órdenes de bisquets, y le dije a Gladis que después me daría el cambio. En la calle paré el primer taxi. Camino a la mueblería pensé que debía haberlo previsto. Si iban a darle cuello al tipo, como me había advertido el Güero, era bastante esperable que nos robara, porque iba a necesitar dinero para largarse lo más lejos posible.

Llegué a la mueblería en diez minutos y Jaime estaba en la puerta esperándome. Se veía bastante tranquilo.

—¿Estás bien?, —le pregunté, y me contestó que sí. Fui directo a la caja, la abrí y vi que quedaban un billete de veinte pesos y algunas monedas. Le pregunté si el tipo venía solo.

—No, estaba con otro que nunca he visto, que se quedó en la puerta vigilando.

Me explicó que una hora antes había vendido el escritorio Olimpia de nogal en doce mil quinientos pesos, y el cliente había pagado al contado. Por eso en la caja había tanto dinero.

—Si viene una hora antes, se habría llevado solo mil pesos —dijo.

Me contó cómo había ocurrido todo, aunque no había mucho que contar. David ni siquiera tuvo la necesidad de sacar la pistola; le bastó enseñársela a Jaime, luego de ordenarle que abriera la caja. Como no había nadie en la mueblería más que ellos, todo había sido muy rápido y sin la menor violencia.

Jaime se sentó en uno de los sofás escoceses. El que se hubiera sentado sobre un artículo en venta me mostró el grado de su agotamiento nervioso y temí que sus siguientes palabras iban a ser su renuncia.

—Tómate el día —le dije.

—¿Para qué?

—Pasaste un mal rato, vete al cine con tu mujer.

—¿Con mi mujer? Estoy mejor aquí.

Me senté frente a él en una de las sillas Inoka. Por primera vez en mi vida sentí que yo era el dueño de la mueblería, que yo era el patrón y Jaime mi dependiente. El Güero tenía razón. Los tipos como David eran capaces de cualquier cosa. Habíamos tenido suerte de vender una hora antes el escritorio de nogal. Tal vez esos catorce mil pesos le salvaron la vida a Jaime o impidieron que incendiaran la mueblería. Pero no se lo dije. Solo le dije que el tipo ese, David, se había saltado las trancas. Me preguntó qué significaba eso y le dije que extorsionaba por su cuenta, sin dar parte a sus jefes; estos lo habían descubierto y él se había dado a la fuga con su compinche, no sin antes dar un «repaso» a los comercios bajo su tutela para juntar la mayor suma posible.

—Quemó sus naves, ¿me entiendes? No le volveremos a ver la cara, tenlo por seguro —y agregué, repitiendo la frase del Güero—: Se lo van a chingar bonito.

No sé si me oyó. Miraba hacia un punto impreciso y yo pensé que meditaba sobre lo pobre que había sido su vida de empleado, con un futuro laboral incierto y teniendo que tratar con delincuentes. Sabía que no tenía amigos. Lo había deducido de las pocas pláticas que teníamos de vez en cuando, y había algo en su rostro que rechazaba la amistad, una mueca de avaricia fijada a fuerza de darle la espalda a cualquier contratiempo. Era un pusilánime violento, por así decirlo, capaz incluso de algún acto de arrojo con tal de que no rasguñaran su privacidad.

Me acordé de haber traído conmigo el libro de Isabel Fraire sobre los ensayistas norteamericanos del siglo XX, donde venía su foto, y fui a sacarlo del portafolio para mostrarle la foto a Jaime. Le pregunté si había visto alguna vez a esa mujer entrar en la mueblería, él miró la foto y me preguntó quién era.

—Una amiga de mi padre.

—¿Tiene que ver con el asalto?, —me preguntó.

—Claro que no. Es una poeta. ¿No recuerdas haberla visto alguna vez?

Volvió a mirar la foto y me dijo que no. Guardé el libro en el portafolio y pensé que tenía que preguntarle al Güero. Isabel se había caído de la escalera unos seis o siete años atrás, durante la

época en la que el Güero trabajaba con mi padre. Si ella lo había visitado en la mueblería, él tendría que recordarla, porque la foto del libro correspondía a esos años y la cara de Isabel no era fácil de olvidar.

Le dije a Jaime que no íbamos a presentar ninguna denuncia, porque saldría a flote que David nos estaba extorsionando desde hacía más de un año y era absolutamente necesario que mi hermana no se enterara de nada.

—Nunca debiste haber aceptado ese trato —me dijo.

—¿Y quién dice que fue un trato?, —le pregunté, con ganas de darle una patada.

Ofelia fue a la casa para hacer cuentas con Celeste y probarle a papá los pantalones y el saco que quería que se pusiera la noche del viernes en El Caracol. A mí me pareció un atuendo excesivamente formal para un recital de poesía, pero no dije nada. Entre las dos lo vistieron y desvistieron varias veces porque, después del drástico adelgazamiento de mi padre en el último año, no había ningún traje que le viniera a la medida, todos le quedaban guangos y lo hacían verse como un espantapájaros. Primero se probó un conjunto gris claro, luego uno de gris más subido y, finalmente, un traje casi negro. Me pregunto si ese trayecto de lo claro a lo oscuro no reflejaba el deseo inconsciente de mi hermana de verlo muerto.

Pasé la primera parte de la mañana del viernes en la librería, colocando junto con Abigael los alteros de libros en las paredes para abrir un claro donde pondríamos las sillas y el estrado. Me acordé de dos libreros de pino de buen tamaño que tenía guardados desde hacía tiempo en la bodega de la mueblería, porque habían salido defectuosos, y le pregunté si los quería. Dijo que sí, y cuando le propuse colocarlos de una vez, para que la librería luciera bonita en el recital, sin esos alteros de libros pegados a las paredes que le daban una apariencia descuidada, aceptó con entusiasmo, y me preguntó cómo los traeríamos.

—Con la camioneta de la mueblería —contesté—, pero tú vas a manejar, porque me quitaron la licencia.

—No sé manejar —me dijo, y quiso saber por qué me la habían quitado.

—Es una historia larga.

Le hablé al padre Clark y le expliqué que necesitábamos a un

chofer que nos ayudara a cargar y transportar en mi camioneta unos libreros que tenía guardados en la bodega de la mueblería, para que la librería luciera bien en el evento de esa noche. Me preguntó si no era tarde para hacer ese trabajo y le contesté que había muchos libros amontonados en las paredes que le daban una apariencia desaliñada al local.

—Me parece razonable —dijo—. Déjeme ver si puedo contar con Efrén, nuestro chofer.

Diez minutos después me habló Efrén. Lo cité en la mueblería y tomé un taxi para ahorrar tiempo. Llegó casi en seguida. Era un joven corpulento, fuimos a la bodega de la tienda, que está en el sótano, y entre los dos subimos los dos libreros de pino, los metimos parados en la camioneta y los amarramos.

Así fue todo ese día: subir, bajar, cargar y mover. Descubrí cuánta falta me hacía sumergirme en una tarea puramente física. Llegando a la librería, Abigael estaba retirando los alteros de libros de las paredes, donde los habíamos colocado una hora antes. Efrén y yo lo ayudamos, y los muros quedaron libres para recibir los libreros. Abigael quedó fascinado con ellos y me preguntó en dónde estaba el defecto. Los revisamos, no hallamos nada anormal y me pregunté si no había traído los libreros equivocados. Con Efrén nos entendimos en seguida. Comprendió la urgencia en la que estábamos metidos y se ofreció a ayudar en lo que fuera. Le pregunté si sabía taladrar y poner taquetes para fijar los libreros a la pared, y me dijo que sí. Mientras él ponía manos a la obra, Abigael y yo probamos el equipo de sonido que había proporcionado el padre Clark, dos micrófonos y un amplificador. En realidad lo probé yo, porque Abigael tuvo que atender a un par de clientes. Al mediodía llegó el camión con las sillas alquiladas y les dije a los chicos que las amontonaran en una esquina. A esas alturas del día estaba claro que era yo quien coordinaba las operaciones, porque Abigael tenía que atender a los ocasionales clientes que entraban en la librería y Efrén lidiaba con el taladro, en cuyo uso, por cierto, no se veía muy competente. Casi llamé a Filiberto, mi carpintero de confianza, para que fuera él quien fijara los libreros a la pared, pero andábamos cortos de tiempo y dejé que Efrén se las arreglara como pudiera. Como el equipo de sonido tenía un contacto falso en los micrófonos, fui a una tienda de lámparas que

estaba a dos cuadras para ver si alguien podía ayudarme. Conocía al dueño, que era amigo de papá, y me prometió mandarme a su asistente cuando este volviera de una entrega a domicilio. Regresé a la librería y Abigael me dijo que el padre Clark acababa de hablarme. Me comuniqué con él. Solo quería saber cómo marchaba todo y le enumeré todas las tareas que quedaban pendientes. Me preguntó si creía que acabaríamos a tiempo y le dije:

—Creo que sí, pero con tantas cosas que debo atender, preferiría no leer esta noche.

—No te preocupes, Amalia Reséndiz me dio la lista de los que van a leer y tú no estás.

Lejos de sentir alivio, la detesté. Me había quitado de la lista de declamadores después de mi pobre actuación en su casa y casi podía jurar que ella le había sugerido al padre Clark utilizarme como el utilero del espectáculo, a pesar de haber sido yo el impulsor de aquellas veladas poéticas. Me lo merecía.

—Me dijo Ofelia que usted quiere que diga unas palabras sobre Isabel Fraire —le dije al padre, recordando lo que me había dicho mi hermana.

—Sí, pero consulté con Amelia Reséndiz y ella considera que no es oportuno.

—Correcto —espeté.

Colgamos. La velada era en honor de una poeta de la que nadie sabía nada y, sin embargo, decir unas palabras sobre ella parecía inoportuno. Debí haber mandado todo al diablo, pero no podía insubordinarme teniendo tres bajas en el programa de lecturas a domicilio. La posibilidad de limpiar escusados del Seguro Social me aterraba.

Efrén consiguió al fin fijar a la pared uno de los dos libreros. Empecé a llenarlo de libros, pero tuve que dejar la tarea a la mitad, porque era tarde, estaba muy sudado y me urgía ir a mi casa a bañarme y cambiarme de ropa. Cuando se lo dije a Abigael, me llamó junto a la caja. Abrió el primer cajón del mueblecito de abajo y me dijo que mirara. Era una pistola negra con mango de nácar.

—La acabo de comprar, es una Beretta automática —me dijo en voz baja.

—¿Para qué la quieres?

—Uno nunca sabe.

—¿Es legal?

—Más legal que tu acta de nacimiento.

Se llevó un dedo a los labios en señal de complicidad y cerró el cajón.

—¿Y sabes usarla?, —le pregunté.

—Estoy aprendiendo en un campo de tiro, no lejos de aquí. Un día vamos juntos. A ti también te puede servir tener una a la mano.

Asentí, porque tal vez tenía razón. Le dije que nos veríamos más tarde y me largué a mi casa.

Ofelia se había llevado a mi padre y a Celeste a comer a la suya, con la idea de partir desde ahí hacia la librería, así que en la casa no había nadie, algo totalmente insólito, y no pude evitar pensar que así sería cuando papá se muriera y yo despidiera a Celeste. No me imaginaba viviendo solo entre esas paredes donde había transcurrido toda mi vida. ¿Seguiría yendo al Sanborns de Piedra, llevando una vida de apartado o, por el contrario, organizaría fiestas y veladas al estilo de los Reséndiz?

Después de bañarme me cambié de camisa, dejándome los vaqueros que traía puestos para evitar que en el último momento Amalia Reséndiz o el padre Clark me llamaran al escenario para suplir a algún declamador. Fui a la cocina a prepararme un sándwich y un café. Mientras la cafetera estaba sobre el fuego, entré al cuarto de Celeste y abrí el cajón de su buró y me puse a hurgar en la cajonera y en el clóset, buscando una carta, una foto o un objeto relacionados con el coronel Atarriaga, algo que me indicara el grado de intimidad que había entre ellos. Pero no encontré nada. Regresé a la cocina, comí el sándwich, tomé el café, salí de la casa y paré un taxi.

Cuando llegué a la librería ya había bastante gente y temí que no alcanzaran todas las sillas. Habíamos hecho lo humanamente posible para que el local luciera decoroso, los libreros retacados de libros se veían imponentes y gracias a ellos la librería había ganado empaque y elegancia. Sin embargo, Efrén había colocado mal los libros, que estaban muy salidos, al borde de cada entrepaño, y se lo dije a Abigael.

—Están así porque tuvimos que ponerlos en doble fila —me dijo—. No cabían todos en una sola hilera.

Tuve un mal presentimiento y me acerqué para cerciorarme. El

excesivo peso de los libros y el mal trabajo de Efrén con el taladro habían hecho que las pijas que fijaban los libreros al muro se hubieran desprendido unos milímetros de los taquetes, poniendo en peligro la estabilidad de los libreros. De hecho, uno de ellos estaba un poco separado de la pared en la parte superior. Le pregunté a Abigael dónde se había metido Efrén y me dijo que había ido a recoger a un grupo de ancianos de la asociación cristiana del padre Clark.

—Los libreros están mal fijados al muro y se pueden venir abajo, deberíamos bajar la segunda hilera de libros para aligerarlos —le dije.

—Yo no puedo, estoy ocupado en la caja, hazlo tú —me dijo.

—Me acabo de bañar —objeté.

—Entonces ahora que regrese Efrén le decimos que lo haga él.

Un joven se acercó a preguntar sobre un libro y Abigael lo condujo al fondo de la librería a través del largo pasillo que ahora, gracias a mis libreros, lucía espacioso. No sé si fue por eso que recordé aquellos dos versos: «Hay avenidas tan anchas, / que cruzarlas es otra avenida», y cuando Abigael regresó donde yo estaba, se los recité y le pregunté si los conocía. Lo vi palidecer, me miró como si yo estuviera bromeando y me preguntó cómo sabía de ellos. Le contesté que no estaba seguro, pero probablemente se los había oído a mi padre.

—Es un poema de mi esposa —dijo bajando la voz y mirándome fijamente. Un mudo telegrama cruzó entre nosotros. Parecía esperar una explicación de mi parte. Yo no dije nada, pero sentí una íntima decepción al comprender que Isabel Fraire y papá no se habían conocido y que él se había aficionado a la poesía de Isabel gracias a la esposa de Abigael Martínez, y que fue por ella que la frase aquella de mi padre, la de que nuestra ciudad no tenía alma sino albercas, había llegado a oídos de Isabel Fraire.

—Mi mujer se llamaba Ivonne —me dijo Abigael, espiando mi reacción ante ese nombre que yo jamás había oído de labios de papá. ¿Esperaba acaso que papá ventilara sus amoríos en familia?

—Nunca le oí pronunciar ese nombre —le dije.

—Dime la verdad —insistió él, acercándose hasta casi pegar su cara a la mía. Le olía mal la boca. Era un gesto de súplica, a pesar de su brusquedad, y vi a un hombre atormentado por los celos aún

después de la muerte de su esposa, a quien me imaginé más alta que él, con pelo negro y boca sensual, una mezcla de Margó Benítez e Isabel Fraire.

—Te lo juro —le dije, reteniendo la respiración para no oler su aliento.

Se llevó la mano al bolsillo y sacó la cartera. Adiviné que quería enseñarme una foto de su esposa, pero cambió de idea, guardó la cartera y se separó de mí, recobrando la calma. Pude haberme ido en ese momento, pero me faltó el valor de abandonarlo a poco menos de media hora de empezar la velada. Además, mi padre iba a llegar dentro de unos minutos y me asaltó el pensamiento de la Beretta que Abigael guardaba en el mueble debajo de la caja registradora. Ignoraba de qué sería capaz ese hombre. En ese momento un cliente se acercó para preguntarle por un libro, él le dijo que lo siguiera y yo aproveché para escabullirme hasta el otro extremo de la librería. Saqué el celular y llamé a Ofelia, que me dijo que ya venía en camino con Celeste y mi padre. Le dije que no era buena idea que trajera a papá.

—¡Y dale con eso! Me parece que ya lo hablamos.

—Sí, pero acabo de descubrir algo.

—¿Qué? Habla más fuerte.

—No puedo gritar —le dije.

—Que no te oigo.

Se perdió la señal y tuve que apagar. Busqué con la mirada a Abigael, que estaba detrás de la caja, donde se había formado una modesta fila, algo nunca visto en esa librería. Otras personas merodeaban por el local, mirando los libros y hojeándolos. Volví a los libreros, donde un par de clientes repasaba con la mirada los entrepaños y me apoyé en el que peligraba más, para afianzarlo a la pared.

La gente seguía llegando y Abigael no se daba abasto con las ventas. Entró al padre Clark y, cuando me vio, vino directo hacia mí. Me fijé en sus zapatos recién boleados.

—Qué bueno que te veo, Eduardo —me dijo, rotando la vista por toda la librería—. Voy a ser el maestro de ceremonia. Me lo pidió Amalia Reséndiz. Los declamadores llegarán cuando todo esté listo. Quiero decirte algo —y me tomó del brazo para llevarme a un rincón, pero yo no dejé que me moviera, para no separarme del

librero. Se extrañó de mi resistencia y le dije la verdad:

—Este librero peligra y prefiero sostenerlo.

Creo que no me entendió, pero me dijo:

—Me parece razonable—, y pasó a hablarme de David, el novio de Tatis Reséndiz, que había desaparecido desde la tarde anterior. Tatis había recibido esa mañana un mensaje suyo donde le pedía que no lo buscara y que tuviera cuidado.

—¿Cuidado de qué?, —le pregunté.

—No lo sabemos. La pobre no para de llorar.

Pensé que me iba a pedir que leyera en su lugar y me adelanté:

—Mire cómo estoy vestido, padre, y no he preparado nada. Ni siquiera traje el libro de Isabel Fraire. Además, me preocupa este librero. Alguien tiene que quedarse aquí para vigilarlo.

—Nadie te pidió que leas, Edu.

—No me llame Edu, por favor.

—Así te nombra tu hermana.

—Lo sé, se lo he pedido mil veces y me sigue llamando así.

—Entendido. No te voy a pedir que leas en su lugar, Eduardo, Tatis es una profesional y lo hará, pase lo que pase —dijo.

Una profesional del grito, pensé.

Se apoyó en el librero que yo sostenía con mi cuerpo y temí que con algún movimiento brusco lo desprendiera de la pared. Su especialidad era dañar paredes.

—No se apoye en el librero, padre —le dije. No entendió y tuve que repetírselo. Se separó de él y me dijo en voz baja:

—Me han dicho algo que no me gusta, Edu; perdón, Eduardo —y me informó que el tal David, al parecer, estaba inmiscuido en asuntos sucios.

—¿Se refiere a que es un delincuente?

—Algo parecido, y lo están buscando.

—¿La policía?

—No, los de su jalea.

—Ralea —corregí.

—No se lo digas a Tatis.

En eso, alguien lo llamó desde la entrada, y me dijo:

—Ahorita regreso y te sigo contando.

Pero ya no hubo oportunidad de que siguiéramos hablando, porque entró, encabezada por Efrén, una pequeña turba de

ancianos, algunos en silla de ruedas, otros en andadera, y el padre Clark tuvo que coordinar la manera de acomodarlos en el espacio disponible. Sentaron a los portadores de andaderas en la última fila de sillas y los que estaban en silla de ruedas delante del escenario, lo cual provocó el descontento de los primeros, que protestaron ante lo que consideraron un acto injusto. Al ver que el contingente de ancianos estaba ya acomodado, las demás personas que merodeaban entre los libros decidieron ocupar sus asientos y la sala se llenó casi al tope en menos de un minuto. Intenté llamar a Efrén para pedirle que me ayudara a quitar de los libreros la segunda hilera de libros, pero vi que el descontento que cundía entre los ancianos de la última fila lo absorbía por completo, y entre él y el padre Clark no se daban abasto para calmar a los quejosos. En eso, entró otro anciano en silla de ruedas. Era mi padre, empujado por Celeste. Pasaron frente a Abigael, que no los vio, porque estaba en la caja cobrándole a un cliente. Levanté la mano para llamar la atención de Celeste y le indiqué un sitio en el extremo de la cuadrilla formada por las sillas de ruedas, desde el cual era difícil que Abigael viera a papá. Celeste lo llevó allí y se quedó de pie a su lado. Le hice una seña para que se acercara donde yo estaba.

—¿Y Ofelia?, —le pregunté al oído.

—Fue a estacionar el auto.

—¿Le pusieron pañal a mi padre?

—Claro.

Miré a papá, que me devolvió la mirada sin reconocerme. Todo debía de parecerle extraño en ese local atiborrado de personas. Hacía por lo menos un año que no salía de casa y no se vestía con ropa de calle. Buscó con la mirada a Celeste, que estaba a mi lado, y había en sus ojos esa expresión de náufrago que le había visto dirigirme cuando había intentado recitar de memoria el poema de Isabel Fraire. La miró prolongadamente, pero Celeste, que estaba hechizada por la agitación que imperaba en la librería, no le hizo caso. Se había puesto el mismo rebozo de la India de nuestra última salida y concebí la idea de que esa prenda la cambiaba interiormente, transformándola en otro ser.

—Ve con él, te está buscando —le dije, y en su manera sacrificada de acercarse a mi padre supe que sus días en nuestra casa estaban contados, y volví a desear que papá se muriera pronto.

Apareció entonces otra silla de ruedas. Era Margó. Aurelia la empujaba y Rómulo Esparza venía atrás, cargando un estuche de guitarra. El padre Clark los acompañó hasta el escenario, la gente se calló de golpe, hubo murmullos y algunos aplaudieron el ingreso de la *mezzosoprano*, que sonrió tímidamente. Vestía una sencilla blusa color crema, pantalones negros y zapatos bajos. El pelo suelto, negrísimo y ondulado, que le cubría la mitad del rostro, me aceleró el pulso. Era imposible que no me hubiera visto, pero evitaba mirarme. El padre dudaba entre colocarla de una vez en el escenario o mezclarla con la cuadrilla de las sillas de ruedas. Se decidieron por el escenario, el propio padre la empujó hasta allí y Margó, cuando pasó a mi lado, volvió a ignorarme. La que no me ignoró fue Aurelia, que venía escoltando a su patrona y que, tan pronto como me reconoció, me dispensó una de sus sonrisas opíparas, que todos notaron e hizo que la gente se fijara en mí, que había pasado inadvertido hasta ese momento. Algunos debieron de preguntarse qué estaba haciendo junto al librero, parado sin hacer nada. No sabían que resguardaba una parte de la escenografía. La sonrisa desbocada de Aurelia frente a la sala llena de gente me hizo volver a dudar de su buen juicio, y pensé que si la pobre estaba chafada, Margó lo sabía, y si lo sabía, no debió de darle importancia a lo que ella le dijo sobre mis besos a su hija, debajo de la mesa. Era una mujer demasiado inteligente para dejarse inquietar por algo tan trivial. Más bien, saber que yo podía todavía esconderme debajo de una mesa con una niña pequeña y estrecharla en mis brazos, le había hecho sentirse irremediablemente vieja e inadecuada para mí. Quizá sintió que yo era demasiado inquieto todavía, y eso la había deprimido, haciéndole preguntarse qué podía ofrecerme en su silla de ruedas. ¿Su pelo suelto y sus muslos maravillosos e insensibles? La pequeña Griselda la había derrocado con una sencilla travesura. La miré, anhelando que me devolviera la mirada, pero no lo hizo. Con que volteara a verme, habría comprendido que nunca la traicionaría, y que su piel, su pelo y su voz sensualmente rasposa la redimían para mí con creces de su estado. Esperando algún gesto suyo, me había separado del librero sin darme cuenta y permanecí así, separado de él, lo que ocasionó el principio del desastre.

Entraron los declamadores, todos ellos hombres y de *smoking*, encabezados por una emperifollada y reluciente Amalia Reséndiz,

que vestía un desafortunado huipil blanco que le llegaba hasta los calcañares. Cual una bandada de cuervos atrás de una gallina, fueron recibidos por otro murmullo de la concurrencia. Eran cinco y tomaron asiento en la fila que les había sido reservada, la primera, al lado de Rómulo Esparza; Amalia Reséndiz se sentó en el centro. Reconocí a tres de los señores almidonados que habían leído en casa de ella una semana atrás. Quedaban dos asientos libres, Amalia le hizo una seña al padre Clark, quien mandó una señal hasta el fondo de la sala. Entró Tatis Reséndiz del brazo de su padre, vistiendo un espectacular traje de noche verde olivo y zapatos abiertos de tacón alto. Humberto Reséndiz llevaba *smoking* como los declamadores. Aminoraron el paso para que todos los admiraran y un aura de delicado ridículo los envolvió mientras se dirigían a sus asientos, porque caminando Tatis del brazo de su padre era como si padre e hija hubieran confundido el modesto escenario de la librería con el altar de una iglesia y la velada poética con la boda de ella. Amalia Reséndiz, quizá advirtiendo lo chusco de la situación, empezó a aplaudir, secundada por los declamadores, y el aplauso se propagó a todos los presentes, mientras Tatis y su padre tomaban asiento en las dos únicas sillas desocupadas de la primera fila.

Entonces el padre Clark se acercó al micrófono y dio comienzo la velada poético—musical en honor de Isabel Fraire, de quien no había un solo libro en la librería.

Fue la belleza de Margó lo que convenció a Amalia Reséndiz de cambiar el orden del programa sobre la marcha. Este contemplaba una primera parte a cargo de los cinco declamadores, seguiría el intermezzo musical con Margó y luego Tatis cerraría triunfalmente. Pero Amalia Reséndiz debió de presentir, observando a Margó concentrada en su silla de ruedas, que ella era la verdadera joya de la noche y cambió el orden para evitarle a su sobrina un cierre desabrido, mandándola al ruedo después de que el último declamador regresó a su asiento. Ninguno de estos últimos se aprendió un solo poema de Isabel Fraire, cosa que agradecí, porque los habrían destrozado, y por cómo se dieron las cosas, Isabel Fraire fue mencionada una sola vez en esa trágica velada.

Tatis Reséndiz acababa de colocarse en el centro del escenario, cuando advertí una presión en mi espalda, como si alguien me

estuviera empujando, y hasta ese momento me percaté de haberme separado del librero. Los taquetes no resistieron el peso de los estantes, provocando que el mueble se desprendiera de la pared y toda una hilera de libros del último entrepaño se cayera al suelo. Tatis gritó del susto y el imponente mueble, a pesar de que traté de sostenerlo con mi espalda, se vino abajo. Todos gritaron y se levantaron de sus asientos. En eso, se oyó el primer disparo. El mueble me arrojó sobre la hilera de sillas de ruedas, que embestí de frente, derribando a tres ancianos. Se oyeron el segundo y el tercer disparo. Fue probablemente la caída del librero, con la consecuente escena de pánico que produjo, lo que hizo que quien disparó lo hiciera de manera precipitada, y eso le salvó la vida a Tatis Reséndiz, que solo fue herida en un brazo. El librero se desplomó sobre el escenario y rozó a Margó por un pelo. La foto que retrató mi aterrizaje sobre las sillas de ruedas, que coincidió con el primer y segundo disparo, salió al otro día en las primeras páginas de la prensa local y dio lugar a que se concluyera que me arrojé sobre los ancianos para cubrirlos de la balacera, salvándoles la vida. La prueba de que ellos también estuvieron bajo el tiro del asesino fue el tercer disparo, dirigido contra mi padre, que se encontraba en el extremo de la hilera de las sillas de ruedas. Fue de hecho el único de los tres disparos que centró su objetivo. La bala le entró en la sien derecha. Margó permaneció inmóvil mientras la gente gritaba para alcanzar la salida, el pelo le cubría la cara que, inclinada sobre el pecho, parecía haber alcanzado su grado más alto de concentración, luego la sangre empapó su blusa y se averiguó que fue el segundo disparo, también dirigido contra Tatis, «el que causó la muerte de la bella *mezzosoprano*, que hallábase infortunadamente justo atrás de la señorita Reséndiz, blanco principal del cobarde atentado de anoche», como rezó al otro día el periódico de mayor circulación de nuestra ciudad.

Nadie pudo explicar satisfactoriamente el tercer disparo de esa noche. La mayoría lo atribuyó al hecho de tratarse de un asesino inexperto que mató a dos inocentes y solo hirió en un brazo a la víctima predestinada, y otros a un puro acto vandálico. Descarté en seguida a Abigael Martínez, cuya Beretta, como se averiguó durante la investigación, no estaba cargada, y dudo además que sospechara

que ese viejo reducido a sus huesos que cerraba la fila de sillas de ruedas era mi padre; pero nunca me convenció la teoría de la bala perdida que sostuvo la prensa.

Cuando un mes después el Güero murió en un enfrentamiento con la policía, en la frontera con Estados Unidos, fui a ver a Guiomar, su esposa, para darle mi pésame. No estaba seguro de encontrarla. De hecho, se estaba mudando. Había cajas en el suelo de la sala y del comedor, los únicos muebles eran una pequeña mesa con dos sillas y nos sentamos a tomar el café que me ofreció. Papá le decía «la niña», nunca supe por qué. Le pregunté adónde se mudaba y me dijo que a casa de sus padres, en Sinaloa, para que Irasema, la hija, no perdiera el año escolar. Asentí y tomé un sorbo de café.

—¿A qué viniste, Eduardo?, —me preguntó—. ¿Solo a darme el pésame?

Tomé otro sorbo, quemándome un poco la lengua.

—No, quiero preguntarte algo.

Me invitó a hablar con un movimiento de la mano. Era parca en sus gestos y siempre pensé que si hubiera tenido diez o quince años menos, habría sido la pareja ideal de papá, estaban hechos el uno para el otro y, cuando conversaban, lo hacían bajando la voz y a menudo se reían, como si se burlaran de los demás y los juzgaran desde un Olimpo exclusivo de ellos. Le dije que el Güero y yo nos habíamos visto una tarde en el Sanborns de Piedra, adonde yo lo había citado para pedirle un favor, y le pregunté si él le había comentado algo de nuestro encuentro.

—No.

—¿Ni siquiera te dijo que nos vimos?

—No.

—¿Seguro?

—Me acordaría —me dijo.

Asentí. Así que el Güero no me había tomado en serio. Pensó seguramente que lo que le dije esa tarde sobre mi padre obedeció al impulso de un momento, del que después me iba a arrepentir, por eso no se había tomado el trabajo de comentárselo a su mujer. Yo mismo, que lo cité para pedirle que le pegara un susto al coronel Atarriaga, no recordaba cómo habíamos ido a parar a ese punto de nuestra conversación en el cual le pregunté si sería capaz de

ayudarme a poner fin al estado oprobioso de papá. O tal vez sí me había tomado en serio, tan en serio que no había dicho una sola palabra de nuestra conversación a su mujer.

—¿Qué favor le pediste?, —me preguntó Guiomar.

—No puedo decírtelo. Solo quería saber si te había comentado algo.

Miró afuera, hacia el diminuto jardín al frente de la casa, y volvió a mirarme.

—Tu padre vino a verme hace cosa de un año —me dijo—, después que tuvo el ataque de dolor en la columna.

—¿Cuál ataque?, —le pregunté.

—Tu padre le ordenó a Celeste que no te dijera nada.

—¿Por qué?

—Creo que tenía miedo de que decidieras internarlo. Tú no estabas cuando pasó. Fue muy duro, parece, se asustó y vino a verme.

—¿Con Celeste?

—No, solo, en taxi.

—¿Y a qué vino?

—Yo sí puedo decírtelo. Me pidió que hablara con José.

—¿Con José?

—Mi marido.

Era la primera vez que oía el nombre de pila del Güero, o tal vez llegué a oírlo en algún momento y después lo había olvidado.

—Quería que se encargara… —continuó, pero se detuvo, como si no encontrara las palabras adecuadas. Tomó un sorbo de café y se pasó un dedo en la comisura de los labios—, quería que José se encargara de que él no tuviera que pasar por un infierno.

—¿A causa del cáncer?

—Sí.

—Según tu padre, con este clima de violencia era la forma más expedita y segura. No quería comprometerlos a ustedes de ninguna manera y sabía que no tendría el valor de meterse un cañón de pistola en la boca.

Papá se me había adelantado, pensé, y recordé el gato del baldío de mi infancia, cuando Ofelia levantó la piedra para acabar con el sufrimiento del animal. Nunca había olvidado el crujir de su cráneo al ser aplastado por la piedra.

Guiomar tomó un sorbo de café y oí el ruido del líquido bajar por su garganta. La casa, vacía de muebles, estaba en perfecto silencio.

—¿Por qué vino a hablar contigo y no con el Güero?, —le pregunté.

—Tu padre y José ya no se hablaban, tú sabes por qué. Además, aunque no me lo dijo, él quería saber mi opinión.

—¿Tu opinión?

—Sí.

La miré fijamente:

—¿Y cuál fue tu opinión?

—Le dije que estaba loco para pedirle una cosa así.

—Así que no le dijiste nada al Güero. —Me corregí—: A José.

—No.

—¿Seguro?

—Ni una palabra.

No tenía ganas de sonreír, y le dije:

—¿Cómo adivinaste entonces que fue eso mismo lo que le pedí al Güero en el Sanborns de Piedra? —Esta vez no me corregí y ella frunció el ceño:

—No sabía que fue eso lo que le pediste.

Terminé mi café. Estaba muy bueno y me acordé que papá siempre alababa el café de Guiomar.

—En realidad no se lo pedí, lo que se dice pedir. ¿Tienes una servilleta?

Se levantó, fue a la cocina y regresó con el servilletero, disculpándose. Vio mi taza vacía y me preguntó si quería más café.

—No, gracias. ¿Dónde estaba?

—Que no se lo pediste, realmente.

Volvió a sentarse.

—Lo cité para pedirle un favor y me dijo que no podía hacérmelo. Luego, en la plática, salió lo de mi padre. No le pedí nada, solo quería saber si podría contar con él, de ser necesario.

—Claro, por todo lo que les debía a ti y a tu padre —noté el rencor en su voz y aparté la mirada, observando las cajas de cartón amontonadas en una esquina de la habitación—. ¿Y qué te dijo?, —preguntó, mirándome a los ojos.

Me llevé la taza a la boca, sabiendo que estaba vacía, y ella,

viendo mi gesto, no me preguntó si quería más café.

—Que no me metiera —contesté—. Que lo dejara todo en manos de mi padre. Llegué a pensar que se habían puesto de acuerdo. Y ahora tú me dices que mi padre vino a verte para pedirle al Güero…

—¡José nunca supo que tu padre vino a verme!, —me interrumpió—. Ya te lo dije. Y dudo que tu padre haya hablado después con él.

—¿Por qué?

—Ya te dije que no se hablaban —se repuso en seguida, bajando la voz—. Tu padre estaba muy asustado por lo de la columna y quería saber si podría cortar por lo sano en cualquier momento, por eso vino a verme, y me habló antes por teléfono para estar seguro de no encontrarlo a él.

—Así que se fue de aquí con la seguridad de que tú no ibas…

—Le dije que lo pensaría. Sé cómo era tu padre de impulsivo. Lo trajo aquí el impulso de un momento y pensé que se le iba a pasar.

—¿Y no puede ser que José me hizo caso cuando le pedí lo mismo en el Sanborns de Piedra?

—No, solo le habría hecho caso a tu padre, no a ti.

La casa volvió a caer en ese silencio opresivo que precede a una mudanza y oí la respiración de Guiomar. No sabía si creerle. Si me estaba mintiendo, si le había transmitido el mensaje de mi padre al Güero y este había actuado en consecuencia, pagando de un golpe todas sus deudas con nosotros, jamás llegaría a saberlo, ahora que el Güero estaba muerto.

Volví a mirar el montón de cajas de cartón y le pregunté si necesitaba ayuda.

—Gracias, todo está bien —se levantó y llevó las dos tazas a la cocina. Yo también me levanté y fui a la ventana que daba al jardincito. Afuera empezaba a oscurecer. Cuando ella regresó a la sala, le dije:

—No le vayas a decir una palabra de todo esto a Ofelia, le daría un infarto si supiera para qué vino a verte mi padre.

—Tu hermana lo sabe.

Me di vuelta.

—¿Qué dijiste?

Estaba parada junto a la mesa.

—Se lo dijo tu padre. Cuando él habló conmigo fue después de

hablar con tu hermana, necesitaba su aprobación y ella se la dio.

Debí de poner una cara de completa incredulidad, porque Guiomar suavizó la voz para no herirme:

—No te quisieron decir nada porque tú vives en tu mundo, Eduardo.

Me fijé en el plural, que incluía a mi padre.

—¿Eso te decía mi padre? ¿Qué vivo en mi mundo?

—Más o menos.

Se llevó el servilletero a la cocina. Sentí que lo hizo para permitirme reponerme del efecto de sus palabras. A pesar de que mi hermana había oído la décima parte de sus ataques de dolor en los huesos y sus alaridos en el baño cuando no podía defecar, mi padre se había confiado con ella y no conmigo. Ofelia me había ocultado que estaba dispuesta a secundar a mi padre en su voluntad de decidir en qué momento, con la ayuda del Güero, iba a cortar por lo sano, para usar la terminología de Guiomar, y até los hilos. También estaba al tanto de la cuota de protección. Si no, ¿de qué modo mi padre le habría explicado que el Güero tenía una deuda con él y estaba dispuesto a pagarla de la manera que fuera? Mi hermana sabía de la cuota y, probablemente, también del ataque de dolor de la columna de papá. Estuve a punto de preguntárselo a Guiomar, pero preferí ahorrarle la incomodidad en que la iba a poner, porque estaba claro que al único a quien nadie le había dicho nada era yo, el nene, que vivía en su mundo, o en su burbuja, como había dicho Margó.

Salí al jardín mientras esperaba que Guiomar saliera de la cocina y miré los árboles de la calle, hundiéndome en su majestuoso follaje. Tal vez ese era mi problema, el de no mirar aquello que estaba frente a mí, sino de hundirme en él, lo mismo con los objetos que con las personas. Al hacerlo, traicionaba la naturaleza de lo que se me ponía enfrente. En mí, la profundidad no era una virtud, sino una forma de evasión. Perdía de vista la prosa simple y llana del mundo. Tal vez solamente cuando estuve esperando una hora fuera del banco a Rosario para sacarle una foto que sabía que le daría gusto a papá, estuve verdaderamente en él.

Como sea, la muerte de mi padre me arrojó a una serie de actos presurosos de los cuales fui un ejecutor extrañamente eficaz, aunque pasivo, o eficaz porque pasivo, como si el librero cuya caída

desencadenó la tragedia continuara empujándome por atrás con su enorme peso, que era tal vez mi única manera de sentir el pálpito de la realidad o, lo que es lo mismo, de no perder de vista la piel de todo, la piel que está tan a la mano y es tan elusiva, tan explícita e inalcanzable, como la de Margó, que nunca pude tocar.

Gracias a mi presunto acto heroico de esa noche en El Caracol, el tribunal me condonó la parte que debía de trabajo comunitario e incluso me devolvieron la licencia de manejar, que quemé tan pronto como la tuve en mis manos. Pusimos en venta la casa de papá y liquidamos a Celeste, que había estado con nosotros durante casi cuatro años, y cuando le pregunté si quería que le redactara una carta de recomendación para algún empleo futuro, me contestó que no hacía falta y no necesité preguntarle en dónde iba a vivir de ahí en adelante. Vi por última vez a Aurelia en el velorio de Margó, al que asistió una multitud. Todo el mundo quiso despedirse de la *mezzosoprano* más famosa de la Ciudad de la Eterna Primavera, a pesar de que nadie, salvo Rómulo Esparza, la había oído cantar. Su debut mundial fue truncado por la mala suerte y su voz iba a quedar para siempre envuelta en el misterio. Aurelia se veía trastornada. Alguien le había hecho comprender que había perdido a su patrona para siempre. Cuando la abracé, su sonrisa de oreja a oreja afloró y se apagó cuando nos separamos. Dos días después fui a buscarla para pedirle la foto donde Margó salía en traje de baño con su cuerpo oblongo y cubista. No la encontré. La vecina de la casa de al lado me dijo que se había ido a su pueblo con su hija, sin dejar ninguna seña. Regresé un par de meses después, esperando encontrar a la hermana de Margó y pedirle a ella la foto del buró, y la misma vecina me informó que la casa se había vendido. No tengo más fotos de Margó que las dos o tres desvaídas que salieron en la prensa después de su muerte, en las cuales me es difícil reconocer a la mujer de cuya piel me enamoré y de quien todo lo que obtuve fue un beso en la mejilla.

El padre Clark se retiró del programa de las lecturas a domicilio, que quedó enteramente en manos del municipio. Vendimos la casa de mi padre y con mi parte de la venta compré un pequeño departamento en el que ahora vivo. La mueblería Valverde se puso de moda y durante tres meses tuvimos unas ventas excepcionales, al final de las cuales la vendí y liquidé a Jaime, del que no he vuelto a

tener noticia. Durante ese tiempo de bonanza nadie vino a sustituir a David y a su calaña en su puntual labor de recaudación mensual. Supongo que mi notoriedad ciudadana, que me valió el mote de «El héroe de los viejitos», les aconsejó a los mafiosos mantenerse alejados de la mueblería, al menos por un tiempo, y así, después de venderla, me animé a poner una tienda de aparatos ortopédicos para ancianos e inválidos, que se reveló un negocio próspero, pues nuestra ciudad, debido a la inseguridad incontrolada que padece, está expulsando a los jóvenes para quedarse con los puros viejos, como cualquier pueblucho de emigrantes. Los restaurantes, excepto Sanborns, se extinguen, la mitad de las mansiones están en venta, las buganvilias de las bardas se pudren y supongo que muy pronto detendremos el récord mundial de la ciudad con el mayor número de albercas vacías.

Abigael Martínez cerró El Caracol y puso una librería en Querétaro. Obviamente no se quiso llevar los tres libreros que habían pertenecido a mi padre y me habló a los tres meses para decirme que había encontrado un ejemplar del libro de Isabel Fraire de su poesía reunida y que le habría gustado intercambiarlo con mi ejemplar, para conservar la dedicatoria de Isabel. Nos enviamos los respectivos ejemplares por correo y ese fue nuestro último contacto.

Aunque me di de baja del programa de las lecturas a domicilio, no he dejado de ir a casa de los Vigil. De mis antiguos anfitriones, es la única casa que sigo visitando. Gracias a Gianni Rodari, del que hemos leído todos los poemas que pudimos encontrar, el padre se convenció de que sus hijos no son sordos. Ahora van a una escuela normal y solo hacen vida de sordos en su casa. Desensordecerlos, por así decirlo, ha sido el mejor fruto de mi breve carrera de lector a domicilio. Después de Rodari hemos leído a otros poetas, entre ellos a Isabel Fraire. Toda la familia aprendió a escuchar poesía, los tres hijos con sus oídos, y el padre, la madre y la abuela, leyendo los labios, pues aun con el puro movimiento de los labios la poesía se deja oír, algo que yo no sabía y aprendí en esa casa. También aprendí ahí a quitarme mi sordera innata, a salir un poco, entre tantos sordos, de mi burbuja, y a saber lo que digo cuando me oigo decirlo. Así he llegado a mis treinta y cinco. Los cumplí el otro día y los Vigil me invitaron a su casa a festejarlos. Apagaron las luces, se hizo un silencio y me resigné a ver a toda la familia salir de la

cocina sosteniendo un pastel con las treinta y cinco velas encendidas y empezar a cantar «Las Mañanitas», pero en la penumbra formada por las velas no fueron «Las Mañanitas» las que escuché, sino las palabras que tanto amaba mi padre y emocionaron a Margó, que no pudo cantarlas en la noche de su debut mundial y que los Vigil entonaron a coro, de pie y cuidadosamente formados, mientras yo los escuchaba con un escalofrío adolescente y agradecía la oscuridad que me escondía de sus miradas: «Tu piel, como sábanas de arena y sábanas de agua en remolino. Tu piel, que tiene brillos de mandolina turbia. Tu piel, a donde llega mi piel como a su casa y enciende una lámpara callada. Tu piel, que alimenta mis ojos y me pone mi nombre como un vestido nuevo. Tu piel que es un espejo en donde mi piel me reconoce y mi mano perdida viene desde mi infancia y llega hasta el momento presente y me saluda. Tu piel, en donde al fin yo estoy conmigo».